LA VIDA EN FLOR

OBRAS DE ANATOLE FRANCE

TRADUCCIÓN DE LUIS RUIZ CONTRERAS

I. Yocasta.—El gato flaco.
II. El crimen de un académico.
III. Los deseos de Juan Servien.
IV. El libro de mi amigo.
V. Baltasar.
VI. Thaïs. (*En prensa.*)
VII. El estuche de nácar.
VIII. El figón de la reina Patoja.
IX. Opiniones de Jerónimo Coignard.
X. La azucena roja.
XI. El jardín de Epicuro. (*En prensa.*)
XII. El pozo de Santa Clara.
XIII. El olmo del paseo.
XIV. El maniquí de mimbre.
XV. Pedro Noziere.
XVI. El anillo de amatista.
XVII. El señor Bergeret en París.
XVIII. Crainquebille.
XIX. Historia de cómicos.
XX. Sobre la piedra inmaculada.
XXI. La isla de los pingüinos.
XXII. Las siete mujeres de Barba-Azul.
XXIII. Cuentos de Dalevuelta.—Clío.
XXIV. Los dioses tienen sed.
XXV. La rebelión de los ángeles.
XXVI. Pedrín. (Le Petit Pierre.)
XXVII. La vida en flor.

OBRAS DE ANATOLE FRANCE

TRADUCCIÓN DE LUIS RUIZ CONTRERAS

LA VIDA EN FLOR

NOVELA

MADRID, CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA: SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES, FERRAZ, 21.

QUEDAN CUMPLIDOS
LOS PRECEPTOS LEGALES

IMPRENTA HELÉNICA.—PASAJE DE LA ALHAMBRA, 3.—MADRID

A mi estimado amigo D. Fernando Llorca.

Colaboró en *Revista Nueva;* fué amigo de todos los escritores que Ruiz Contreras—iniciador de muchos modos estéticos—agrupó en torno de aquella publicación.

AZORÍN.

(Escritores del siglo XIX. Conversación con José María Matheu.)

Si preguntara usted a cuantos me honran con su estimación literaria qué méritos me reconocen, seguramente de cincuenta los cuarenta y ocho le dirían:

—Es un honrado traductor.

Porque nunca se nos considera conforme a lo que aspiramos, sino con arreglo a una fatalidad inexorable.

Me sedujeron la poesía, la dramaturgia, las matemáticas, la polémica; lo estudié todo con gusto, menos los idiomas; y sólo he conseguido que me reconociesen aptitudes de traductor.

En mis mocedades me interesó lo que dijo Taine acerca del Viaje a España *de Mme. d'Aulnoy. Al pronto me fué imposible adquirir ese libro, muy escaso; y cuando algunos años después encontré un magnífico ejemplar, decidí traducirlo. Pero aquella obra tan interesante dormitaba en las librerías, mientras* Pequeñeces, *la novela del P. Coloma, era motivo de apasionado interés; y D. Ramón Rodríguez Correa (el fraternal amigo y prologuista de Becquer), me aconsejó:*

—Escriba usted un artículo donde «se pruebe»

que Pequeñeces *del P. Coloma es un plagio del* Viaje a España *de Mme. d'Aulnoy.*

Costóme poco hilvanar aquella mixtificación, que al día siguiente apareció en las columnas de El Resumen. *El efecto fué seguro. Trescientos ejemplares vendidos en una semana; pedidos abundantes de provincias; más de 1.500 pesetas de beneficio por una traducción anónima. Y a pesar de todo, no me aficioné y no insistí. Esto sucedía en 1890.*

En enero de 1898 me sorprendió el J'accuse *de Zola. Entre la tarde y la noche lo traduje; a la mañana siguiente lo llevé a la imprenta de Marzo, y al tercer día no sólo asomó a los escaparates sino que lo vocearon los vendedores de la Puerta del Sol. Una edición de 5.000 ejemplares a 0,50 quedó inmediatamente agotada.*

Más adelante hice un folleto en que se reproducía el «Yo Acuso», precedido por la «Carta de Zola a la Juventud», seguido por su «Declaración ante el Jurado» y con un apéndice mío «A Mauricio Barrés» (que reproduzco en las páginas 303-304 de este volumen, como una ingenua curiosidad).

Al año siguiente, 1899, traduje la novela de Champfleury Desdichas del profesor Delteil. *Me absorbió durante un año* Revista Nueva, *cuyo recuerdo ha resucitado una vez más «Azorín» en su estudio generoso de las novelas de José María Matheu; y a fines de 1900 publiqué la* Casa de Placer *sin más propósito que ponerla en manos de algunos amigos, pero alcanzó tanta fortuna que la siguieron veinte volúmenes de «Narraciones y cuentos» de Maupassant, formato-baldosín: 96 páginas de poca letra y precio inverosímil, por lo caro.*

Como traductor me escudaba el anónimo aún, pero los aficionados pedían mis *traducciones a*

los libreros. En 1903 firmé la de Claudina; *en 1904 la de* Física del Amor *(libro de Remy de Gourmont, seguramente más leído en castellano que en francés; cosa extraña), y desde 1905 soy «el traductor de France».*

Mis buenos amigos de la Prensa y del público me asimilan totalmente a las obras, al estilo, al carácter, a la figura de France, y refrendan con su afecto la gentileza de Mariano de Cavia, que al tratar de la traducción posible del título Sur la Pierre Blanche *me llamó el «plenipotenciario» de France en España. Los dibujantes, los editores me piden retratos, autógrafos y noticias de France; luego extrañan que las efigies del Maestro no cubran las paredes de mi estudio, que no rebosen en mi archivo las cartas, las averiguaciones biográficas y bibliográficas, mil curiosidades referentes a France.*

Ni tengo nada, ni sé nada más de lo que tiene y sabe todo el mundo por las ediciones corrientes de sus libros (Calmann-Levy), pues ni siquiera he coleccionado ejemplares de bibliófilo. Nunca sostuve correspondencia epistolar con France; nunca le hablé; nunca le vi. Pero sin duda la semejanza, la dependencia, la compenetración, ha llegado a ser efectiva por un misterio incomprensible, por un fenómeno inexplicable de endósmasis y exósmosis espiritual. Además de los testimonios aportados en la crítica, de las indicaciones hechas en este sentido por D. Eduardo Gómez de Baquero, D. Alejandro Pérez Lugín, D. José Francés y otros ilustres publicistas, existe un caso muy singular.

En agosto fuí a mi casa paterna de Castelló de Ampurias, donde aún vive mi madre. Se celebraron unos «Jocs Florals» presididos por D. Eugenio D'Ors, en el claustro de un ruinoso edificio, anti-

gua residencia de los Condes de Ampurias. Yo llegué tarde, y estuve de pie, asomado entre dos columnas del fondo.

A la salida, supe que mi presencia suscitó en el estrado estas palabras:

El señor Puig Pujades, culto polígrafo y orador, le dijo a un poeta:

—¿Ve usted la figura de aquel anciano, con barba canosa y gorrito de seda negra, tras las últimas columnas del claustro? Parece una sombra de Anatole France.

Y el poeta, Carlos Fages y Climent, uno de los acérrimos catalanistas inconscientes, redactor de «La Publicitat», mozo de veinte años y pariente mío, contestó a su compañero de Jurado:

—No es una sombra de Anatole France, aun cuando le siga como la sombra de sus pensamientos a través de todo lo que ha publicado y publique, pero es... su traductor.

Nada más diferente y lejano, y nada también más próximo y afecto a mí que la obra, el espíritu y la figura del Maestro, cuyas últimas confidencias *de infancia y de senectud acabo de saborear cuatro veces. Las he leído; las he dictado; corregí las galeradas y el ajuste, y aseguro que bajo su aparente sencillez me ofrecieron tesoros de belleza, emociones inauditas; el goce de la serenidad luminosa que nos permite, y hasta nos impone, la confianza risueña en «algo» inesperado y desconocido, pero indudable; tenue, sutil, indefinible, como la Gracia y la Ternura.*

LUIS RUIZ CONTRERAS.

PREFACIO

Este libro es una prolongación de PEDRÍN, publicado hace dos años. LA VIDA EN FLOR acompaña a mi amigo hasta su presentación en sociedad. Estos dos volúmenes, a los cuales se puede añadir «El libro de mi amigo» y «Pedro Nozière», contienen, bajo nombres supuestos y con algunas circunstancias fingidas, los recuerdos de mis primeros años.

Al final de esta obra revelaré los motivos que me aconsejaron este fingimiento al publicar mis recuerdos fieles. Me ha sido grato escribirlos cuando mi infancia llegó a parecerme la de otro niño y pude en su compañía observarle como a un extraño. Recuerdo sin ilación; mi memoria es caprichosa. La señora de Caylus en la ancianidad y abrumada por las preocupaciones, se dolía de no tener la inteligencia bastante firme para dictar sus «Memorias», y su hijo, dispuesto a escribir al dictado, le dijo: «No hay para qué apurarse; lo titularemos «Recuerdos» y no os veréis obligada a conservar el orden de las fechas, ni a relacionar uno con otro los sucesos.»

¡Ay! En los recuerdos de «Pedrín» no aparecen Racine, Saint-Cyr y la corte de Luis XIV, ni el claro estilo de la sobrina de la señora de Maintenon. En su tiempo el idioma conservaba toda su pureza y desde entonces se ha estropeado mucho. Pero lo mejor es hablar como habla la mayoría de la gente. En estas páginas se amontonan sucesos minúsculos referidos con exactitud. Y no falta quien me asegure que pueden agradar estas bagatelas verídicas.

I

NUNCA SE DA BASTANTE

Aquel día Fontanet y yo, alumnos del quinto y discípulos del señor Brard: después de salir del colegio a las cuatro y media y a toque de campana según costumbre, bajábamos por la calle de Cherche-Midi acompañados por la señora Tourtour, al servicio de la familia Fontanet, y de Justina, a la que mi padre llamaba la Catástrofe porque solía desencadenar a su alrededor los furores del fuego y del agua y porque todos los objetos que sus manos cogían se le escapaban de pronto para tomar direcciones imprevistas. De regreso a la casa paterna recorríamos juntos un largo camino. Fontanet habitaba en el extremo de la calle de los Saints-Pères. Era una tarde de diciembre. El cielo estaba obscuro, la calle húmeda y los mecheros de gas ardían entre una bruma rojiza. Alegraban el camino los múltiples rumores de la ciudad cortados a cada instante por los gritos agudos y las carcajadas sonoras de Justina, enganchada a los transeuntes por las mallas de su manteleta de lana o por los bolsillos de su delantal.

—Nunca se da bastante—dije de pronto a Fontanet.

Hice mi afirmación como si proviniese de un conocimiento sincero y fuera el resultado de maduras reflexiones. Creí haber descubierto aquella verdad en las profundidades de mi conciencia, y como la concebí se la comuniqué a Fontanet.

Acaso entonces me limité a repetir una frase leída u oída en alguna parte. En aquel tiempo me hallaba siempre decidido a apropiarme las ideas de los demás. Luego me corregí, y ahora conozco a mis acreedores, a los antiguos y a los modernos, a mis conciudadanos como a los de naciones extranjeras, principalmente a los griegos, a los cuales se lo debo casi todo y aun quisiera deberles más, porque todo lo que sabemos razonable acerca del universo y del hombre nos lo han dicho ellos. Pero ahora nos interesa otra cosa.

—Nunca se da bastante.

Al oírme pronunciar esta máxima, Fontanet, cuya estatura era menor de la que corresponde a su edad, alzó oblicuamente su fina cabeza de zorro para fijar en mí una mirada interrogadora.

Fontanet se hallaba siempre dispuesto a examinar todas las ideas para aprovecharlas, y como de pronto no vió ninguna utilidad en lo que yo le decía, esperó a que se lo aclarase. Y después de repetir con una gravedad más acentuada «Nunca se da bastante», me expliqué:

—No se dan bastantes limosnas. Es lastimoso;

convendría que cada cual diese a los pobres lo que no le es indispensable.

—No lo niego—respondió Fontanet después de haberlo reflexionado.

Enardecido por esta frase, propuse a mi querido condiscípulo que formásemos una asociación benéfica. Yo no dudaba de su carácter emprendedor ni de su inventiva y siempre creí que los dos juntos realizaríamos importantes empresas.

Después de una breve discusión, nos pusimos de acuerdo.

—¿Cuánto dinero tienes para dar a los pobres?—me preguntó Fontanet.

Le respondí que tenía dos francos y medio para nuestra «fundación», y que si él aportaba otro tanto podríamos empezar inmediatamente las limosnas.

Sucedió que Fontanet, hijo único de una viuda muy acaudalada que le había procurado un caballo con silla como aguinaldo, sólo podía disponer de medio franco en aquel momento; pero me advirtió que no era indispensable su desembolso desde un principio y que luego aportaría mucho más.

Aquella reflexión me hizo comprender que el inconveniente de nuestra empresa consistía en su mucha facilidad. Era demasiado fácil entregar al primer ciego que encontrásemos los tres francos de que disponíamos. Por mi parte, lo confieso, no consideraba bastante pagada mi generosidad con la mirada de un perrito sentado con el platillo en la boca; quería otro premio para mi benéfica acti-

tud. A los doce años era un poco fariseo. Supongo que me lo perdonarán, y confieso que desde entonces no me he corregido gran cosa.

Después de despedirme de Fontanet en el portal de su casa me colgué del brazo de mi querida Justina y con el ansia de mis propósitos *caritativos* le pregunté:

—Di, ¿te parece que se da bastante?

Su silencio me revelaba que no comprendía mi pregunta y esto no me sorprendió, porque Justina nunca me escuchaba y raras veces me comprendía. Sin embargo nos entendíamos perfectamente. Entonces me expliqué:

Sacudí con todas mis fuerzas su brazo fresco y duro para retener su atención fugitiva, y le dije a voces:

—Justina, ¿te parece que se les da a los pobres bastantes limosnas? Yo creo que no.

—Es demasiado lo que se da a los mendigos—respondió Justina—. Son unos malvados; pero hay pobres vergonzantes de los que deberíamos compadecernos. Hay muchos y se ocultan; prefieren sufrir a mendigar.

La comprendí; sus palabras me decidieron. Fontanet y yo nos dedicaríamos a la rebusca de pobres vergonzantes.

Aquella misma tarde, por una fortuna inesperada, recibí de mi abuelo, que era pobre y generoso, una moneda de cinco francos, y al día siguiente, en la clase del señor Brard, enteré por señas a Fontanet

de que ya disponíamos de una suma de ocho francos para los pobres vergonzantes. El señor Brard sorprendió mis gestos, los consideró reprensibles y me puso una mala nota de conducta.

¡Oh, qué amarga sonrisa frunció mis labios, qué mirada desdeñosa dirigí al profesor incapaz mientras él anotaba mi falta de comportamiento en un registro ennegrecido ya por mis faltas! Porque sería inútil ocultarlo: a juicio del señor Brard, mis defectos eran innumerables.

En el recreo de mediodía Fontanet castañeteó sus dedos gozosamente y me hizo presentir que una vez u otra su tía, una señora de posición, le daría el doble o el triple de lo que yo aportaba, y entre tanto era lo más prudente que yo le entregase mis ocho francos; depósito necesario, según él, para la buena contabilidad de nuestra «fundación».

Y resolvimos buscar desde aquella misma tarde, al salir del colegio, un pobre vergonzante.

Las circunstancias nos favorecieron. La Tourtour, algo acatarrada, no iba con Fontanet, y Justina, mi Justina, nos acompañó a los dos. A Justina, cuyas mejillas arreboladas parecían siempre a punto de estallar; a Justina, bastante abrumada ya por sus luchas contra las catástrofes que sin cesar la persiguieron, la considerábamos inepta para la vigilancia y desprovista de autoridad. Todas nuestras investigaciones resultaban insuficientes para descubrir entre la muchedumbre de los ciudadanos uno de esos pobres vergonzantes cuya única misión consiste en pa-

decer sin protestar. Al fin creímos haber encontrado uno cubierto de andrajos, que arrastraba una pierna coja.

Éramos todo ojos para contemplarlo.

—Ya le tenemos—murmuré al oído de Fontanet.

—No cabe duda.

Pero al extremo de la calle Vavin aquel hombre entró en una taberna, donde había una verja pintada y pámpanos de hierro forjado. Le vimos levantar y beber un vaso de vino sobre el mostrador de cinc, que resplandecía con la luz.

—Me parece—dije—que es un borracho.

—Naturalmente—replicó Fontanet, orgulloso de su perspicacia.

Un fracaso no era bastante para convencernos; proseguimos nuestras investigaciones y llevábamos a remolque la infeliz Justina, fatigada por las vueltas y revueltas de nuestro paseo investigador. En el callejón de La Croix-Rouge vimos a una joven campesina con su cesto al brazo que deletreaba los rótulos; era indudable su abatimiento. Seguros de haber encontrado en ella lo que buscábamos, me acerqué con mucha cortesía y, después de quitarme el sombrero, la dije:

—¿Puedo serle útil en algo?

Ella me respondió con una mirada agresiva. Repetí mis ofrecimientos. Sin duda en su pueblo la exageraron los peligros que corre en París una muchacha y le dieron una idea un poco absurda de la precocidad del vicio en las ciudades. Ciertamente,

para mis años yo estaba muy crecido, pero no tenía un aspecto terrible. El miedo debió turbarla hasta el punto de ver sobre mi labio unos bigotes. Me llamó insolente y me dió un bofetón. Mi inocencia me impidió apreciar de pronto lo que aquel bofetón significaba. Fontanet, que observaba aquella escena con curiosidad, rió alegremente. Intervino Justina, dirigió a la muchacha palabras indignadas y la amenazó de obra. Luego me dijo severamente:

—Así aprenderá, señorito Pedro, a no mezclarse con las muchachas; hace usted cosas inconvenientes; es demasiado travieso.

—No habría ocurrido esto—me dijo Fontanet—si me hubieras dejado hablar a la campesina; pero tienes la pretensión de hacerlo todo sin pedir consejo a nadie.

Yo no merecía ese reproche, y pudieran acreditar mi prudencia todos los testigos de mi vida.

Convinimos en que la rebusca de un pobre vergonzante era difícil, ardua y casual, pero no por ello dejamos de proseguirla con ardor.

Entrábamos ya en la calle de los Saints-Pères y no había tiempo que perder. Seguimos los pasos de un hombre evidentemente desdichado, encorvado bajo el peso de sus preocupaciones; llevaba un pantalón con rodilleras y un sombrero grasiento; su larga nariz casi cubría la boca; sin duda era un pobre vergonzante.

Ibamos a interrogarle, cuando Fontanet me tiró bruscamente de un brazo:

—Desconfía, está condecorado.

En efecto, en el ojal de su levita lucía una cinta roja, y en esto reconocimos que, lejos de ser un pobre, aquel buen caballero figuraba entre los personajes más importantes de la sociedad. Sin duda nuestro juicio era exagerado, pero nos educaban en el respeto a los honores.

Algunos pasos más allá Fontanet, infatigable, exclamó:

—Ese debe serlo—y me señalaba un viejo vestido con descuido, que al andar se metía la mano en todos los bolsillos sin encontrar en ninguno lo que buscaba.

¿Qué buscaría?

Alguna moneda o un poco de tabaco. Era imposible adivinarlo; pero su actitud pareció a Fontanet el signo infalible, el indicio revelador de un pobre vergonzante.

—No puede resignarse a mendigar y se obstina en recorrer con su mano los bolsillos vacíos, donde no encuentra nada. Háblale—me dijo Fontanet.

—Háblale tú—repliqué—; acabas de decirme que yo no sé hacerlo; por añadidura, ya que llevas el dinero eres tú quien lo ha de ofrecer.

Esta reflexión decidió a Fontanet; salió al encuentro del hombre que se metía la mano en los bolsillos, le detuvo en la estrecha acera, y con la gorra en la mano le dijo:

—Caballero...

Después de este principio, Fontanet, cuyo atrevi-

miento solía rayar en descaro, se cortó, porque de cerca el viejo parecía otra cosa. Llevaba un alfiler de oro en la corbata y una cadena de oro sobre el chaleco. Corrí en auxilio de Fontanet, y con la gorra en la mano dije cortésmente:

—Caballero...

Me faltó audacia para seguir.

Al ver nuestra confusión, aquel hombre nos llamó sus amiguitos y nos preguntó en qué podría servirnos.

El ingenio de Fontanet le ofrecía recursos extraordinarios.

—Caballero—dijo entonces hipócritamente—, ¿querría usted indicarnos dónde está la calle de Tournon?

—La dejasteis a vuestra espalda, amiguitos. Id por esa primera calle, a la izquierda. Luego por la segunda, también a la izquierda, y por la tercera...—Dudó un momento; a cada indicación que nos hacía se hurgaba en los bolsillos, como si en su fondo pudiera encontrar las indicaciones difíciles de su itinerario. Fontanet le miraba con la malévola seriedad de su morrito de zorro; yo me mordí los labios; de pronto solté la risa, mi camarada hizo otro tanto y los dos escapamos a todo correr, pero no lo bastante de prisa para dejar de oír las voces del viejo asombrado, que nos llamaba pilluelos y bribones.

Sin comprender en absoluto el motivo de nuestra huída precipitada, y temerosa de perdernos tal

vez para siempre, Justina se preguntaba ya cómo podría presentarse a mi madre sin mí; y echó a correr por la calle obscura y llena de obstáculos. Al perseguirnos tropezaba con toda clase de objetos, personas y cosas; al fin cayó bajo las ruedas de un carretón.

Nos reunimos frente al puesto de una castañera de la esquina de la calle de la Universidad. Fontanet compraba diez céntimos de castañas con dinero de la caja de los pobres vergonzantes. Justina reprochó nuestra conducta. Le ofrecimos una castaña. La carne es débil; Justina se comió la castaña entre murmuraciones.

Llegamos tarde a casa. Justina iba cubierta de barro.

—¿Pero cómo anda usted, hija mía?—le dijo mi madre.

La muchacha se metió en la cocina, y para recobrar el tiempo perdido echó mucho carbón en la lumbre. Lloraba; el reflejo del fuego encendía su rostro y abrillantaba sus lágrimas, semejantes a las que derramó en Troya incendiada la hija de Príamo, tan querida por Apolo.

Ad coelum tendens ardentia lumina, frustra.

Ya desconfiaba yo de encontrar un pobre vergonzante. Pero algunos días después, en el recreo de mediodía, Fontanet refirió a La Chesnais nuestros proyectos y nuestras decepciones con el manifies-

to propósito de atribuirme cuanto hubiera de ridículo en ellos; y preguntó a La Chesnais si conocía algún pobre vergonzante, un pobre de los que no mendigan. La Chesnais gozaba entre nosotros de la más elevada estimación, y respondió que su madre había socorrido a un pobre de aquella especie.

—Ha muerto, pero dejó una viuda y dos hijos. Mamá les da mi ropa en desuso. La viuda Bargouiller—añadió La Chesnais—vive en el pasaje del Dragón.

Indicó el número, y lo olvidé. Fontanet y yo resolvimos llevar a la viuda Bargouiller la cantidad consagrada al infortunio oculto, o por lo menos lo que aún quedaba de aquella cantidad porque, gracias a las instigaciones de Fontanet, comprábamos todos los días pasteles y pastillas de chocolate. Para inducirme a tales dispendios Fontanet no se cansaba de repetir que muy pronto aportaría sumas enormes a la caja social.

El miércoles, día de asueto, mi madre me dejó salir por la tarde solo con Fontanet, que le inspiraba completa confianza. En cierto modo su juicio era acertado; Fontanet no hacía nunca inconveniencias, pero tenía bastante malicia para conseguir que las hicieran los demás. No era posible que mi madre descifrara el carácter de Fontanet, el cual mostraba ante ella sus buenas condiciones y desplegaba su hipocresía para obtener la estimación de todos. Autorizados por esta confianza, pudimos ir en busca de

la viuda Bargouiller. No habían abierto aún la calle de Rennes, y se entraba en el pasaje del Dragón por una callejuela, bajo una bóveda donde se retorcía un espantoso dragón. Aún existe; es una obra muy notable de estilo Luis XV. Lo han pintado de verde; sería mucho más hermoso con el gris de la piedra. (Un parisién curioso de las antigüedades y de las ilustraciones de su ciudad me asegura que no debemos ilusionarnos acerca del dragón, porque es de yeso y menos antiguo de lo que parece.) En el tiempo ya lejano a que me refiero era más horrible, porque estaba pintado en rojo vivo y daba la sensación de que su garganta inflamada producía un estrépito espantoso. Realmente, al acercarnos oíamos un ruido, comparado con el cual no pasaría de ser un suave murmullo el de los batanes que tanto aterraron a Sancho Panza. Aquel estrépito ensordecedor era producido por centenares de martillos que forjaban el hierro. El pasaje habitado por cíclopes tenía las lanzas de sus verjas pintadas en rojo, como el dragón de la bóveda. Avanzábamos estremecidos a lo largo de las fraguas; la aventura prometía ser maravillosa. Por fin, hacia el extremo del pasaje, en el número indicado por La Chesnais, empujamos una puerta; penetramos en la húmeda obscuridad; respiramos hedor de enmohecido, y tropezamos en viejos armatostes de madera podrida. El estruendo de los innumerables martillos que nos ensordecieron decrecía de un modo tranquilizador. Al cabo de algunos instantes nuestros ojos

se acostumbraron a la obscuridad, y descubrimos una escalera de caracol muy empinada, donde cuelga para servir de apoyo una grasienta soga. Después de haber subido a tientas veinte escalones nuestras manos palpan una puerta. Como no encuentro cordón de campanilla, doy suavemente con los nudillos. Fontanet golpeá con más energía.

—¿Quién llama?—pregunta una voz ruda.

—Nosotros.

—¿A quién buscan?

—A la señora Bargouiller.

Se acercan pasos lentos; rechina la cerradura; se abre la puerta; la señora Bargouiller aparece con el rostro enrojecido, peinada como un nido de víboras, con los pechos mal contenidos por una blusa rameada.

La habitación enladrillada servía de comedor y de alcoba. La amueblan una cama grande y una cuna, un aparador de pino y dos sillas de anea. A una de las sillas le falta una pata. Cuelgan de las paredes utensilios de cocina y religiosas imágenes. Hay sobre la chimenea botellas y vasos sucios.

Al preguntarnos lo que deseábamos, la viuda procura endulzar su voz.

—Es usted pobre, ¿verdad, señora?—le dijo Fontanet.

—¡Ay!, ciertamente—suspira la viuda.

Nos invitó a sentarnos, y a pesar de ser menor que yo Fontanet debía parecerle más digno de atención, porque le ofreció un asiento provisto de

almohadones desgarrados y puso a mi disposición la silla coja. Entre gemidos nos contó sus desdichas, originadas por la viudez. Su marido desempeñaba un cargo de confianza en Bercy; murió después de una larga enfermedad en la cual agotaron todos los recursos. Ella hizo colchones, pero no pudo conservar su clientela. Hablaba mucho de sus dos hijos, Alicia y Fermín, pobres criaturas cuya educación era dificultosa. No tenían trabajo y salieron a buscarlo.

Con una gracia y una desenvoltura que admiré, Fontanet la entregó el socorro pecuniario, sin especificar mi participación en aquel sacrificio, seguro de mi modestia. La viuda le llamó señor vizconde y le dió las gracias entre sollozos, enternecida porque Dios enviaba un ángel para socorrerla.

Después nos preguntó si acaso teníamos ropa en desuso y zapatos viejos, porque ella carecía de todo. Nos rogó que la diésemos lo más posible y ella sabría aprovecharlo.

Quiso conocer el nombre de la persona que nos había guiado, y al averiguar que se trataba del hijo de la señora de La Chesnais quedó en silencio, lo cual me hizo suponer que no conservaba muy buenas relaciones con aquella bienhechora.

Se informó cuidadosamente de nuestros nombres y de la importancia de nuestras familias, y nos hizo repetir varias veces la indicación de nuestro domicilio para retenerlo en la memoria.

Nos levantamos y nos despedimos.

Casi ya en el quicio de la puerta nos repitió una vez más que necesitaba vestidos y ropa blanca, tanto para ella como para Alicia y Fermín; nos invitó de manera muy apremiante a volver; nos prometió encomendarnos a Dios en sus oraciones y nos dijo que procurásemos no caernos en la escalera, demasiado obscura.

Salí de aquel miserable tugurio con el corazón seco y sin que me inspirase piedad la viuda Bargouiller; pero el rostro de Fontanet expresaba por el contrario un celo tan piadoso, los goces austeros de la beneficencia y el ardor de un alma caritativa, que al compararme con él sentí vergüenza de mí mismo.

—No se dan bastantes limosnas—suspiró mi amigo—. ¡Ah, de qué goces nos privamos!

Y su morrillo puntiagudo expresaba una santa alegría.

Aquellas palabras, aquella actitud piadosa, aquel aspecto concienzudo, me impresionaron y me esforcé para sentir la caridad tan profundamente como Fontanet.

—¿A qué hueles, Pedrín?—me preguntó mi madre.

Su olfato finísimo la permitía descubrir casi siempre en qué lugar y con quién habían estado en su ausencia las personas de su predilección; pero su confianza en Fontanet la libró de toda inquietud, y no insistió en su pregunta.

A pesar de no inspirarme compasión la viuda

Bargouiller resolví procurarle nuevos auxilios; no era cosa fácil; en toda la semana sólo pude reunir veinticinco céntimos, pobre recurso para una madre y sus dos hijos. Fontanet no había recibido aún nada de su tía. Atormentado por el deseo egoísta de dar, como la viuda Bargouiller había pedido con insistencia vestidos y ropa blanca, fijé los ojos en el armario donde mi madre guardaba mis calzoncillos y mis camisas; tuve la tentación de apoderarme de algunas piezas para satisfacer mi apetito bienhechor. Y cuando la sucesión ordenada del tiempo nos condujo al miércoles, aquella tentación fué ya irresistible. No pude forjarme ilusiones que justificaran a mis ojos aquel acto atrevido, porque tenía entonces acerca de la propiedad ideas mucho más severas de las que tengo ahora, ideas tradicionales. Consideraba que la ropa de mi uso no era mía, puesto que yo no la había pagado. Más adelante adquirí acerca del origen y condición de la propiedad un concepto muy diferente del de la muchedumbre de mis contemporáneos. En la época ya lejana a que se refiere este relato yo era lo menos proudhoniano que se puede ser, y diferenciaba los bienes ajenos de los míos con perfecta claridad; por lo tanto, según mis sentimientos, conforme a mis principios, atenido a mi propia moral, yo no podía entonces disponer de aquellos objetos; mi conciencia me lo vedaba rotundamente. Sin embargo, desoí las voces de la conciencia; entré en mi cuarto, abrí precipitadamente el armario (lo recuer-

do bien, era un armarito inglés muy sencillo, de caoba, que me parecía horroroso y debía ser encantador; pero entonces a nadie le agradaba), saqué precipitadamente sin elegirlas, casi al azar, algunas piezas, hice con ellas un paquete que oculté bajo mi abrigo, y escapé acompañado por Fontanet. En atención a los que deseen averiguarlo, diré que llevaba, según creo recordar, dos o tres camisas de dormir, un chaleco de lana o acaso de algodón, y media docena de gorros de dormir, de aquellos verdaderamente odiosos que se llamaban cascos de mecha; gorros emblemáticos del burgués tranquilo. Sin duda lo cogí todo precipitadamente, pero al decir que lo hice al azar no he sido sincero. Los gorros de algodón me horrorizaban, y emplear los míos en limosnas me producía un doble gozo. Esta clara intención impulsóme a poner los más posibles en mi piadoso botín.

Aun ahora el puntiagudo gorro de dormir me parecería una cosa abominable si no recordara que Juanón, según dicen, se lo puso por corona al reyecito de Yvetot. Pero esto no hace al caso.

Fontanet, que ocho días antes había expresado con tanto ardor las delicias de la beneficencia, ya no se interesaba por la viuda Bargouiller y se negó a ir conmigo a su casa, porque tenía resuelto divertirse en un tiro al blanco instalado en una barraca nueva del boulevard del Observatorio. Le hice saber que debajo de mi abrigo llevaba la ropa vieja destinada a los dos hijos de la pobre viuda, y

él me aconsejó que volviera a meterla en el armario o que la tirase por una boca de alcantarilla.

Lo más que pude conseguir fué la promesa de que me esperaría frente al pasaje del Dragón mientras yo realizaba una de las siete obras de misericordia: vestir al desnudo. Encontré a la señora Bargouiller más enrojecida y más inflamada que el primer día, y el nido de víboras más agitado sobre su cabeza. Me pidió noticias del joven vizconde (como llamaba a Fontanet), y cuando supo que no iría mostróse vivamente contrariada.

—Es muy agradable—dijo—y en sus aristocráticos modales descubre su noble condición.

Alicia y Fermín habían salido a buscar trabajo. Su madre no mostró muy vivo agradecimiento al recibir la ropa que yo le llevaba. Con ruego insistente que llegó a parecerme amenazador me repitió que nunca dijese a mi familia adónde había llevado aquellos objetos y me advirtió que las mayores desdichas caerían sobre mí si lo revelase. Pero como no pudo arrancarme aquella promesa, cambió de procedimiento. Gimió, lloró, puso a Dios por testigo de sus desdichas y de sus virtudes. Luego llenó de un licor rojo un vasito y me lo ofreció.

—Es un licor muy sano—dijo—, le fortalecerá.

Rehusé, insistió. Todas las víboras de su peinado se retorcían sobre su cabeza. Bebí para evitar que se prolongara aquel espanto. Me preguntó si podía darle algún dinero para pagar los atrasos de pan; le respondí turbado, que no llevaba. Como

dijo el poeta trágico, «respiré una retirada súbita».

Al extremo del pasaje encontré a Fontanet que debajo del dragón rojo, entre el estruendo de los martillos, acababa de comerse una tártara de ciruelas comprada en la pastelería de la esquina. Apenas me atendió mientras le referí mi entrevista con la señora Bargouiller, y me declaró que desaprobaba mi conducta hasta el punto de renunciar a saber en adelante lo más mínimo de aquella ridícula historia. Fuimos a tirar al blanco. Quiso convencerme de que apuntaba muy bien, pero sólo me convenció por la energía de sus razonamientos, que refutaban el testimonio de mis sentidos.

Yo no estaba tranquilo; al subir la escalera de mi casa, de escalón en escalón iba en aumento mi inquietud. Juzgaba con severidad mi conducta y temía, no sin razón, que se descubriesen mis faltas. Justina abrió la puerta; sus lágrimas habían abrasado sus ojos azules; sus mejillas rojas hallábanse a punto de estallar. Me miró silenciosa con terror.

Encontré a mi madre muy tranquila.

—Hueles a aguardiente—me dijo—; ¿dónde has estado? ¿A quién diste la ropa que te llevaste?

—A una pobre viuda que vive en el pasaje del Dragón, la señora Bargouiller.

—La conozco—dijo mi madre; y con el rostro vuelto hacia mi padre, continuó: —Es la colchonera que me robaba la lana y que perdió toda su parroquia por su afición a la bebida.

Por no reconocer mi ligereza insistí en que aque-

lla mujer era honrada y devota, y añadí que tenía dos hijos a su cargo.

—Es verdad—respondió mi padre—. Tienen esa desgracia. Pero dime, Pedrín, hijo mío, ¿por qué no nos consultaste? Dar limosna es cosa difícil, y confieso que la caridad privada me preocupa mucho. Fué temerario en ti suponer que a tus años, y sin que nadie te aconsejara, podrías realizar lo que exige mucha experiencia y mucha reflexión. Mi amigo el señor Hennequin tiene buenos sentimientos y sin embargo condena la caridad privada y la caridad pública. Es comunista, y asegura que no se conseguirá nada con la beneficencia sin una revolución social. Yo me inclino a creer que una revolución social no es bastante y que se impondría una revolución moral...

Mi madre interrumpió este discurso que visiblemente consideraba impropio del momento.

—Pedrín—me dijo—, ¿por qué no me pediste permiso para llevarte la ropa? No me pediste permiso porque temías que te lo negara. Esa ropa no era tuya; las ideas del señor Hennequin y del señor Proudhon carecen de arraigo. Tú has dispuesto de lo que no te pertenecía. Te disculpo en gracia de tu buena intención, aun cuando seguramente obraste más impulsado por el orgullo que por la caridad, y sobre todo, cediste a tu ligereza. Fontanet no hubiera hecho una tontería semejante; y estoy segura de que no te acompañó a casa de esta mujer cuando llevaste las camisas y los gorros de dormir.

No pude contenerme y protesté contra los elogios a mi camarada, que me parecieron inmerecidos. Estaba seguro de que Fontanet no valía más que yo, y si actualmente no abrigo esta certeza es porque aprendí a dudar de todo.

—Escucha, hijo mío—prosiguió mi madre, y su reprensión era cada vez más firme y severa—. Quiero que conozcas una de las consecuencias de tu mal proceder. Justina descubrió el desorden de tu armario a poco de salir tú; Justina es una muchacha muy honrada, pero su condición humilde la hace temer siempre que se desconfíe de ella. El miedo de verse acusada por el robo de la ropa la produjo una horrible crisis nerviosa. Enloquecía; yo me esforzaba inútilmente para tranquilizarla y convencerla de que no la creíamos capaz de nada malo; pero ella gritaba que los gendarmes vendrían a cogerla y que la encerrarían en la cárcel por una falta que no había cometido.

Estas palabras de mi madre me impresionaron mucho. En el teatro Comte había presenciado una representación de *La urraca ladrona o la sirviente de Palaiseau*. Comprendí mi culpa en las congojas que oprimieron el corazón de mi querida Justina.

Corrí en su busca y la encontré abrumada por el más profundo desconsuelo. La abracé con mucho cariño y la rogué que me perdonase las angustias que mi atrevimiento le había ocasionado involuntariamente.

—¡Ah!, señorito—exclamó entre sollozos—, si usted fuese más inteligente no hubiera hecho tal cosa.

Justina tenía razón; yo no hubiera hecho tal cosa si hubiese sido más inteligente.

II

LOS INFORTUNIOS DE LA HIJA DE LOS TROGLODITAS

Dejé de advertir en Justina el destructivo ardor que la impulsaba en los primeros tiempos de su domesticidad contra la vajilla confiada a su cuidado y los bronces que regalaban al doctor Nozière los enfermos curados y agradecidos. Ya no resonaban a todas horas en la cocina el estrépito de los platos caídos y las frenéticas exclamaciones de la muchacha que se cortaba las yemas de los dedos al picar la carne cocida. Los incendios de la chimenea y las inundaciones del fregadero eran menos frecuentes; los quinqués ya no caían al suelo por su gusto sin que nadie los tocara; y si mi padre insistía en suponer a la muchacha fecunda en catástrofes, si denunciaba con tenacidad el genio destructor de aquella humilde criatura y la acusaba de turbar continuamente el sosiego imprescindible para un hombre estudioso, esto procedía de la incapacidad que impide a la mayor parte de los hombres reformar sus juicios con experiencias nuevas; y se atenía por esta razón a sus opiniones arraigadas y a las ideas preconcebidas. Mi madre,

más justa y más observadora, reconocía que al caos de los primeros tiempos sucedieron en aquella inteligencia servil los rudimentos del orden y algún atisbo de armonía.

Justina se había reconciliado con el Espartaco de bronce. Ya no le golpeaba con el mango del plumero desplumado, y el héroe no la amenazaba ya con aplastarla bajo su peso; pero ella seguía obstinada en no creer que se llamase Espartaco. Fueron inútiles mis esfuerzos para probárselo con la Historia y el Diccionario, atenido a la pedantería necia y ruin de un humanista de trece años. Ella sonrió siempre a mis demostraciones y me dijo invariablemente:

—No y no, señorito; no se llama como supone usted. ¡Ah! Estoy segura.

—¿Por qué?

—No pienso decírselo. ¡Qué más quisiera usted!

—Pero, Justina: ¿cuál es su nombre, si no se llama Espartaco?

—No se llama de ninguna manera. Es usted quien le ha dado a ese muñeco un nombre indecente.

—Has de saber, Justina, que Espartaco a la cabeza de una tropa de esclavos desafió a cuatro ejércitos pretorianos y a tres ejércitos consulares, hasta que por fin el Senado envió contra él las legiones de Craso y de Pompeyo, y obligado a entrar en batalla, mató su caballo...

Justina me interrumpió:

—He de ir a remover las lentejas que tengo a la lumbre, porque no hay nada más propenso a pegarse que las lentejas.

La retuve por el delantal:

—Justina: esta estatua de Espartaco es la obra maestra de Foyatier, un amigo de papá, que ahora es muy viejo. En su infancia era pastor, y mientras guardaba sus rebaños esculpía con su navajita figuritas de animales.

—Lo mismo que mi hermano Sinforoso—advirtió Justina—. No era tan alto como una gavilla, y mientras llevaba las bestias a pastar hacía cepos y otras artimañas para coger pájaros. Fué siempre muy listo. Pero con estas cosas no voy a remover las lentejas.

Corrió hacia la cocina, de donde salía hedor a quemado.

Aquel *Espartaco* del amable Foyatier, cuyo original estuvo en el jardín de las Tullerías desde donde amenazaba al palacio con sus miradas iracundas y sus puños terribles: me disgusta porque me harté de verlo en casa de mis padres, y es una obra insípida. El señor Menage lo calificaba de «Hombre de redaños». Mi padre lo tuvo entre sus predilecciones; pero, en confianza, no creo que lo hubiera contemplado nunca detenidamente. Sólo se fijaba en los objetos de su profesión, y en los espectáculos de la Naturaleza cuando se ofrecen risueños o sublimes. En el Espartaco de su querido Foyatier sólo admiraba la idea, el símbolo. Veía en

aquella figura el libertador de los oprimidos, misión agradable a sus ojos porque amaba la Justicia y detestaba a los tiranos.

—Si yo fuese republicano, podría concienzudamente admitir la opresión en aras de un principio fundamental o de un interés superior; pero soy realista, y la primera razón de ser de un rey, hasta podría decirse la única razón, consiste en garantir la libertad de los pueblos. Una realeza opresiva es un contrasentido.

A lo cual mi padrino respondía:

—Por desgracia el soberano suele privar al pueblo de las libertades necesarias, para garantirle las demás.

—Esto sucede cuando el pueblo es soberano.

—¿Es necesario que un hombre posea nuestro bien, para conservarlo, y no podemos conservarlo nosotros mismos?

—Al poseerlo todo, el rey, que no pasa de ser un hombre, solamente lo posee de una manera ficticia, y el pueblo goza de todo. Por el contrario, en una democracia los partidos que gobiernan y forman una multitud poseen efectivamente el bien general y logran que el pueblo no goce de nada.

—La libertad es el más precioso de los bienes.

—A condición de perderla. Enajenamos nuestra libertad cada vez que hacemos uso de ella.

—Un republicano jamás enajena el principio. Esa es la diferencia.

Así aquellos dos hombres bondadosos, nacidos a

raíz de la tormenta que trastornó la sociedad hasta sus cimientos, disputaban sin persuadirse jamás y sin advertir nunca la evidente inutilidad de sus frases. Como buenos franceses les apasionaba la elocuencia.

Justina tenía ya novio, y le quería. Yo lo comprendí. ¿Por qué? ¿Acaso por la impaciente ansiedad con que aguardaba al cartero? ¿Acaso por el contento que brillaba en sus ojos y embellecía su rostro al recibir una carta, y en la manera de guardársela en el pecho? ¿En la irradiación de todo su ser? ¿En su extraño y tornadizo humor? ¿En el brusco estremecimiento de sus alegrías turbadas con frecuencia por dulces lágrimas? Yo no podría asegurarlo, pero a mis ojos todo revelaba en ella su amante sentimiento.

De pronto se puso triste, perdió sus colores. Se cercaron de negro sus ojos. Enflaqueció. No era posible arrancarle una palabra, como si sus labios apretados y descoloridos detuvieran al pasar los lamentos y los reproches.

Durante las veladas extendía sobre la mesa de la cocina los naipes de una baraja grasienta, los consultaba como oráculos y luego los revolvía colérica.

Insensiblemente cayó en un abatimiento profundo. Ya no contemplaba sus cacerolas; llegó a olvidarse de beber y de comer. Sus movimientos eran pausados y fatigosos; no dejaba de romper algunos platos, pero no lo hacía ya con aquella especie de

furor salvaje, sino por languidez o postración que paralizaba sus brazos y privaba de fuerza a sus dedos. No me cabía duda; aquellos dolores eran producidos por el amor, y el novio la había abandonado. En la tienda de la señora Letort yo había visto un grabado que se titulaba «La abandonada», donde aparecía una hermosa mujer con traje de terciopelo negro, sentada sobre un banco de piedra en un bosque deshojado por el otoño. Justina en la cocina, inmóvil sobre una silla de anea, tenía cierto parecido con «La abandonada», aun cuando fuese mucho menos hermosa. La misma expresión de dolor y tristeza; iguales miradas perdidas en el espacio; el mismo abatimiento en los brazos que caen inertes sobre las rodillas. Su estado me inspiraba profundo interés, y seguro de la causa de sus penas, yo deseaba que me las confiase y me permitiese consolarla; pero yo sabía muy bien que no me las confiaría nunca, no sólo porque resulta difícil hablar de tales cosas a un mozalbete, sino porque Justina me creía incapaz de comprender nada. Su opinión acerca de mí era invariable. Yo la compadecía en silencio.

Una mañana estuvo mucho tiempo, más de una hora, sola con mi madre, en el gabinete de los capullos de rosa. La vi salir con lágrimas en los ojos, pero reconfortada en apariencia, y deduje que había confesado sus penas a su señora, de la cual seguramente recibió consuelos. Sin preocuparme de parecer indiscreto, dije a mi madre:

—Justina ha sido abandonada por su novio; esto es muy triste.

Mi madre me miró sorprendida.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No, mamá; pero yo lo sé.

Y entonces la dije de qué modo había sorprendido con ingeniosas observaciones el secreto de Justina, y que lo había callado hasta entonces por discreción.

—Es muy conveniente ser discreto—me advirtió mi querida mamá—; pero fuera mayor discreción en ti no proponerte sorprender intimidades que no se relacionan en modo alguno contigo.

Me hablaba con severidad, pero me pareció que a pesar de todo la satisfacía mi perspicacia.

III

LAS ENSEÑANZAS DE LA NATURALEZA

Según el testimonio inocente del niño bondadoso que yo era en aquel tiempo, la vida en la clase del señor Crottu era un cúmulo de injusticias. Aquel hombre tejía la iniquidad como la araña su tela, y sin vanagloriarme puedo añadir, que de los treinta niños cuya enseñanza corría entonces a su cargo, era yo quien sufría las mayores y más numerosas consecuencias de su mala voluntad. Yo no podía tener resentimientos contra él, porque desde la infancia estuve acostumbrado a tropezar con hombres injuriosos y duros, pero no podía perdonarle su ruindad. Sin duda en mis tiernos años presentía yo las elevadas verdades morales en las que luego me formé, y un demonio familiar me decía ya que los únicos crímenes irreparables son los realizados contra la belleza. Tomé, frente al señor Crottu, el partido de las musas y de las caridades, a las que ofendía gravemente en toda su persona. ¡Desdichado! Una piel dura y gruesa recubría sus anchas manos, cortas, que deslucían todas las cosas delicadas sobre las cuales se posaban, y no pudieron proporcio-

narle nunca ningún contacto agradable. Sus miradas, recelosas, no sabían descansar en las imágenes bellas. Su rostro era taciturno; la única expresión de placer que mostraba consistía en sacar de la boca una lengua húmeda al momento de inscribir, en un registro sórdido, los castigos inmerecidos. Como el zafio de que habla no sé dónde Nepomuceno Lemercier, escupía en abanico y se sonaba en trompeta. Tales eran mis agravios contra él. Y le odiaba mucho menos por lo que hacía que por lo que era. Odio constante, consagrado no a los actos que varían, sino a la naturaleza que no cambia; y acaso ese odio, tan fuerte y tan bien tenido, no se hubiera revelado jamás; acaso mi corazón lo guardara siempre cerrado y secreto, si una circunstancia, provocada por el propio señor Crottu, no lo hiciera estallar.

Nos refirió un día, no recuerdo con qué oportunidad, la historia del sátiro Marsyas, que por haberse atrevido a luchar con su flauta contra Apolo, sufrió una derrota y fué desollado por el dios de la lira.

—Marsyas—nos dijo el señor Crottu—tenía un rostro bestial, la nariz roma, los cabellos hirsutos, cuernos en la frente, las orejas anchas y velludas, una cola de caballo y los pies de chivo.

El sátiro, representado de aquel modo, era el señor Crottu en persona, el señor Crottu, ni más ni menos, aun cuando no se le veían los cuernos, los pies de chivo ni la cola de caballo que nada nos

permitía suponer en un profesor; pero todo lo demás aparecía claramente, sobre todo las orejas, anchas y peludas. Las risas ahogadas, los murmullos y exclamaciones que acogieron el retrato de Marsyas fueron suficientes para dar a conocer que todos los alumnos advirtieron la semejanza. Es creíble que yo hiciera manifestaciones análogas a las de mis condiscípulos y que tomara parte en el concierto de las risas; pero inmediatamente quedé abismado en una meditación profunda. Sin dejar de comprender el atrevimiento de Marsyas, no me parecía completamente aceptable la conducta de Apolo respecto a su rival, y para decirlo todo, la juzgaba cruel. Sin embargo, aplicada a un ser muy semejante al señor Crottu, poco a poco descubrí una elevada razón y una superior justicia. Esbocé en mi cuaderno un retrato, donde mis dedos inhábiles pretendieron revelar los trazos del sátiro y los del pedante maestro. Aquella figura empezaba a tener expresión y a mostrarse horrible cuando el señor Crottu se fijó, la cogió, la desgarró y pagó mi arte con un castigo absurdo.

Ya era irremediable; le traté como a enemigo y respondí a su atentado con una sonrisa despreciativa. Una prudencia tardía me advierte que obré de ligero al declarar mi odio con demasiada generosidad.

Desde entonces manifesté en presencia del señor Crottu un desprecio altanero cuyas consecuencias exageraba. Le prodigué todas las señales de asco y

de repugnancia que me sugería mi tierna imaginación. A decir verdad, notó algo y aumentó su malevolencia hacia mí. Su perversidad gozaba con ardor nuevo en mis errores y en mis faltas, pero lo que menos pudo perdonarme era lo que yo hacía bien. No eran muchos mis méritos ni se mostraron con desenvoltura, pero yo no estaba completamente desprovisto de inteligencia, y alguna vez lo demostré.

Aquello exasperaba al señor Crottu. Cuando le respondía acertadamente, cuando había en mis composiciones una frase oportuna, el rostro del señor Crottu manifestaba una viva contrariedad y sus labios se estremecían coléricos. Sucumbí bajo el peso inicuo de sus castigos.

Por un justo resentimiento me propuse levantar a toda la clase contra el opresor. Durante las horas de recreo lanzaba sobre su nombre invectivas y execraciones; recordaba a mis condiscípulos sus vejaciones, sus deformidades, la frondosidad de sus orejas. Nadie me contradecía, ninguna voz se alzaba para defenderle, pero el miedo al maestro contenía sus lenguas; callaban.

En mi casa, mientras comíamos, traté algunas veces de presentar a mi madre un retrato del señor Crottu. ¡Ay!, no había en el mundo persona menos dispuesta para recibir aquella revelación. Su alma pura, nutrida en el *Telémaco,* imaginaba a mis profesores como a los sabios de Grecia, y el señor Crottu se le aparecía bajo la figura de Mentor.

Difícilmente un discurso muy hábil pudiera sustituir en su inteligencia esta figura venerable por otra bestial y cornuda, y al aventurarme sin más ni más en esta empresa, yo descubría mi parcialidad, acumulaba las exageraciones y las inverosimilidades, y afirmaba sin pruebas que el pantalón canela del señor Crottu ocultaba una cola de caballo. En cuanto a mi padre, nada hubiera podido quebrantar el respeto que le inspiró siempre la jerarquía, ni la confianza absoluta que otorgó a las personas que menos la merecieron. Tampoco pude conseguir que Justina compartiera mis juicios acerca del señor Crottu. Poco dispuesta de ordinario a creerme, cuando le refería las iniquidades del profesor se limitaba a responder:

—Señorito, si usted estudiara bien sus lecciones y si no exasperase a ese pobre señor, en vez de quejas no tendría usted más que alabanzas para él.

Y me citaba el ejemplo de su hermano Sinforoso, que era un buen muchacho, por lo cual el maestro de la escuela le había escogido para pasante y el señor cura le tomó de monaguillo.

—En cambio usted, señorito, hace que se condene su bondadoso maestro, y tendrá que responder ante Dios.

En vano explanaba yo los hechos más revelantes. Justina no quería creer nada, ni siquiera que se llamase Crottu. Decía que aquello no era un nombre.

Un día fuí a contarle mis agravios a la señora

Laroque, la cual, sentada en su butacón de tapicería y con los pies sobre el calentador, hacía unas medias azules mientras oía benévolamente mis quejas; pero la pobre señora era ya muy anciana, y en su cerebro se mezclaban el pasado y el presente. Chocheaba un poco, y confundía de un modo extraño al señor Crottu con un antiguo profesor de Granville, que en 1793 castigó a Florimond Chappedelaine por no haber gritado «viva la nación». Mi resentimiento, del que nadie quería participar, me ahogaba. Yo no quería darme por vencido, a pesar de que llevaba la peor parte. Inútil es decir que, en aquella lucha, el señor Crottu era más fuerte que yo.

Una mañana de primavera me despertó el canto de los pájaros; acribillaban mi lecho flechas de luz que se introducían por las rendijas de los postigos; yo adoraba la luz del día, pero el recuerdo del señor Crottu vino a turbar mi gozo. Aquella mañana mi querida mamá, según su costumbre, se preocupó de mi aseo y del repaso de mis lecciones. Yo fingí una tranquilidad prudente; pero había tomado una resolución. Después de desayunarme con pan y leche a las siete y media, cargado con la cartera de badana donde previsoramente había metido los menos libros posibles, bajé la escalera, seguí por la orilla del Sena plateado, y tomé la calle que conducía al colegio. Luego de pronto volví hacia la derecha para entrar en una larga calle por donde no había pasado nunca, y que acaso me conduciría a regiones desconocidas y deliciosas. Mi

gozo era tan ardiente y expansivo que se lo comuniqué a un borriquito enganchado en un carro de verduras. En vano la prudencia me advertía la gravedad de la falta y los peligros a que me exponía cuando se conociera, y esto era inevitable, porque las faltas de asistencia al colegio eran anotadas y advertidas; pero confiaba en que se ofrecerían para encubrirme las casualidades afortunadas que rigen el destino humano en el feliz desorden que atempera los rigores de la justicia.

Por añadidura, era tan de mi gusto aquella escapada, que me daría por satisfecho al sufrir las consecuencias. Había resuelto hacer novillos. Esta maniobra sólo me libraba del señor Crottu por un día; pero hay días que nos parecen eternos, y no vanamente, puesto que nos hacen olvidar el pasado y el porvenir. En aquella larga calle que despertaba a la caricia del sol, todo era para mí risueño y divertido. Sin duda las cosas que me rodeaban reflejaban y me devolvían el entusiasmo de mi propio corazón. Pero sin temer a que me acusen de alabar el pasado en detrimento del presente, diré que el aspecto de París era entonces más agradable que ahora. Las casas eran menos altas, y había muchos más jardines; a cada paso se veían asomar sobre los viejos muros las ramas frondosas de los árboles; cada una de las casas, con graciosa variedad, pregonaba sus años y su condición; muchas que habían sido hermosas en otro tiempo, conservaban un encanto melancólico; en los barrios populosos, caballos de

pelo y jaeces distintos tiraban de coches, carromatos y calesas que alegraban la calzada, donde los gorriones descendían para picotear los excrementos; de cuando en cuando un ómnibus amarillo, arrastrado por percherones tordos, rodaba con estrépito sobre las piedras. La población todavía no se había extendido hasta las murallas; París no era aún la ciudad única en el mundo; un prefecto famoso apenas empezaba entonces a trazar las aberturas por donde entraron en abundancia la monotonía, la mediocridad, la fealdad y el aburrimiento. Me sería fácil imaginar, sólo ante los barrios del centro, que desde el reinado de Ana de Austria hasta la mitad del segundo Imperio, París, que había presenciado tantas revoluciones, durante dos siglos varió menos que en los sesenta años que nos separan del tiempo que me gozo en recordar aquí.

Os aseguro que me faltó poco para conocer los apuros de París, tal como los describía Boileau hacia 1660 en su bohardilla del palacio. Como Boileau, he oído en plena ciudad el canto del gallo que anunciaba la primera luz del día; he sentido en el arrabal Saint Germain hedor de establo; he visto aún barrios que conservaban un aspecto agreste y los atractivos del pasado. Sería un error afirmar que un niño de doce años no disfruta el encanto de su ciudad: lo respiraba con el aire natal y lo saboreaba instintivamente. Pretender que apreciaba las bellas proporciones de los hoteles que ofrecían los órdenes clásicos, los pórticos y los frontones entre

patio y jardín, sería decir demasiado; pero, al paso, los disfrutaba conforme a sus fuerzas y a sus necesidades como si fueran suyos; y lo que entonces no comprendía se hallaba conscientemente predestinado a comprenderlo algún día. ¿Se necesita una edad muy avanzada para soñar un jardín prohibido, que deja ver por una puertecita entreabierta algunas ramas y algunas flores? ¿Es necesario haber salido de la infancia para conmoverse en presencia de un muro viejo? El amor al pasado es innato en el hombre. El pasado conmueve igualmente al nieto y al abuelo; bastarían para probarlo los cuentos de la madre Oca, los cuentos del tiempo en que Berta hilaba; las fábulas de la época en que hablaban los animales. Y si se indaga por qué todas las imaginaciones humanas, juveniles o marchitas, tristes o alegres se vuelven hacia el pasado curiosas de penetrar en él, se averiguará, sin duda, que el pasado es el único lugar donde podemos refugiarnos al huir de los hastíos cotidianos, al huir de nuestras miserias, al huir de nosotros mismos. El presente es árido y turbio; el porvenir se nos oculta. Toda la riqueza, todo el esplendor, toda la gracia del mundo se hallan en el pasado, y esto lo saben tanto los niños como los viejos. Ved por qué desde mi más tierna edad oí con emoción a las piedras que me hablaban de tiempos pasados. ¡Ay! las antiguas piedras han dejado su lugar a las piedras nuevas que a su vez envejecerán, y entonces parecerán interesantes a las almas soñadoras.

A medida que avanzaba por aquella larga calle, las casas eran más humildes y más rústicas. Observé oficios y costumbres desconocidos en los hermosos barrios donde se deslizaba mi infancia. Allí es donde se me aparecieron por vez primera los hortelanos, que regaban las verduras bajo sus anchos sombreros de paja; las mozas, curtidas por el sol, que ordeñaban las vacas; los vendedores de leña, que formaban con los leños arcos de triunfo; y el herrador, en el quicio de su fragua entre un hedor acre de cuerno quemado, que ponía una herradura en el casco de un caballo cuya pata sujetaba el ayudante. El herrador lucía sobre su rostro una profunda pata de gallo y unos bigotazos marciales. La manga levantada de su camisa descubría en el brazo izquierdo un tatuaje azul con una cruz y esta inscripción: «Honor y Patria». Luego volví a verle ante el mostrador de una taberna de la vecindad; se enjugaba los bigotes con el revés de una mano, y golpeaba con la otra alegremente sobre el hombro de un viejo carretero.

La presencia de aquellos artesanos me procuró en pocos instantes más conocimientos útiles de los que pude recoger en tres meses de colegio, y acaso aquel día germinó dentro de mí el amor fecundo que durante toda mi vida ha inclinado mis preferencias hacia las artes manuales y hacia los que las practican.

En aquel día, que llegó a parecerme interminable, me prometí disfrutar todos los goces de la vida y todas las delicias del bosque.

A la orilla del Sena, cerca de un puente, encontré a una viejecita sentada sobre una silla de tijera junto a una mesita donde había tortas de Nanterre y un frasco de horchata tapado con un limón. Una torta y un vaso de aquella bebida fueron para mí un magnífico desayuno. Nuevamente fortalecido, sentí ansias de recorrer el bosque de Bolonia. Entré por Auteuil, que aún era entonces un pueblo cuyas casas, a la sombra del follaje movedizo, conservaban recuerdos ilustres y encantadores que no me hallaba yo en disposición de apreciar.

Aquellas casas empezaban a caer bajo la piqueta demoledora y sobre los arrasados jardines se alzaban edificios elevados. También se transformaba el bosque de Bolonia; desfigurado por el artificio de los jardineros había perdido su carácter y su frondosidad. Ya no se disfrutaba a su sombra del horror sagrado. La profundidad de los bosques me inspiraba desde mis tiernos años un placer melancólico; pero el respeto a la verdad me obliga a decir que, al hundirme en la espesura donde la luz se tamizaba en discos de oro a través del follaje, retrocedí apresuradamente, porque el temor a los merodeadores turbaba mi soledad. No estuve tranquilo hasta llegar a una pradera donde, cerca del Muette, jugaban los niños mientras que sus madres, sus hermanas mayores y las nodrizas engalanadas se reunían a la sombra de los castaños sentadas en bancos, en sillas de jardín o en sillas de tijera. Descubrí en un banco un lugar vacío junto a un

niño que me pareció ya mozo; representaba aproximadamente tener mi edad; era muy agradable; iba vestido como yo quisiera vestir, con una elegancia natural. Su corbata azul, de lunares blancos, flotaba al viento. Llevaba prendida en un ojal del chaleco la cadena de oro de su reloj; su cabello rizoso y corto era de un rubio leonado; resplandecían sus claros ojos; su rostro pálido y de una lozanía encantadora se coloreaba en las mejillas. Tenía en su mano inquieta un cuadernito y un lápiz. Me inspiró de pronto mucha simpatía, y a pesar de mi timidez le dirigí la palabra. Me respondió sin interesarse, pero amablemente, y entablamos conversación. Me dijo que era huérfano y enfermo; que habitaba en una casa del Ranelagh con su abuelita, de antigua familia irlandesa, establecida en Francia desde larga fecha y emparentada por su marido, ya difunto, con las familias más encopetadas de la nobleza imperial.

Quisiera ir a un colegio, trabajar y jugar con sus condiscípulos, intervenir en las partidas de barra y de pelota, obtener premios en el concurso general; pero estudiaba en casa con un joven sacerdote, al cual se refería sin odio y sin afecto; solamente le criticaba un sombrerazo de felpa de una altura desmesurada, que se ponía con preferencia al sombrero eclesiástico. Aquel día su preceptor le llevó al bosque como de ordinario; le sorprendía sin contrariarle que le dejara solo tanto tiempo, contra la costumbre. Me habló con exaltación de las victorias

de Crimea. Desde una ventana de la plaza Vendome había visto pasar las tropas que volvían de Oriente y llevaban sus trajes de campaña descoloridos y agujereados. Los heridos iban a la cabeza de los regimientos; las mujeres les echaban flores; eran aclamadas las banderas y las águilas. Aquel recuerdo aún estremecía su corazón. Me describió, como si hubiera asistido a ellos, los banquetes y los bailes de las Tullerías, a los cuales era invitada con frecuencia su prima Clara, esposa de un caballerizo de la Emperatriz. Los espectáculos, las exposiciones, los festejos, excitaban mucho su curiosidad.

Hubiera querido asistir al asalto de armas dado en la sala Saint Barthélemy por Grisier y Gatechair; se prometía frecuentar asiduamente, dentro de pocos años, la Comedia Francesa, el Teatro Lírico y la Ópera. Entre tanto sabía por su tío Gerardo lo que pasaba en esos tres grandes teatros, y leía en los periódicos la crítica teatral. Me enteró de la brillante presentación de la señora Miolan-Carvalho en el Teatro Lírico y me preguntó si me agradaba Magdalena Brohan. Sacó de un bolsillo el retrato de una hermosa mujer rubia que apoyaba los brazos desnudos en el respaldo de un sillón.

—Esta es—me dijo—. ¿No le parece muy hermosa?

Me admiré de que conociera tanto las cosas del teatro, que yo ignoraba a pesar de inspirarme curiosidad. ¡Qué bien conocía el mundo elegante y el mundo de los artistas y los poetas! Había visto a

Ponsard y le había hablado en la Academia Francesa; sabía la verdadera historia y hasta el verdadero nombre de la Dama de las Camelias; conocía íntimamente al predicador que hizo los sermones de Cuaresma en las Tullerías.

Me hacía preguntas y no aguardaba mi respuesta.

—¿Qué piensa usted de las mesas giratorias? Yo he visto girar un velador. ¿Querría usted ser como Chaix d'Est-Ange? Yo sí. Yo quisiera ser un gran orador. Pero mi enfermedad no me ha permitido dedicarme lo suficiente a mis estudios. Los médicos dicen que necesito aún muchos cuidados; me mandan pasar el invierno en Niza.

Después de estar unos instantes en silencio, abrió su cuadernito y trazó con mano temblorosa en una página blanca una figura que pretendía ser un triángulo isósceles; me lo mostró sonriente:

—¿Ve usted esto?

—Sí, es un triángulo.

—Es un triángulo y es mi vida.

Lentamente y con abatimiento trazó a partir de la base entre los dos lados iguales del triángulo líneas paralelas a la base, que necesariamente eran cada vez más cortas a medida que se acercaban más al vértice, y al trazarlas murmuraba:

—Cinco años..., diez años..., doce, trece, catorce, quince, diez y seis años, vea usted cómo esto disminuye y cómo acaba.

Después de algunas vacilaciones puso la punta de su lápiz en el vértice del triángulo y dijo:

—Diez y siete años, ya no queda espacio, es el fin.

Luego cerró bruscamente su cuadernito, alzó la cabeza y adujo enérgicamente:

—Pero me curaré. Estoy seguro de curarme. Los médicos creían que mi mal estaba en el pecho; se equivocaban; está en el corazón. Tengo palpitaciones. Es el corazón.

Después de otro silencio me preguntó si me agradaría ser oficial de marina, y dijo con la mirada perdida a lo lejos:

—Es lo que me hubiera gustado ser.

Se acercó a nosotros una señora anciana que llevaba un vestido de volantes color de hoja seca sobre un miriñaque majestuoso.

—Mi abuelita—murmuró.

La señora sentóse junto al mozalbete; se quitó los guantes; le cogió las manos y le palpó las mejillas.

—Cirilo, tienes las manos ardorosas; la frente húmeda. Estoy segura de que hablaste demasiado—prosiguió en voz baja, pero no lo bastante para que yo no pudiera oírlo: —Cirilo, no debes hablar mucho a un muchacho que no conoces, y sobre todo cuando nadie le acompaña.

Yo me creía ya el amigo de Cirilo, y por esto me pareció cruel que le separasen de mí desdeñosamente. Observé que apartaba los ojos para no mirarme, y me levanté; me alejé, con el corazón oprimido sin volver la cabeza.

Después de andar largo rato con la preocupación

de aquella intimidad tan pronto formada y de tal modo perdida, vi sentados sobre la yerba, en el lindero de un camino solitario, a una muchacha y a un muchacho que parecían hermanos, y su aspecto era a la vez campesino y de ciudad; los dos tenían los ojos pequeños, provistos de cejas erizadas; el rostro acribillado de pecas, la boca hendida hasta las orejas; parecían bastante desvergonzados y tan alegres que no era posible verlos sin sonreír. La muchacha llevaba un trajecito de indiana rameada y el muchacho una blusa azul nueva; comían a grandes bocados una rebanada de pan con arrope, y bebían alternativamente en la misma botella.

Al observar mis curiosas miradas el muchacho se acarició el estómago, alargó con la otra mano la botella y exclamó:

—Es delicioso, ¿quiere usted probarlo?

Más por apocamiento que por altivez me alejé sin contestarle; y sin reflexionar que señalaba la distancia entre la pareja campestre y mi burguesía modesta de un modo más insolente aún que el usado por la dama del miriñaque al indicar la distancia entre su nieto y un mozalbete desconocido y errante.

Comencé a sentir hambre y vi con inquietud que se alargaban las sombras de los árboles. Saqué mi reloj y advertí que sólo me quedaban treinta y cinco minutos para llegar a casa a la hora de costumbre. Llegué retrasado, jadeante. Mi tía Chausson, que estaba de visita, se interesó por mis estudios y me preguntó qué había hecho aquel día.

Fué una oportunidad encontrarla, y aproveché sus preguntas, porque tal vez no me hubiera atrevido a mentir a mi madre, y en cambio me pareció una obra maravillosa burlarme de mi tia Chausson. Respondí que precisamente había aprendido aquel día más cosas que en los seis meses anteriores, y que no perdí el tiempo.

Mi tía Chausson observó mi buen semblante, y me advirtió juiciosamente que el estudio no quebranta la salud.

Yo me prometía que, gracias al desorden que reinaba en el colegio, mi ausencia podría pasar inadvertida; y así ocurrió. Entre todos los venturosos efectos de aquellas vacaciones culpables y deliciosas debo señalar uno muy notable:

Al volver a verle, ya no me produjo disgusto la presencia del señor Crottu; yo no le odiaba ya.

IV

LA SEÑORA LAROQUE

Mientras yo acababa de vestirme, mi madre me dijo:

—La señora Laroque está muy enferma; se morirá; sus hijas me han rogado que vayas a verlas esta mañana; las encontrarás a las dos junto al lecho de la moribunda. Apresúrate, hijo mío.

Aquello me sorprendió; había oído hablar de un catarro, sin darle importancia.

—¡Ha pasado una noche terrible!—añadió mi madre—. A los noventa y tres años lucha de un modo inaudito contra la enfermedad. Esta mañana se había tranquilizado.

Corrí. En la puerta de su alcoba, un obstáculo invisible me golpeó el pecho y me detuvo. Todo estaba silencioso, y sólo se oía el estertor de la moribunda. La mayor de sus dos hijas, sor Serafina, con su hábito de religiosa, el rostro amarillento, como una vieja figura de cera, de pie junto a la cama, revolvía con una cucharilla el contenido de un vaso de cristal, serena y humilde, atenta, sin dejarse vencer por el sentimiento, con una gravedad religiosa,

que realzaba el momento familiar y solemne. Teresa, la menor, entumecida por el mucho llorar y el poco dormir, con sus canosos cabellos enmarañados, los codos sobre las rodillas y la cara apoyada en los puños, abrumada, embrutecida, miraba con dulzura a su madre. No reconocí la alcoba a pesar de no haberse variado nada, pero se amontonaban muchas botellas, frasquitos y vasos sobre el mármol de la chimenea. A la izquierda estaba la cama, cuyo dosel me ocultaba a la moribunda; junto a ella, la pila del agua bendita sostenida por dos ángeles de porcelana en colores; sobre la pila, un crucifijo y el retrato, al pastel, de Teresa, joven y delgada, con su negro pelo alisado, su vestido color de canela, las mangas ahuecadas y un talle de «sílfide». En el fondo, la ventana con su vieja cortina de algodón rojo. A la derecha la cómoda de caoba, sobre la cual había un servicio de café de blanca porcelana con filete de oro; en la pared un daguerreotipo de la señora Laroque y una cabeza de Rómulo dibujada con lápiz negro, copia de David hecha por sor Serafina en su infancia. Y aquellas cuatro paredes se revestían de majestad.

—Entra, Pedrín—me dijo la monja.

Me acerqué a la cama. El rostro de la señora Laroque no había cambiado; bajo la colcha se adivinaba la hinchazón del vientre; las manos terrosas arañaban el embozo. La moribunda tenía los ojos entornados y no reconocía a nadie. Sin duda sentía una penosa sensación de hambre, porque recla-

maba con insistencia que le diesen de comer, y preguntaba si por acaso la llevaron a un mesón para tenerla en ayunas. No cesaban los estertores, pero su aspecto era completamente tranquilo. Hacía ya media hora que yo estaba junto a ella cuando mostró alguna agitación; su rostro se arreboló, sus escasos cabellos grises se libertaron de la cofia y cayeron sobre sus sienes viscosas.

Pronunció palabras entrecortadas, pero inteligibles.

—¡Hola!... Juanita... ¡hola!... Espere un poco, madre; necesito conducir la vaca al establo... No se ve mucho... ¡Madre!, le di ya una sopa de guisantes y una tortilla... ¡Los cazadores furtivos!... ¡Los cazadores furtivos!...

Se imaginaba niña en su pueblo.

—¡Madre, obscurece ya! No veo nada... encenderé un candil... ¡Madre, quiero hacer una tortita para Pedrín, que es muy goloso!

Al oirla delirar de aquel modo, sus dos hijas hicieron un movimiento brusco; yo sentí una impresión extraña y terrible al ver mi nombre mezclado entre seres y cosas de otra época.

Teresa quedó abrumada en su silla baja; sor Serafina me condujo a la habitación inmediata y me dijo con voz serena:

—Estaba en su juicio al recibir los Santos Sacramentos. Se los administró el Padre Moinnier. Desde un principio el médico nos dijo que no había esperanza, y que la mucha edad de nuestra madre no

permitía hacerse ilusiones. La sorprendió el viernes una pneumonía senil. La parálisis de los intestinos no tardó en presentarse. Teresa, que soporta mal el insomnio, está rendida.

La monja cruzó las manos ocultas bajo las mangas y me hizo un gesto apenas perceptible. Su alma ofrecía la severidad y la sencillez de su hábito religioso, y su resignación embellecía su tristeza. Oímos a través de la puerta de la cocina la voz de Navarín, el loro, que decía:

Tengo buen tabaco
en mi tabaquera
¿por qué, por qué?

Cuando volví, al atardecer, las colgaduras del lecho estaban corridas. Ya no había vasos, ni frasquitos, ni botellas en la mesa de noche; sólo dos velas encendidas, y una rama de boj en el agua bendita. La señora Laroque, con su crucifijo entre las manos, descansaba para siempre, inmóvil y descolorida.

—¡Pedrín!—me dijo la monja—, dale un beso. Te quería como a un hijo. En los últimos instantes, cuando aún razonaba, pensó mucho en ti. Nos dijo: «Le daréis a Pedrín un reloj de oro; es mi recuerdo; y haréis grabar en la tapa la fecha de...» No pudo acabar, y desde aquel momento no reconoció a nadie.

V

EL SEÑOR DUBOIS

Aquella semana tuve notas deplorables. Mi conducta era mala, mi trabajo nulo. Mi pobre madre, abrumada por la aflicción, imploró al señor Dubois.

—Puesto que se interesa usted tanto por este niño—le dijo—repréndale. Le atenderá más que a mí. Hágale comprender lo que pierde con descuidar sus estudios.

—¿Cómo quiere usted que le convenza de su falta, mi querida señora—respondió el señor Dubois—si yo no estoy convencido?

Sacó de su bolsillo un libro y leyó estas líneas:

«No fué preciso que Homero pasara diez años »encerrado en un colegio y entre duros castigos, »para aprender algunas palabras que se aprenden »mejor en cinco o seis meses sin salir de la casa »paterna.»

«Y ¿sabe usted quién ha dicho esto, señora Nozière? No era un rústico, ni un ignorante, ni un enemigo del estudio, sino una inteligencia privilegiada, un hombre docto, el más correcto escritor

de su época, ¡la época de Chateaubriand!; un libelista intencionado, un amante de la lengua griega, el delicioso traductor de la pastoral *Dafnis y Cloe*, el hombre que ha escrito las cartas más hermosas del mundo: Pablo Luis Courier.

Mi madre miró al señor Dubois dolorida y extrañada; el anciano me tiró suavemente de la oreja y me dijo:

—Amiguito, no basta desoír a esos pedantes enemigos de la Naturaleza; es necesario escuchar a la Naturaleza: sólo ella puede explicarte a Virgilio y enseñarte las leyes de los números. En las horas de asueto no te abandones un instante, para resarcirte de las horas perdidas en las aulas.

El señor Dubois era entonces un corpulento anciano de setenta a setenta y dos años, que llevaba la cabeza erguida, saludaba sonriente y sabía conservar las distancias sin dejar de ser afable para todos. Con el pelo cuidadosamente alborotado y cortas patillas al estilo de su juventud, realzaba su largo rostro afeitado, cuya severidad endulzaba una sonrisa graciosa. Solía cubrirse con una levita verde botella; en una caja de concha con esmalte llevaba el rapé, y se sonaba en un pañuelo grande y rojo.

Entabló relaciones con mi familia porque mi padre había sido médico y amigo de su hermana, y desde que ésta murió el señor Dubois iba a nuestra casa con mucha frecuencia. Si yo no hubiese oído conversar al señor Dubois con mi padre, cuyas opiniones eran opuestas en todos los asuntos, si

no le hubiese visto saludar a mi madre, cuya modestia y cuya timidez excesivas no eran muy a propósito para alentar expresiones galantes: yo no hubiera comprendido nunca hasta qué punto de perfección puede llevar un hombre mundano el respeto, la prudencia y la cortesía. Descendiente de una familia burguesa de París, hijo y nieto de abogados y magistrados del antiguo régimen, el señor Dubois pertenecía por su educación a la vieja sociedad francesa. Se le consideraba egoísta y parsimonioso. Efectivamente, sin duda lo que más le interesaba era vivir bien, y como tenía pocos recursos, evitaba las ocasiones de mostrarse generoso. Hombre de buenas costumbres, amaba la sencillez, la practicaba y la convertía en un adorno y en una virtud. Vivía solo con su vieja ama de llaves, Clorinda, servidora fiel pero enviciada con la bebida, cosa desagradable, y sin duda por esta razón el señor Dubois huía de su casa y se refugiaba en la nuestra.

Como era sabido que al señor Dubois no le agradaba la compañía de los jovenzuelos, era más de agradecer que me tratase con benevolencia; y supongo que obedecía esto al interés notorio que me inspiraban casi siempre sus minuciosos relatos. Conquisté su estimación cuando no había cumplido aun los catorce años, y sin enorgullecerme por ello estoy seguro de que le agradaba más hablar conmigo que con mi padre. Hace mucho tiempo que se calló para siempre, y aún resuena en mis

oídos aquella voz un poco apagada y nunca violenta. La pronunciación del señor Dubois, como la de sus contemporáneos, difería de la de los hombres actuales; era más sencilla y más suave. El señor Dubois no pronunciaba jamás las letras dobles ni las consonantes finales.

Yo sabía poco de su existencia y no me preocupaba saber más; en aquel tiempo no me aguijoneó, como ahora, la curiosidad del pasado. El señor Dubois, a los veinte años, cuando ya declinaba el Imperio, entró en el ejército y tomó parte en la campaña de 1812 como ayudante del general D... Se le habían helado las orejas en Smolensk. No era partidario de Napoleón, a quien reprochaba con amargura haber sacrificado quinientos mil hombres en Rusia y haber usado durante aquella campaña un gorro polonés, acaso muy a propósito para los magnates de aquel país, pero que le daba un aspecto de vieja.

—Y en realidad—añadía el señor Dubois—, era curioso y charlatán como una comadre. Cuando le conocí en su juventud, estaba gordo. Sus bustos y sus retratos no dan idea de su figura, porque los artistas, obedientes a sus órdenes, modificaban las líneas de su rostro conforme a los modelos de la antigüedad. Era vulgar en sus modales, descortés con las mujeres; tiraba el rapé y comía con los dedos.

Mi padrino, el señor Danquin, que adoraba al emperador, se estremecía al oír tales cosas.

—¡También yo le conocí!—exclamaba—. En 1815, cuando yo tenía ocho años, mi padre me alzó sobre los hombros para que le viese a su entrada en Lyon; entonces ofrecía su busto una belleza soberana. Como yo le vi, le vió un pueblo inmenso, asombrado por aquel magnífico rostro como por la cabeza de Medusa. Nadie podía resistir su mirada; sus manos, que amasaron un mundo, eran pequeñas como unas manos femeninas, y de forma perfecta.

En aquel tiempo Napoleón vivía intensamente en las almas. No habían pasado aún sobre su gloria dos generaciones; apenas hacía veinte años que llegó en su carro fúnebre para dormir a la orilla del Sena. Dos de sus hermanas, tres de sus hermanos, sus hijos, sus generales, escalonados en la muerte, al despedirse de la vida hicieron vibrar cada uno a su vez el eco de su nombre y de su gloria. El último de sus hermanos, varios de sus generales y una muchedumbre de sus colaboradores y soldados vivían aún. Algunos ancianos inocentes como mi buena Melania imaginaban que no había muerto.

Todas las conversaciones acerca de él eran apasionadas.

—Fué el más grande entre los famosos capitanes—decía el señor Danquin.

—No lo dudo—replicaba el señor Dubois—, si se mide su grandeza por sus derrotas.

Y la disputa entablada seguía siempre de igual modo:

El señor Danquin.—Tenía el genio de la guerra como tenía también toda clase de genios. Sus ojos de águila lo veían todo a la vez. Siempre dueño de sí, tenía memoria, conocimiento de los hombres, sentido de las muchedumbres, energía infatigable para el trabajo; penetraba en los menores detalles para subordinarlos al conjunto. Su actividad traspasó los límites fijados hasta entonces a las fuerzas humanas.

El señor Dubois.—Conocía a los hombres, pero odiaba a las eminencias. No podía soportar a ningún hombre superior. Sólo buscaba dependientes y ayudantes; y cuando en la hora suprema necesitó el apoyo de los hombres no había ninguno junto a él. Sin duda era inteligente; brillaban sus ojos con lucidez cuando no los empañaba la ambición, pero su alma era vulgar; no supo ver las personas y las cosas como un filósofo; las vió siempre como un administrador. Indiferente a las teorías, ajeno a toda filosofía, lo que no sirve a sus proyectos no le interesa. Hasta en la mecánica, su terreno favorito, desecha lo que no juzga de provecho inmediato, como las embarcaciones y los carruajes de vapor. Nunca ofrece una idea desinteresada en una especulación pura. No sospechó jamás el genio de un Lavoisier, de un Bichat y de un Laplace. Le horrorizaban las ideologías.

El señor Danquin.—Naturalmente; como que tenía el genio de la acción.

El señor Dubois.—Nunca tuvo el sentimiento de

la medida. Se advierten en él contrastes que asombran. Es todo acción y se precipita en lo romántico. Tiene tanto de infantil como de hombre genial. Vedle en los apuntes de Girodet, que le sorprendió en el teatro de Saint-Cloud: su cabeza es de niño, de niño de Titán si usted quiere, pero de niño al fin. En lo moral conserva del niño la poderosa ilusión, el gusto de lo enorme, de lo excesivo, de lo maravilloso, la imposibilidad de resistir a sus deseos, una ligereza de espíritu que no se contuvo ni en las situaciones más graves; y la facultad de olvidar, que la mayoría de los hombres pierden al salir de la infancia, subsistió en él hasta la edad madura.

El señor Danquin.—Alguna vez debía disminuir la extensión de su espíritu, que abarcaba el mundo entero.

El señor Dubois.—Fué un jugador, y como todos los jugadores acabó miserablemente. Una vez dijo: «Nunca emprenderíamos nada si quisiéramos asegurar por anticipado el éxito de nuestra empresa.» Esta frase descubre su espíritu de jugador. Los jugadores buscan emociones fuertes; la incertidumbre les deleita; no gozarían si no dudaran de su fortuna. Prefieren la guerra a la paz, porque la guerra ofrece más peligros y más accidentes. Cuando había perdido en el juego de las batallas, buscaba en el mismo juego la reparación de sus pérdidas. ¿Y qué ha dejado vuestro héroe? ¿Dónde está su obra? Él mismo se juzgó en Munich, en

1805 o en 1809, el día que, al ver en la habitación que le habían destinado un retrato de Carlos XII, dijo con imperioso desdén: «Que se lleven de aquí este retrato. Es un hombre sin consecuencias.» Aquel día formuló su propio juicio ante el tribunal de la Historia el que debía ser, entre todos los hombres famosos, el hombre sin consecuencias.

El señor Danquin.—¡Sin consecuencias! Ha salvado a Francia de la anarquía; consolidó las conquistas de la Revolución; fundió en el horno de su genio la antigua sociedad con la nueva, y obtuvo de este modo una aleación de bastante fortaleza para sufrir las pruebas del hierro y del fuego, de la guerra civil y de los cañones extranjeros. Él creó la Francia nueva y dió a la Patria lo que resulta más precioso que el oro y más necesario que el pan: la Gloria.

Y los dijes de la cadena del señor Danquin resonaban batalladores sobre su vientre, mientras el señor Dubois hacía girar entre sus dedos su cajita de rapé, como si tratara de asociar las formas geométricas a las de su pensamiento. Así los dos, formaban un grupo digno de figurar en la *Escuela de Atenas,* de Rafael.

A mi padrino le agradaban las batallas, aunque solamente las vió en pintura, y el señor Dubois, que había pasado el Berécina, trajo de allí el horror a la guerra. Pidió su retiro en 1814, y no sirvió a la Restauración, que le disgustaba tanto como el Imperio. Sólo Marco Aurelio le interesaba.

VI

LA BIFURCACIÓN

Aquel año, y ocho días antes de abrirse las clases, encontré a Fontanet que regresaba de Etretat con el rostro ennegrecido por las brisas marinas y la voz más llena que antes. No había crecido, pero compensaba la pequeñez de su estatura con la elevación de su pensamiento. Después de referirme sus juegos, sus baños, sus navegaciones, sus peligros, frunció el entrecejo y me dijo con mucha seriedad:

—Nozière: vamos a entrar en las clases superiores; este es para nosotros el año de la bifurcación. ¿Has reflexionado lo que vas a ser?

Le respondí que no lo había reflexionado, pero que seguramente me inclinaría por las letras.

—¿Y tú?—le pregunté.

Al oír mi pregunta ensombrecióse todavía más su frente, y me respondió que aquello era muy grave, que no se podía decidir a la ligera.

Quedé perplejo, humillado, celoso de su prudencia.

Para comprender las frases cruzadas entre Fon-

tanet y yo, es preciso no desconocer que en aquella época los alumnos de la Universidad de Francia, al terminar sus cursos de Gramática debían elegir, mientras estudiaban el tercero, entre las letras y las ciencias; de modo que a los catorce o quince años se les obligaba a bifurcar, como se decía, y a inclinarse conforme a sus luces y las de sus padres hacia una u otra rama de la horquilla pedagógica, sin que produjera mucho sobresalto aquella situación que se les imponía, para que se decidiesen por la elocuencia o por el álgebra, en lugar de seguir al coro entero de las musas que el señor Fortoul había desunido.

Pero cualquiera que fuese nuestra decisión se perjudicaba nuestro desarrollo intelectual, porque las ciencias separadas de las letras nos reducen a la comprensión mecánica de las cosas, y las letras sin las ciencias no tienen contenido, puesto que la ciencia es la substancia de las letras. Estas consideraciones, debo advertirlo, no entraban entonces en mi cerebro.

Acaso podría sorprender que mis padres no se refiriesen jamás a este asunto al hablar conmigo. Si fuese necesario descubrir las razones de su silencio yo encontraría algunas, como por ejemplo, la timidez de mi padre, quien jamás se atrevía a proponer sus ideas, y la inquietud de mi madre que impedía la formación de las suyas; pero la causa de su silencio era por parte de mi madre la seguridad que tenía en el triunfo de mi genio, con frecuencia obs-

curecido pero siempre ardoroso, mientras que mi padre abrigaba la certeza de que yo por cualquier camino que emprendiese no haría jamás nada bueno. Tenía mi padre por añadidura otro motivo que le obligaba a reservarse ante mí acerca de esa medida que, lanzada después del «Golpe de Estado» en un decreto del señor Fortoul, director general de Instrucción Pública en 1852, se relacionaba con las disputas más ardorosas de los políticos. Como católico ferviente aprobaba mi padre una reforma que al parecer favorecía a la Iglesia, en pugna contra la Universidad; pero enemigo del Imperio, veía con desconfianza las concesiones del adversario y no sabía qué pensar. Su reserva no me permitía formarme una opinión por el medio corriente, que consistía en decidir lo contrario de lo que él opinaba; pero me incliné hacia las letras que me parecieron fáciles, elegantes, amigas, y sólo fingí que me abrumaban las dudas para darme importancia y no parecer menos serio que Fontanet. Dormí tranquilamente, y por la mañana mientras Justina barría el comedor procuré mostrarme preocupado y le dije:

—Justina, este año entro en las clases superiores; es el año de la bifurcación. He de resolver un asunto que decidirá para siempre mi porvenir. Piénsalo, Justina, ¡la bifurcación!

Al oír estas palabras, la hija de los trogloditas se apoyó sobre el mango de su escoba, como la Minerva del Decreto sobre su lanza, quedóse pensati-

va, envolvióme luego en una doliente mirada, y exclamó:

—¿Es posible, Dios mío?

Oía por primera vez la palabra bifurcación, indescifrable para ella, y sin embargo no me preguntó lo que significaba, sino que desde luego le dió un sentido indudablemente funesto. Conjeturo que Justina creyó reconocer en la palabra bifurcación uno de esos azotes impuestos por los gobernantes como la conscripción, las prestaciones, las contribuciones; y aunque generalmente no era sensible para mí, lamentaba el daño que me ocurría.

El sol mañanero iluminaba los ojos azules y las rosadas mejillas de la hija de los trogloditas; habíase arremangado y sus brazos blancos, rayados por arañazos rojos, me impresionaron gratamente por primera vez. Las reminiscencias de mis lecturas poéticas me permitieron imaginarla como una sacerdotisa de Apolo, radiante de juventud y de majestad, y me creí transformado en un joven pastor de Orchomena llegado a Delfos para pedirle al dios el camino del Conocimiento que debía emprender. El comedor no era muy a propósito para representar la santa Pytho, pero la estufa de tierra cocida donde se hallaba el busto de Júpiter Trofonio fué lo bastante para fingirme un altar venerado, y mi imaginación, que en aquel tiempo lo suplía todo, me ofreció un paisaje de Poussin.

—Es indispensable bifurcar—dije solemnemente—, y escoger entre las letras y las ciencias.

La sacerdotisa de Apolo meneó tres veces la cabeza y adujo:

—Mi hermano Sinforoso conoce muy bien las ciencias; tuvo premio de Aritmética y premio de Catecismo.

Luego se puso a barrer.

—Me urge trabajar.

Insistí para obligarla a decir si yo debía decidirme por las ciencias.

—Seguramente no, señorito—me respondió con absoluta sinceridad—, usted no es bastante inteligente.

Y añadió por vía de consuelo:

—No todo el mundo es inteligente; la inteligencia es una gracia divina.

Me parecía en cierto modo posible que yo fuese tan estúpido como pensaba la hija de los troglodítas, pero tampoco estaba seguro de ello, y en esta cuestión como en tantas otras me dominó la incertidumbre. No me preocupé de ensanchar mis horizontes ni de nutrir mi inteligencia. En el asunto de la bifurcación sólo buscaba mi descanso y mi gusto y, como ya dije, prefería las letras por ser más flotantes y sutiles. La presencia de una figura geométrica, lejos de avivar mi curiosidad me producía tristeza y contrariaba mi sensualidad pueril. Un círculo aún es tolerable; pero ¡un ángulo!, ¡un cono! ¡Frecuentar ese mundo triste, seco, anguloso, erizado!... mientras en los estudios literarios por lo menos hay variadas formas y colores, y se nos apare-

cen con frecuencia los faunos, las ninfas, los pastorcillos, o se disfruta en imaginación de los árboles, tan amados por los poetas, y de la neblina que al anochecer envuelve las montañas. ¿Cómo preferir aquello a esto?

El desprecio estúpido que me inspiraba la Geometría, hoy lo adjuro humildemente a vuestros pies, viejo Thales, Pitágoras rey fabuloso de los números, Hiparco el primero que intentó medir los mundos, Vieto, Galileo que a pesar de tener bastante prudencia para no entregarse al dolor supo sufrir por la verdad, Fermat, Huyghens, curioso Leibnitz, Euler, Monge, y hasta Enrique Poincaré, cuyo rostro aureolado por el genio pude contemplar; hombres admirables, héroes y semidioses: ante vuestros altares deposito mis estériles elogios a la Venus Urania que os colmó de sus dones más preciados.

Pero en aquellas horas lejanas, era yo un pobre ignorante y me apresuré a gritar sin reflexión ni conocimiento: «Opto por las letras».

No sería extraño que hasta me atreviera entonces a blasfemar contra la Geometría y el Álgebra cuando mi padrino el señor Danquin se me apareció sonrosado y florido. Iba a buscarme para hacerme compartir una de sus diversiones favoritas.

—Pedrín—me dijo—, debes aburrirte después de mes y medio de vacaciones; vente conmigo a oír la conferencia del señor Vernier, referente a la dirección de los globos.

En la flor de la juventud José Vernier se había singularizado ya por varias ascensiones audaces. Su entusiasmo y su intrepidez inflamaban el corazón de mi padrino, que se interesaba apasionadamente por los progresos aerostáticos.

Sobre la imperial del ómnibus mi excelente padrino me refirió con entusiasmo el porvenir de la navegación aérea. Seguro de que el problema del globo dirigible quedaría pronto resuelto, me predijo que yo vería con el tiempo las rutas del aire frecuentadas por innumerables viajeros.

—Entonces—añadió—no habrá fronteras; todos los pueblos formarán un solo pueblo; la paz reinará en el mundo.

José Vernier debía dar su conferencia en uno de los salones de la extensa fábrica de Grenelle. Tenía la entrada por un cobertizo, donde se veía el globo que fué tripulado por el joven aeronauta en una ascensión terrible. Yacía desinflado, semejante al cuerpo sin vida de un monstruo fabuloso, y atraía las miradas de la concurrencia el desgarrón abierto como una herida enorme. Cerca del globo estaba la hélice que, según se decía, le impuso dirección durante algunos momentos. Introducidos en la sala próxima vimos varias filas de sillas ya ocupadas por una concurrencia donde lucían sombreros de señora y que se animaba con murmullos de voces femeninas. A un extremo del salón se alzaba un estrado sobre el cual había una mesa y sillones vacíos encarados con el público. Lo contemplé todo

ávidamente, y a los diez minutos vimos subir al joven aeronauta los tres escalones del estrado, acompañado de un cortejo ilustre y seguido por aplausos entusiastas. De color cetrino, imberbe, delgado, pálido, grave como Bonaparte, su rostro afectaba la inmovilidad de una mascarilla histórica. Dos académicos de ciencias tomaron asiento a su lado, los dos de una fealdad sobrehumana y semejantes a los dos cinocéfalos que los antiguos egipcios, en sus rituales, ponían a la derecha y a la izquierda del muerto durante el juicio. Detrás del orador se alineaban algunas personas respetables entre las cuales sobresalía una señora muy bella, alta, con un traje verde, semejante a la mujer que representa el arte cristiano en el fresco pintado por Delaroche en el hemiciclo de las Bellas Artes. Mi corazón latía violentamente. José Vernier habló con voz opaca y monótona, en consonancia con la inmovilidad de su rostro.

Enunció inmediatamente su principio:

—Para navegar por el aire—dijo—se necesita una máquina de vapor que ponga en movimiento una hélice motriz fundada en cálculos matemáticos semejantes a los que permitieron construir la válvula de la turbina y los brazos de las hélices marítimas.

Trató luego muy extensamente acerca de la forma del globo, que debía ser lo más largo posible en el sentido de la dirección.

Uno de los cinocéfalos no sólo aprobaba sino que

iniciaba los aplausos; el otro permanecía impasible.

A continuación el orador hizo el relato de sus ascensiones peligrosas y refirió un aterrizaje durante el cual, rota el ancla, el globo, animado por extraordinaria velocidad, corría horizontalmente, y a su paso tronchaba los árboles, rompía las cercas y golpeaba la barquilla. Nos estremeció al referir sencillamente que otra vez, por no funcionar el escape, el globo se elevó a tales alturas que no era posible respirar, y tan hinchado que, por temor a una explosión, Vernier le hizo una desgarradura; como ésta se corrió hasta el vértice, el descenso fué de una espantosa rapidez, y hubiera causado la muerte de los aeronautas a no ser porque la barquilla cayó en un estanque. Al terminar anunció que se abría una suscripción para construir los aparatos necesarios a la navegación aérea.

Fué muy aplaudido. Los dos cinocéfalos le oprimieron la mano. La señora del vestido verde le ofreció un ramo de flores. Y yo, en aquel momento, conmovido, exaltado, con los ojos llenos de lágrimas generosas, resolví:

«¡Seré aeronauta!»

No pude dormir aquella noche impresionado por las aventuras aéreas de José Vernier y engreído por el orgullo anticipado de las ascensiones arriesgadas que yo realizaría.

Deduje que para construir, conducir y dirigir globos, era necesario poseer muchos conocimientos técnicos; y resolví optar por las ciencias.

A la mañana siguiente, y en cuanto vi a Justina la comuniqué mi resolución y las razones que la justificaban. Ella me dijo que su hermano Sinforoso fabricaba globos de papel, y aquellos globos subían por el aire después de haberlos tenido sujetos a cierta distancia sobre una hoguera. Pero lo hacía por jugar. Justina no aprobaba que los hombres intentasen subir al cielo, y reprochaba los viajes a la luna, donde Caín estaba cautivo. Una noche se lo habían hecho ver con su haz de leña a la espalda.

Durante tres días mantuve con firmeza mi propósito, pero al cuarto, los mirtos de Virgilio y los ocultos senderos del Bosque de las Sombras me atrajeron nuevamente. Renuncié a la gloria de conquistar los aires y seguí con docilidad la rama de la horquilla que conducía a la clase del señor Lerond. Concebí entonces cierto orgulloso desdén hacia mis compañeros que habían elegido la otra rama. Tal era el efecto ordinario de la bifurcación. Como debía suceder, como lo exige el espíritu de cuerpo, tan extendido, y que es el espíritu de las gentes de pocos alcances: los alumnos de letras y los alumnos de ciencias se despreciaban recíprocamente. Alumno de letras, adopté los prejuicios de mi clase y me atreví a ironizar como pesados y sin ornamento los estudios de los científicos. Es posible que a ellos les faltasen elegancia y humanidades, pero los de letras no éramos tampoco gallardos ni elocuentes.

No puedo juzgar por mi propia experiencia los efectos de la bifurcación, porque mi carácter no me permitió sacar provecho de las enseñanzas dadas en comunidad. En las clases de ciencias, como en las clases de letras, yo hubiera mostrado una comprensión difícil y un espíritu rebelde. Lo poquito que aprendí, lo aprendí solo.

Creo que la bifurcación precipita la decadencia de los estudios clásicos, los cuales en realidad no responden a las conveniencias de una sociedad burguesa, enteramente consagrada a la industria y a los negocios. Se ha dicho que el ministro de Instrucción Pública de 1852 tenía empeño en desnaturalizar la enseñanza universitaria, porque un poder más alto la consideraba como un peligro nacional. Tal vez por esto restringió en ella las partes más nobles y se atrevió a decir: «Las discusiones históricas y filosóficas no son convenientes para los niños, y esas investigaciones intempestivas sólo producen vanidad y duda». Seguramente no es así como debe expresarse un educador obstinado en despertar las inteligencias juveniles. El propósito de Fortoul consistía en obtener generaciones tranquilas y dar a los hijos de los burgueses, educados bajo la realeza liberal, una instrucción conveniente para la vida de los negocios que deben preocuparles. En aquella época, un universitario de espíritu burgués, fiel a la monarquía de Julio, expresó claramente tales intenciones en las líneas que transcribo: «El porvenir de nuestros hijos no está

en la sabiduría. No queremos convertirlos en poetas ni en literatos; la poesía y la literatura son oficios muy peligrosos. No queremos tampoco dedicarlos al estudio de las leyes, porque hay abogados de sobra. Queremos que sean buenos comerciantes, buenos agricultores; y para estas profesiones, que forman el cuerpo social, ¿de qué han de servir a nuestros hijos el griego y el latín que les enseñáis y que olvidan al momento? No todo el mundo puede escribir, defender pleitos y ser catedrático; la mayoría de los hombres vive fuera del círculo de las profesiones eruditas. ¿Qué enseñan vuestros colegios a esa mayoría? Nada, o nada bueno».

No habrá un hombre de corazón a quien estas frases bajas y groseras no desagraden. Las recuerdo porque subsiste aún la manera de ver las cosas que las inspiró. La segunda enseñanza decae de cincuenta años acá. La condenaron a muerte. Nuestra sociedad no necesita que los hijos del pueblo vayan a la escuela, ni los hijos de las clases acomodadas al Instituto donde, por añadidura, no aprenden nada. Después de la guerra monstruosa que hizo caducar en cinco años todas las instituciones, se debe reconstruir el edificio de la instrucción pública sobre un plan nuevo, de sencillez majestuosa. La misma enseñanza para los niños ricos y pobres. Deben ir todos juntos a la escuela primaria, y los que muestren más aptitud para el estudio son los que han de recibir la segunda enseñanza que, dada gratuitamente, reúna en los mismos bancos la flor

de la juventud burguesa y la flor de la juventud proletaria. Los que se distingan más entre todos deben ser recibidos en las Escuelas superiores de Ciencias y de Artes. Sólo así la democracia sería una realidad.

Volvamos a las edades fabulosas de mi infancia y os diré que no me engañaba por completo el instinto que me inclinó a los estudios literarios. En aquellas aulas ruines se me aparecieron Grecia y Roma; Grecia, que enseñó a los hombres la ciencia y la hermosura, y Roma que pacificó el mundo.

VII

ALSINE PARA LOS PAJARITOS

En los tiempos en que yo era colegial, cada año, el 28 de febrero, día consagrado a la fiesta de Carlo Magno, los alumnos que habían obtenido el número uno en alguna asignatura se reunían en un banquete. Alumno de tercero, desconfiaba yo de poder sentarme jamás en ese banquete de los príncipes. Estaba muy lejos de conquistar el número uno de mi clase y me creía feliz al mantenerme en el centro oscuro. Yo no era perezoso, por el contrario, trabajaba como los más aplicados; pero cuanto más trabajaba más alejado me veía de los primeros puestos, porque me consagraba a estudios completamente ajenos a la enseñanza clásica, y con atención tan profunda que absorbió todas mis facultades. Mi curiosidad ansiosa descubría uno tras otro asuntos de interés a los que me entregaba en cuerpo y alma. Por esta razón aquel año, durante las tres primeras semanas del curso, viví cautivo de la reina Nitocris. Sólo pensaba en ella; en todas partes la veía; era mi obsesión. Los programas, los temas, las versiones, las narraciones, las fábulas de Esopo,

las vidas de Cornelio Nepote, las guerras púnicas, no significaron nada para mí; todo lo que no se refería a la reina Nitocris me era indiferente. Nunca hubo un amor tan exclusivo. Cuando ya declinaba este sentimiento (porque nada es durable) una vez que me dió mi madre un poco de muérdago y me dijo que era la planta sagrada de los druídas, imaginé durante varias semanas bosques profundos, sacerdotisas vestidas de blanco, hoces de oro y canastillos de muérdago. Después me poseyeron las abejas de Aristea y las manzanas de oro del jardín de las Hespérides. Como estas preocupaciones imaginarias absorbían mi atención, mi constante indiferencia por cuanto me rodeaba dióme un aspecto poco inteligente, y se concibe así que no inspirase mucha estimación al señor Beaussier, mi profesor, hombre cabal, de carácter circunspecto, y hasta un poco taciturno, de una cultura sólida pero algo limitada, según puedo ahora inferir atenido a mis recuerdos. Empleaba conmigo una severidad extraordinaria nunca disminuída por ningún movimiento piadoso, porque en su conciencia me creía maligno y perverso. Pero no obstante mi humor contemplativo, yo tenía entonces una inclinación que luego perdí: amaba la Gloria. Sí; a pesar de las deformidades de mi inteligencia que me valían el desprecio del señor Beaussier y me apartaban para siempre de los honores escolares, yo hubiera querido brillar en el primer banco de la clase y recoger laureles como un héroe antiguo. Sí; yo ama-

ba la Gloria; la educación universitaria que a pesar de todo había penetrado en mí, me obligaba a confundir en una sola admiración los vencedores de Salamina y los héroes de Palmarés. Yo amaba la Gloria. La disciplina napoleónica, a la cual me hallaba sujeto, me hacía suspirar por la corona de papel verde, y seguramente más adelante me hubiera inspirado el deseo de las cruces, de los cordones y de las casacas bordadas, a no ser porque torcí el camino. Yo amaba la Gloria y envidiaba a los colegiales ilustres.

Entonces eran tres, graves, serios, imponentes, acaso un poco pesados pero sólidos, firmes, que recogían todos los laureles y ocupaban los primeros puestos: Radel, Laperliere y Maurisset. Los tres eran internos, y como el internado imprimía a sus costumbres algo de carácter militar, despreciaban a los civiles, a los externos como yo que apenas éramos de la casa. Tenían el espíritu de cuerpo que yo no tuve nunca, y que por mi desgracia nunca he podido adquirir. Dominaban en los recreos lo mismo que en las clases, y mostraban en las partidas de marro y de barra igual maestría que les reconocíamos en tema griego y en discurso latino. Tanta grandeza me inspiró más asombro que atractivo, y sentí por aquellos muchachos más admiración que simpatía.

Cada semana, el sábado por la tarde, al distribuir los puestos de composición, tema, versión, discurso latino o narración, el señor Beaussier declaraba

que al examinar atentamente los ejercicios de aquellos tres incomparables alumnos, hubiera querido no advertir la superioridad de uno sobre los otros dos. Según él, Radel, Laperliere y Maurisset se igualaban; casi no estaba seguro de que Radel era más exacto, Laperliere más elegante y Maurisset mas conciso. La concisión, a juicio del señor Beaussier, acaso era lo que más distinguía a Maurisset. Ajeno a todo lo que se hacía y se decía en la clase, indiferente a los preceptos más útiles, ignorante de las reglas más necesarias, yo producía temas y versiones faltos de aquella exactitud, de aquella elegancia y de aquella concisión. Cuanto salía de mi pluma abundaba en solecismos y en barbarismos, interpretaciones erróneas y contrasentidos. Al repasar mi cuaderno, el rostro del señor Beaussier expresaba de pronto una dignidad entristecida y una reconcentrada reprobación. Un pliegue doloroso contraía los delgados y sinuosos labios del maestro, quien me reprochaba amargamente las incorrecciones abundantes en mis ejercicios, y el mal gusto que acababa de hacerlos desagradables a sus ojos. Este mal gusto desolaba al señor Beaussier, y este defecto me abrumaba tanto más porque yo no entreveía la posibilidad de remediarlo y de mejorar mi gusto. Aún hoy, después de tantos años, no comprendo los motivos en que se apoyaba el señor Beaussier para juzgar tan deplorable mi gusto; pero su antipatía por ese gusto era patente, y se revelaba hasta en la manera de pasar las hojas de mi cuader-

no con una ironía siniestra. Sus desdenes me hicieron sufrir; sentíme alejado para siempre de la Gloria y me resigné, con la esperanza de refugiarme aún entre la oscura mediania.

Me consolaba, en cierto modo, reflexionar que nunca descendí a los tres últimos puestos. No era posible, porque estaban adjudicados perpetuamente a Morlot, Laboriette y Chazal. Fuese cual fuese la prueba o el asunto de la composición, ciencias o letras, lenguas vivas o clásicas: Morlot, Laboriette y Chazal eran siempre los últimos. El fenómeno se reproducía cada semana con la constancia de las leyes que regulan el movimiento de los astros y la sucesión de las estaciones. Sólo variaba el penúltimo, que unas veces era Laboriette y otras Morlot; el último era infaliblemente Chazal, quien se mantenía en su puesto con inquebrantable firmeza. Al señor Beaussier no le inspiraba ninguna objeción aquel hecho de una exactitud tan satisfactoria como necesaria; se inclinaba ante la necesidad, señora de los hombres y de los dioses, y acababa la lectura de las clasificaciones con los nombres de Morlot, Laboriette y Chazal sin hacer comentarios inútiles. De este modo, por grande que fuera mi derrota, Morlot, Laboriette y Chazal aseguraban siempre mi retaguardia. No era superfluo este convencimiento, que se me hizo de día en día más necesario. Yo perdía puestos con facilidad; una secreta y maligna influencia me lanzaba hacia los bancos inferiores. Me hubiera sido imposible desconocerla, porque el

señor Beaussier lo advertía con el rudo goce de un alma inflexible que aplaude los rigores de la justicia; porque mi madre, humillada en su orgullo máximo, se lamentaba durante la comida, que sus reproches me amargaron muchas veces; porque mi padre se mantenía en un silencio reprobador; porque hasta Justina, sin ningún respeto ya para su señorito, me presentaba el ejemplo de Sinforoso que, a pesar de su pequeñez llevaba a su casa todos los premios de la escuela. Abrumado por aquel rebajamiento incesante busqué inútilmente sus motivos, sin detenerme a pensar que nunca puse atención en lo que se decía y se hacía en la clase. Diariamente me acercaba más y más a la cola. Un sábado de diciembre, con motivo del tema griego (¡musas inmortales, castas hermanas, borrad de mi memoria este recuerdo humillante!) me encontré clasificado junto a Morlot, Laboriette y Chazal, entre Morlot, sobre el cual me ponía la fatalidad inapelable, y Alsine, a quien yo no podía resistir, y que se hallaba delante de mí por una fatalidad inconcebible. Yo despreciaba profundamente a Alsine; Jacobo Alsine, el pequeño Alsine, a quien llamábamos «Alsine para los pajaritos», muy satisfechos del chiste. Le creí tonto ¡y este relato probará la certeza de mis juicios! Le consideraba menos inteligente que a Morlot, Laboriette y Chazal. Chazal era rústico, y algunas veces agradaba por la ingenuidad alegre de sus réplicas; Laboriette, vizco, huraño, vocinglero, parecía un loco; Morlot, durmiente incorregible,

tenía largas pestañas sedosas y el encanto misterioso de un príncipe de cuento árabe. Cada uno de ellos interesaba por algo; pero Alsine carecía en absoluto de interés, y creo que todos mis camaradas le juzgaban como yo. Menudo, flaco, enfermizo, sus dolencias le obligaron a faltar muchas veces a las clases y abrieron profundas lagunas de ignorancia en sus conocimientos clásicos. Su inteligencia era tarda, su memoria rebelde, y su ingenuidad mostraba sin recelo todas las flaquezas de su espíritu. En una palabra: le juzgábamos feo porque era débil, estúpido porque era tímido, despreciable porque era inofensivo; y sin embargo había en él una expresión indescifrable, un algo secreto y profundo que debió hacernos reflexionar y suspender nuestro juicio; pero nos arrastró el impulso de nuestra necedad y adoptamos por costumbre reírnos de Alsine y atormentarle. También yo me burlaba de Alsine, porque entonces respetaba con ceguera la costumbre. Si no hubiera remediado este defecto, ahora sería peor de lo que soy, pero sacara mucho más provecho en la vida. Despreciaba a Alsine, hacía todo lo posible por humillarle y molestarle, más culpable y más necio en esto que los otros, porque verdaderamente no existió nunca entre Alsine y yo la antipatía natural que le separaba de los demás condiscípulos y de los maestros. De buena fe supuse al enfermizo Alsine inferior a mí, absolutamente inferior, de una inferioridad degradante; le reservaba el más profundo desdén y le

abrumaba con todas las ironías que mi natural dulzura y mi perpetuo aturdimiento dejaron a mi disposición.

El señor Beaussier, ahora lo proclamo y sus actos lo pregonan, el señor Beaussier era un hombre justo. Su Themis podía estar falta de luz y de gracia, pero los platillos de su balanza no cedían al favor. El caso que voy a referir es una prueba de que el señor Beaussier juzgaba sin odio y sin afecto, y de que algunas veces sus veredictos llegaron a serle dolorosos. Véase lo sucedido: Un sábado, un incomprensible sábado, el señor Beaussier anunció que yo era el primero en versión latina. Lo anunció en tono grave, con tristeza, con profundo abatimiento, como si diese a entender que aquello era fastidioso, lamentable, inmoral. Y sin embargo, a pesar de todo lo anunció, lo proclamó, y me concedió el número uno, notoriamente afligido al ver que yo lo merecía. Según parece la versión era difícil; los más hábiles se habían descaminado en varios puntos, tal vez por obstinarse en rebuscar. Mi ligereza me favoreció; como de costumbre no me había preocupado por nada, y vencí la dificultad sin advertirla. Esta era la explicación que se atrevió a formular el señor Beaussier acerca de aquel hecho inexplicable. Sea como fuere, me puso el primero y vencí a Radel, a Laperliere y a Maurisset.

Me puso el primero. Yo amaba la Gloria, pero no había nacido para disfrutarla. Su primer rayo, que me llegaba de una manera tan imprevista, me

enloqueció, me hizo vanidoso. Por una aberración monstruosa de mi entendimiento, creí natural ser el primero de mi clase, cuando en realidad lo era contra todas las conveniencias y todas las previsiones. De pronto me inundó de alegría, y alentó mi orgullo una idea: yo tomaría parte en el banquete de la fiesta de Carlo Magno, y me sentaría entre los mejores y los más fuertes desde aquel tercer año a que pertenecía, hasta la Retórica y las Matemáticas especiales. ¡Qué triunfo! ¡Qué embriaguez! El banquete de la fiesta de Carlo Magno no sólo era ilustre, también era delicioso; un colegial más antiguo me lo había contado: servían cremas, sorbetes, y vino de Champagne en copas de cristal.

Adopté un aspecto de superioridad muy ridículo, que me dejaba moralmente por debajo de Morlot, Laboriette y Chazal; y cuando Alsine, el infeliz Alsine, dejó de trazar rosetas en su cuaderno, se volvió hacia mí, y con sus labios pálidos que descubrían unos dientes amarillos me sonrió con expresión a la vez amable y satírica: yo fingí no advertir el propósito de tan insignificante persona, y murmuré al oído de Noufflard:

—¡Qué imbécil es Alsine!

Cuando sonó la campana, imité al salir el paso lento y la cadencia bobina de mis rivales un instante vencidos pero siempre altaneros y amenazadores: Radel, Laperliere y Maurisset.

¡Ay! no debía repetirse mi victoria. A la semana siguiente el señor Beaussier con visible satisfacción

proclamó mi rebajamiento. La incorrección de mi tema, los solecismos y los barbarismos que menudeaban en él, me lanzaron de pronto al último tercio de la clase, no lejos de Morlot, Laboriette y Chazal. Éstos, al menos poseían los atributos divinos: la permanencia y la estabilidad. En todo caso, y por mi desgracia, el primer lugar obtenido una sola vez daba a mi medianía un carácter de mengua, pero me aseguraba un lugar en el banquete de la fiesta de Carlo Magno.

Concebí acerca de aquel banquete ideas fastuosas. No diré que lo imaginase como el festín de los dioses que Rafael pintó en el techo de la Farnesina, y esto por muchas razones que sería inútil exponer, pero lo adorné con todas las pompas y todas las magnificencias que podía concebir entonces mi imaginación juvenil y débil, ya exaltada. Era el asunto más frecuente de mis meditaciones, y hubiera sido también el de mis conversaciones; pero no me atreví a hablar de ello a mi padre, temeroso de su frío razonar, ni a mi madre, porque sin duda me hubiera dicho que yo no merecía los honores de aquella mesa, ya que ser el primero una sola vez es como serlo casualmente. Por fin le dije a Justina, mientras freía patatas con gran estrépito, que en la fiesta de Carlo Magno servían pavos reales con su cola en abanico, un ciervo con su cornamenta, y jabatos con su piel sedosa. No eran invenciones mías: había leído aquellos esplendores culinarios en un libro de cuentos viejos, y me persua-

dí de que los renovarían agrandados en el banquete del 28 de enero. A pesar de todo Justina no me escuchaba, y metía el cogedor en la carbonera con un ruido tan atroz que hizo estremecer a mi padre en su butaca al otro extremo del piso.

Entre tanto el pequeño Alsine, siempre afable y humilde, siempre de tarda comprensión, ganaba puestos cada semana; un día llegó a colocarse entre Laperliere y Maurisset con asombro de todos los alumnos y del propio señor Beaussier. Aquel éxito era el presagio de otro éxito mayor y más importante: en la segunda semana de enero Alsine ocupó el primer lugar en tema griego. Había superado en el ejercicio del *iota suscrito*, a Laperliere y a Radel, y había conocido mejor que el propio Maurisset los verbos en *mí*. Toda la clase acogió el triunfo de Alsine con alegría y ruidosas manifestaciones, que imitaban el canto de los pajarillos para loar de aquel modo al que llevaba el nombre de su planta favorita, y aquellas voces trinadoras y selváticas dirigidas al héroe de los verbos en *mí*, hicieron sonreír al señor Beaussier cuyos labios, fruncidos por la sonrisa, le dieron un instante las apariencias de un viejo fauno. Llegó a suponerse que los gorriones cobijados en los árboles cubiertos de nieve, unían su canto al de sus imitadores. Ahora me avergüenza confesarlo, pero entonces me produjo una violenta contrariedad saber que Alsine sería uno de los comensales en el banquete de la fiesta de Carlo Mag-

no. Una gloria compartida con Alsine me desagradaba y dejé de prometerme honor y contento en una mesa donde me hallaría sentado junto a él. Confieso estas malas inclinaciones mías, pero a la vez pregunto, como preguntaba Juan Jacobo Rousseau, si alguno de mis lectores podría despreciarme por suponerse mejor que yo. Aquel día en que mostré un alma débil y vana, mi humillación fué dolorosa. El señor Beaussier hizo notar que mi ignorancia era absoluta en lo referente al *aoriste*, y que en mi tema cometí errores infinitos, y casi tan considerables como los de Morlot, Laboriette y Chazal.

Regresé cabizbajo a mi casa y corrí en busca de Justina, que cerca del fogón mondaba zanahorias con un formidable cuchillo. Rayaban de rojo sus brazos desnudos, arañazos, cortaduras, desgarraduras y toda clase de heridas. El arrebatado color de sus mejillas igualaba al de la lumbre. Le anuncié que la fiesta de Carlo Magno era un convite sin importancia, al cual asistirían imbéciles, idiotas y otros tipos inferiores, y que no servirían en aquella mesa pavos, ciervos ni jabalíes, sino fuentes de bacalao y de judías; me propuse demostrarle que «Alsine para los pajaritos» era un alma de cántaro. Mientras yo hablaba, Justina levantaba la tapa del puchero; después, con los ojos cegados por el vapor caliente, cogió de un cacharro que había en el vasar un puñado de sal, volcó sobre su cabeza una botella de aceite, tropezó en la mesa, hizo caer el quinqué, perdió el equilibrio y se desplomó con

estrépito. Era difícil sostener una conversación con persona tan accidentada, cuyas frecuentes desventuras no la servían de escarmiento.

El día de la fiesta de Carlo Magno presentóse húmedo y obscuro. El banquete se celebraba en el refectorio del colegio, donde yo no había entrado nunca, pero cuyo olor a grasas calientes me producía náuseas cada vez que pasaba por delante de sus puertas. Opinaba Justina que yo tenía el estómago delicado. El anchuroso comedor, provisto de largas mesas de mármol negro, estaba adornado con guirnaldas de papel, conforme al gusto flamante y sencillo de las decoraciones de cuartel y de sacristía. No habían puesto manteles, pero las servilletas estaban sobre los platos plegadas en forma de pajarita, y aquellos blancos simulacros me produjeron una sensación agradable, como si las palomas de Afrodita hubiesen revoloteado ya en mis ensueños. Me colocaron entre Laperliere, que estaba a mi izquierda, y Alsine, que ocupaba a mi derecha el extremo de la mesa, al pie del estrado donde el señor director, el padre Delalobe, brillaba venerable y sonriente en una negra corona de profesores. Yo despreciaba a Alsine, y Laperliere sentía desprecio por mí. Entre los tres no se cruzó ninguna frase. A Laperliere le quedaba el recurso de hablar con Radel, su vecino de la derecha, mientras que Alsine y yo nos veíamos condenados al mutuo silencio. No sirvieron pavos, ni ciervos, ni jabalíes, pero al fin llegaron, después de larga espera, los rabanillos

y las rajas de salchichón. Contemplé aquella corona universitaria donde florecía el señor Beaussier; reconocí sus labios sinuosos, sus largas patillas como espolvoreadas con pimienta y sal, su barbilla recién afeitada. Tenía una expresión menos firme que en su clase; sujetó la servilleta a su cuello y se llevó la comida a la boca. Esto me produjo alguna sorpresa; no se me había ocurrido imaginar que el señor Beaussier comía. Era la cosa más natural del mundo. Sin embargo, al ver a una persona no relacionamos con ella todas las funciones de su vida, y esta facultad de abstracción interesa mucho a la dignidad humana. Los platos se sucedían lentamente; el murmullo de las voces alegraba el comedor; mi vecino de la izquierda, Laperliere, explicaba a Radel el mecanismo de los revólvers y de las carabinas que había recibido de aguinaldo; porque aquellos príncipes de los estudios eran heroicos hasta en sus juegos. No me fué tan fácil interpretar lo que decía Radel referente a la equitación y a la caza. Yo, hijo de un médico de barrio, estaba por completo excluído de aquellas conversaciones, mientras Alsine me daba de cuando en cuando alguna muestra de simpatía, que yo rechazaba con el mismo gesto altanero que Radel y Laperliere tenían para mí. Con disimulo miraba de vez en cuando aquel pobre rostro, suave y fino, resuelto a no comunicarme con un ser inferior, a pesar de lo cual un algo misterioso y profundo que se agitaba dentro de mí me advertía que aquellos

sentimientos iban a extinguirse pronto para sustituirse por otros muy diferentes. Desoí estos avisos secretos, que un hombre de la antigüedad pagana hubiera considerado advertencias de los dioses. Después del asado y cuando, según dice Homero, hubimos satisfecho el hambre inexorable: el ruido de las voces y de las risas llegó a ser ensordecedor. Vi entonces por el rabillo del ojo que Alsine arrollaba su servilleta sobre su brazo derecho bajo el puño cerrado, al cual daba las apariencias de una cabeza con la punta de su pulgar asomada entre el índice y el dedo corazón; le vi contemplar aquella muñeca viva, con una tristeza afectada y en el fondo verdadera, y le oí decir:

—¿Cómo te encuentras aquí, pequeño Alsine? Tú no tienes con quién hablar. Es triste, pero consuélate. Hablaré yo contigo, y esto nos divertirá; te contaré una aventura extraordinaria del alumno Pedro Nozière. Este colegial ha venido al banquete de la fiesta de Carlo Magno en cuerpo y sin alma. Si tuviese alma, Nozière hablaría. Está callado porque su alma no vino con su cuerpo. ¿Dónde está su alma? ¿En qué país? ¿En la tierra o en la luna? Lo ignoro; y mientras el alma de Pedro Nozière divaga, sabe Dios por dónde, tú, mi pobre Alsine, almuerzas al lado de un cuerpo sin alma, de una figura de cera que no habla ni ríe. ¿Qué dices tú a esto, pequeño Alsine, pobre «Alsine para los pajaritos»?

Al principio de esta minúscula comedia exageré

mi desdén para resistir mejor a las insinuaciones de mi vecino; pero la gracia de su voz y de su pensamiento, el encanto de su alma dolorosa y dulce, conmovieron mi corazón. De pronto comprendí que Alsine valía más que yo por las condiciones más raras y preciosas de su inteligencia y de su carácter, y sentí que me inspiraba una ternura ardiente. Sin embargo no supe qué decirle; pero él comprendió mi pensamiento, y su rostro se iluminó con una alegre sonrisa. En un segundo llegamos a ser íntimos amigos; nos lo habíamos dicho todo sin hablar; yo le conocía como si hubiese vivido siempre con él.

«Alsine para los pajaritos», Jacobo Alsine, mi querido Alsine, vivía con su madre y con su hermana en un aposento muy bonito de la calle del Sena, con muebles de terciopelo azul y rosa. Su padre, Felipe Alsine, profesor de Química en la Escuela Normal, había muerto joven, precisamente cuando preparaba importantes descubrimientos. Jacobo Alsine también deseaba dedicarse a las ciencias.

—Las hay muy agradables—me dijo—; te lo aseguro, pero no confío en poder estudiarlas; mi salud no me ayuda; este mismo año estuve muy enfermo.

—No debe ser cosa grave—le repliqué.

—No, no es cosa grave—repitió con una sonrisa de sus labios descoloridos—. Mi hermana también está muy enferma. Le quedan tres meses de curso;

perdió en Gramática los participios y en Historia el feudalismo. ¿Qué te parece?

—A mí—le objeté—me gusta la Historia, sobre todo cuando es extraordinaria.

—A mí tambien; pero me pierdo entre las sucesiones de imperios y monarquías. Tal vez soy muy pequeño para esos estudios.

—Tú no eres muy pequeño.

—Cada vez soy más pequeño; disminuyo; llegaré a ser pequeñito, pequeñito.

La comida resultó muy agradable. Nos sirvieron huevos a la nieve en grandes ensaladeras, y nos sirvieron vino de Champagne. Aquello nos alegró. Hasta Laperliere quiso brindar conmigo, y yo acerqué veinte veces mi vaso al de mi amado Alsine. Le conté la historia de la portera que arrojó un cubo de agua al rostro del casero, segura de que lo echaba a los pilluelos juguetones. Él me refirió, sonriente y con frases entrecortadas por una tosecilla seca, la aventura del castañero que ve salir de estampía el hornillo de las castañas, porque unos bromistas lo sujetaron con un bramante a la rueda de un carruaje. Luego hablamos con admiración de Espartaco, de Epaminondas y del general Hoche. En cuanto a Carlo Magno, su inmensa barba nos lo ofrecía un poco risible.

—Sin duda no ignoras—me dijo Alsine—que luchó contra los normandos al frente de un ejército compuesto por veinte mil francos.

Creo que ya estábamos un poquito beodos, y es

indudable que al salir del banquete llevaba yo en el bolsillo la servilleta. Acompañé a mi amigo hasta su casa, y con su manecita ardorosa entre las mías le juré un afecto imperecedero.

Aquella pobre criatura murió a los veinte años.

VIII

ROMANTICISMO

Una de las personas más extraordinarias entre las que frecuentaban mi casa cuando yo tenía doce años era el señor Marc Ribert, hombrecillo de cincuenta o cincuenta y cinco años, con el pelo erizado, la frente abombada, las mejillas chupadas, y que hacía todo lo posible para ofrecer un aspecto de fatalidad y desesperación. Seguramente la marcha de sus asuntos influyó en este carácter, y se decía que iban de mal en peor por su causa. Hijo de un almacenista de vinos de Bercy, en su juventud había tratado asiduamente con los artistas y los escritores, con las mujeres galantes y con los cómicos; había dado fiestas magníficas, había hecho construir un castillo gótico en Clamart y había disipado en todo género de prodigalidades la herencia paterna. Su mujer, que murió joven de la dolencia que aún se llamaba entonces «consunción», le había dejado una hija de belleza ideal y de muy quebrantada salud. Al decir de las gentes, sólo cuando se le agotaron los recursos decidió suprimir sus derroches;

y en realidad no le faltaban motivos de inquietud y de aflicción; pero los que le conocían a fondo, como le conocía mi padre, le juzgaban ligero, frívolo, olvidadizo, y suponían que insensible a sus infortunios verdaderos se mostraba desesperado por gusto y por inclinación. Era un romántico hecho y derecho. En la época a que me refiero había ya muy pocos de su especie, por lo cual el señor Marc Ribert me pareció admirable. En sus palabras, en sus miradas, en sus actitudes, lucía su originalidad y sus ensueños. Yo le imaginaba rodeado de sílfides, de gnomos, de duendes, de ángeles, de diablos y de hadas. ¡Había que oirle recitar alguna poesía nebulosa o alguna balada fantástica! Aseguraba que lo feo es lo hermoso y que lo hermoso es lo feo. Yo lo llegué a creer. Ahora estas afirmaciones me ofrecen ya más dificultades. Para el señor Marc Ribert, Racine era un anticuado y un chancleta. Tal vez compartí ciegamente semejante juicio porque mi profesor, el señor Bonhomme, afirmaba lo contrario, y esto era en mi criterio de entonces una razón decisiva. ¡Oh!, qué apasionadamente me invitaba aquel viejo romántico a producir asombro entre los tenderillos y los filisteos, y aplastar la hidra del clasicismo! ¡Con qué ardor ansiaba yo seguirle y proclamar a mi vez la libertad del Arte sobre el cuerpo derribado y pisoteado del señor Bonhomme!

Mi pobrecita mamá deploraba el ascendiente que el señor Marc Ribert ejercía sobre mí, y algunas ve-

ces suspiraba: «Pedrín enloquecerá si hace caso a ese loco»; y confiaba en el señor Danquin, mi padrino, para contrarrestar aquella perniciosa influencia; pero difícilmente podía ejercer sobre mí algún influjo el señor Danquin, porque era demasiado razonable. Consideraba al señor Marc Ribert loco, loco de atar, y creía, como el señor Duvergier de Hauranne, que el romancismo es una enfermedad semejante al sonambulismo o la epilepsia, y daba gracias al cielo al advertir su notoria disminución.

La antipatía que mi padrino provocaba en el señor Marc Ribert era invencible, porque era natural. A los ojos de Marc Ribert mi padrino era un burguesote, «¡un burguesote!», esta palabra lo dice todo. Para distinguirse de la infame casta, el señor Marc Ribert se vestía con una especie de jubón de terciopelo negro y anchos calzones de forma inusitada. Su largo pelo, echado atrás, formaba una punta diabólica en su frente, y se recortaba la barba como Mefistófeles. Vestido de tal manera se burlaba amargamente de mi padrino, el cual, rechoncho y ventrudo, se cubría con una levita larga, y lo mismo que el señor Prudhomme usaba gafas de oro, y se adornaba con un cuello cuyos picos le cubrían la mitad de las mejillas y con una corbata de seda negra que le daba tres vueltas al cuello. Como las mejillas de mi padrino eran muy coloradas, el señor Marc Ribert comparaba su busto con un ramo de rosas envueltas en un papel blanco, comparación que me hizo mucha gracia por su exactitud y que,

al encontrarme delante de mi padrino, me provocaba una estrepitosa risa.

Mi padrino, receloso, encogíase de hombros, me llamaba imbécil y me aconsejaba que fuese a estudiar mis lecciones en vez de hacer bobadas. Por el contrario, el señor Marc Ribert me repetía que no hiciese caso a los profesores.

—Son unas momias.

Muchas veces, en el saloncito paternal presencié las disputas entre mi padrino y el señor Marc Ribert. Mi padrino representaba realmente el personaje de Jerónimo Paturot. Yo no tenía capacidad suficiente para seguir aquellas disputas, y mucho menos para juzgar las razones aportadas por una y otra parte, en el caso de que aportaran alguna razón; pero mi necedad no admitía vacilaciones, y me decidía siempre contra mi padrino, quien jamás empleaba frases deslumbradoras como lo hacía su adversario. Este lanzaba por la boca un revoltijo de lórigas, bandas, cimeras, gigantes, dragones, escuderos, enanos, castellanas, pajes, capillas y ermitas. En el saloncito de mis padres a su voz surgía un mundo encantador, y en aquella magia estallaban las maldiciones, los sarcasmos y la risa gutural del viejo romántico.

Entonces mi padrino recordaba *El Rey de Yvetot* y *El Molinero de Saint Souci*, para lanzarle una granizada de argumentaciones, mientras los dijes de su leontina se agitaban sobre su abultado vientre.

No me sería posible repetir sus conversaciones

con fidelidad, y sin duda he olvidado lo más esencial de ellas; pero cuando me esfuerzo para recordarlas, me parece que el señor Danquin no siempre estaba equivocado, como yo suponía. Lamentaba que algunos matices del lenguaje, advertidos con delicadeza en otro tiempo, se confundieran ahora de tal modo que resulta cada vez menos claro lo que se escribe; lamentaba también que la razón hubiera dejado de regir las inteligencias; pero el señor Marc Ribert tenía en su favor la inestimable ventaja de expresar confusamente ideas de comprensión difícil. La obscuridad las embellecía a mis ojos. Se admira más lo que no aparece muy claro. La admiración exige alguna sorpresa. Por esto me entusiasmaba el señor Marc Ribert cuando definía la obra romántica de este modo:

—Es la obra de la protesta y del dolor; es el duelo amargo que se mezcla con la febril ansia de lo infinito; es la desesperación oculta bajo la ironía más aguda.

¡Qué sé yo lo que decía! Sólo sé que sus frases me admiraron y me aturdieron por su grandeza.

Las discusiones políticas entre aquellos dos hombres de opuesto carácter y contraria naturaleza fueron siempre tan violentas como sus discusiones literarias, pero mucho más cortas. A mi padrino, en política sólo Napoleón le interesó, y el señor Marc Ribert sentía no vivir bajo la soberanía de Luis X el Tozudo; esto le ilusionaba. Mi padrino lo suponía una broma, pero seguramente no lo era, por-

que el señor Marc Ribert lo decía todo en serio, y aquella seriedad que revistió su locura constituyó el ascendiente más considerable sobre la inteligencia de un pobre niño. La idea de lo grata que pudiera ser la vida en tiempos de Luis X el Tozudo, arraigó de tal modo en mí que lo expresaba a cada momento al hablar con mi madre, con mi buena Justina y con mis camaradas del colegio.

Un día, durante el recreo de la mañana se la comuniqué a Fontanet, quien siempre juicioso y de espíritu elevado me respondió que él quisiera vivir en la época de San Luis.

Aun cuando hacía ya bastante tiempo que le trataba, yo no había ido nunca a casa del señor Marc Ribert, y una mañana mi padre que solía ir, ya como médico ya como amigo, me llevó con él. El señor Marc Ribert vivía en la calle Duphot, cerca de la Magdalena, en la orilla derecha del río. La calle nada tenía de romántica, y la casa tampoco; no la edificaron en los tiempos de Luis X el Tozudo sino en los de Luis Felipe. La escalera, con su alfombra parduzca y su barandilla de hierro fundido pintada de blanco, no se amoldaba al gusto del señor Marc Ribert; la antesala, donde había un perchero y un paragüero, tampoco justificaba sus convicciones. ¡Paciencia! Mi padre avanzó solo por un pasillo, que sin duda conducía a la alcoba del señor Marc Ribert, y la criada, bastante gorda, me introdujo en un saloncito amueblado con divanes sobre los cuales había almohadones bordados y tapices

de Oriente. Había también, apoyado en una pared un enorme cuadro, que de pronto me hizo sentir todos los encantos del dolor. El dolor embellecido es lo que más conmueve al corazón generoso. Me conmovió profundamente aquella pintura que representaba a Ofelia rubia, deliciosa, y que al ahogarse no dejaba de sonreír. En su abandono, el vestido la mantenía flotante sobre el agua. Su cabeza coronada de flores descansaba sobre la onda como sobre un almohadón; el arroyo y los árboles ofrecían tonalidades pálidas y verdosas, reflejadas en el rostro de Ofelia. Sus ojos expresaban el ingenuo aturdimiento de la locura. Mientras yo contemplaba aquel hermoso cuadro, oí una deliciosa voz que cantaba con incomprensible distracción y súbitas interrupciones *¡Adiós mi bello navío!...* Aquella romanza que en otro momento acaso no me hubiera conmovido, me desgarró los nervios y me hizo prorrumpir en sollozos. Cesó el canto, pero no se calmaba mi emoción. El rechinar de una puerta que se abría me hizo volver la cabeza, y vi sobre el quicio de aquella puerta a una muchacha vestida de blanco y rubia como Ofelia, que llevaba tambien, como Ofelia, un brazado de flores. Al verme lanzó un grito de sorpresa y huyó.

No puedo precisar durante cuántos días me preocuparon el cuadro de Ofelia y la figura de aquella muchacha que tanto se le parecía. Releí hasta saberlo de memoria el relato de la reina, en el drama de Shakespeare: «Hay a la orilla del arroyo

»un sauce que refleja en el cristal del agua su pálido »verdor; ella tira de una rama para construir capri- »chosas guirnaldas con anémonas silvestres, marga- »ritas, y esas flores rojas que las muchachas llaman »dedos de muertos. Cuando se inclina para colgar »su guirnalda, se rompe la rama de infortunio en »que se apoya, y Ofelia cae con su cosecha de flores »al triste arroyo; su vestido la sostiene un momento »como un hada sobre las aguas, y ella entona trozos »de canciones, inconsciente del peligro.»

Algunos días después—es posible que hubieran pasado algunas semanas desde el día en que fuí a la casa de la calle de Duphot, donde sentí profun- das emociones—dijeron mis padres entre otras va- rias noticias comentadas de sobremesa, que el se- ñor Marc Ribert se había ido definitivamente de París, porque sus recursos no bastaban para cubrir las necesidades de la vida, y se había retirado a un pueblecito a la orilla del Gironda, en casa de unos parientes vinicultores y acompañado por su hija Berenguera, cuya salud motivaba inquietudes. Esto me entristeció sin sorprenderme. Y esperé acerca de aquel asunto mayores tristezas.

Corrió el tiempo. Insensiblemente, como el cuer- po de la novia de Hamlet se borró de mi memoria el recuerdo de la muchacha que llevaba un brazado de flores, pero de pronto reapareció una mañana de Otoño al oír cantar a mi madre: *¡Adiós mi bello navío!...*

Y pregunté:

—Mamá, ¿qué ha sido del señor Marc Ribert? Hace cinco años que no hablan ustedes de él, ni de su hija.

—El señor Marc Ribert murió, hijo mío. ¿No lo supiste? Su hija se volvió loca, pero su locura es tranquila. Guarda piedrecitas en una caja y cree que son perlas y diamantes; las enseña como preciosidades y las regala a las personas que la visitan. Su locura toma también otras apariencias singulares. Dice que no puede leer, porque en cuanto abre un libro, apenas fija los ojos en sus páginas las letras se levantan como si fuesen moscas, y zumban al revolotear en el aire. Por esta razón sólo quiere leer en los ramos, que descifra perfectamente porque ha estudiado el lenguaje de las flores, y hace algunos días que también las flores huyen y vuelan ante sus ojos como si fuesen mariposas.

—¿Se sabe la causa de su locura?

—Unos amores contrariados. Estaba prometida; y al enterarse de que el señor Marc Ribert había perdido todos sus bienes y hasta el modesto patrimonio de su hija, el novio retiró su palabra.

Yo me indigné.

Mi madre sonrió tristemente.

—Hijo mío, con frecuencia los hombres carecen de valor y de fe.

Esta idea me impresionó.

Sin expresar nada extraño, no respondía al carácter de mi madre, confiado siempre en la bondad humana.

IX

PRESTIGIOS

Poco tiempo después aconteció un suceso que hizo época en mi vida. Asistí a la representación de una obra teatral. Mis padres no solían ir a los espectáculos, y para que me llevasen a uno fué preciso que se reunieran circunstancias extraordinarias. Fué preciso que mi padre salvara con su ciencia y sus atenciones a la señora de un autor dramático, y que poco tiempo después de aquella curación afortunada representasen un drama histórico en el teatro de la Porte-Saint-Martin; fué preciso que, en agradecimiento, el autor enviase un palco a mi padre y que la invitación coincidiese con la única noche de la semana en que me era posible trasnochar, el sábado, precisamente el día en que los directores de teatros conceden menos billetes de favor; fué preciso por último que la obra, por sus condiciones, no ofendiera a los oídos inocentes.

Durante veinticuatro horas viví agitado por el temor y la esperanza, devorado por la fiebre mientras llegaba aquella felicidad inaudita que mil eventualidades podían destruir. Era lógico temer hasta el

último instante un aviso para el doctor que le obligara a visitar de pronto a un enfermo. Aquel día el sol no acababa de ponerse; la comida, de la cual no me fué posible tragar un solo bocado, me pareció interminable, y sentí ansias mortales, temeroso de llegar con retraso. Mi madre no acababa de vestirse; la parecía una desatención perder las primeras escenas, y sin embargo malgastaba un tiempo precioso en ponerse flores en el pecho y en la cabeza. Mi querida mamá estudiaba ante su armario de espejo su vestido de muselina blanco recubierto de una túnica transparente sembrada de lunares verdes, y concedía una importancia que yo conceptué inverosímil o por lo menos frívola, a la línea que dibujaba su pañoleta sobre su corpiño, a los bordados de sus mangas y a otros diversos detalles de su atavío. Luego he reformado mi opinión. El coche que avisó Justina, aguardaba. Mi madre perfumó su pañuelo y salió a la escalera, pero cuando había bajado ya varios escalones advirtió que había dejado olvidado el frasco de sales sobre el tocador y envióme a buscarlo. Por fin llegamos al teatro; nos introdujeron en un palco rojo que se abría sobre una sala anchurosa, donde se confundían los murmullos de las conversaciones y los sonidos inarmónicos de los instrumentos que los músicos afinaban. Me impresionó la solemnidad de los tres golpes sobre el tablado, seguidos de un silencio profundo, y al levantarse la cortina me creí verdaderamente arrebatado de un mundo a otro.

¡A qué fastuoso mundo me asomaba! Habitado por caballeros, pajes, damas y damiselas, me pareció la vida más espléndida y brillante que en el mundo donde mi nacimiento me había colocado; las pasiones eran más terribles y la belleza más bella. En aquellas anchurosas salas góticas, las costumbres, los gestos, las voces, embargaban los sentidos, sorprendían a la imaginación y exaltaban los sentimientos. Para mí ya sólo existía el mundo encantador abierto de pronto a mis curiosidades y a mis amores. Una irresistible ilusión se apoderaba de mí, y cuanto hubiera debido destruirla recordándome que asistía a las ficciones del teatro, el tablado, los frisos, las bambalinas que figuran el cielo, los bastidores que encuadran la escena: me retenía más fuertemente en el círculo mágico. El drama nos trasportó a los últimos años del reino de Carlos VII, y ninguno de los personajes que asomaron a la escena, ni siquiera el sereno y el alguacil, dejó de impresionar mis ojos con una viva imagen; pero al aparecer Margarita de Escocia una turbación extraordinaria se apoderó de mí, sentíme ardoroso y helado y estuve a punto de desmayarme. Comprendí que la amaba. ¡Era tan hermosa! Nunca pude imaginar que existiese una mujer tan hermosa. Se me apareció pálida y melancólica en la noche. La luna, que indudablemente era una luna de la Edad Media por su cortejo de nubes lúgubres y por su gusto en acariciar los campanarios, lanzaba sobre la joven delfina rayos de plata. No se me ocurre qué

orden convendría seguir en este relato a través del tumulto de mis recuerdos. Admiré la blancura de Margarita, y al ver sus ojos cercados de azul supuse que aquello era un signo de aristocracia. Casada con el delfín Luis se había enamorado del arquero Raúl, joven y hermoso, ignorante de quiénes fueron sus padres, lo cual le daba un aspecto de profunda tristeza. No es posible culpar a la delfina por su amor hacia el arquero Raúl cuando se sabe que el arquero es un hijo de Carlos VII. Advertido por los astrólogos de que moriría a manos de ese hijo, lo ocultó desde su nacimiento y lo sustituyó por un niño cualquiera, que fué por esta razón delfín de Francia y marido de Margarita de Escocia; de modo que en realidad era Raúl a quien Margarita estaba destinada. Ella no lo sabe: Raúl lo ignora; pero una fuerza misteriosa los atrae el uno hacia el otro.

Los entreactos que me transportaban de nuevo a la vida cotidiana me parecían de una brutalidad odiosa, y los gritos de los vendedores: «¡Jarabe! ¡Limonada! ¡Cerveza!», aun cuando eran nuevos para mí, y por lo tanto sin vulgaridad, me desconcertaban por su carácter profano.

Vi en el programa que el papel de Margarita de Escocia era interpretado por la señorita Isabel Constant, y este nombre se grabó en mi pecho con dulces ardores. Aún me quedaba comprensión bastante para distinguir entre la figura de la obra y su intérprete; pero atribuí a la señorita Constant el carácter de Margarita de Escocia, tal y como el dramaturgo

lo había presentado: el gusto por las letras, un alma generosa y pura, un corazón noble, una melancolía romántica.

Durante el último entreacto el autor, corpulento, grisáceo y de cutis granoso, entró en el palco y le vi saludar a mi madre con suma cortesía. Fué inútil que posara su mano sobre mi cabeza, como años antes lo hizo la famosa Raquel; fué inútil que me hablase amablemente de mis estudios, me felicitase por mis precoces aficiones y me exhortase a estudiar a fondo el latín, que también él poseía y al cual atribuía la fuerza de su estilo, muy diferente de la de sus camaradas dramáticos que escriben como una mula: yo le contesté apenas y sin mirarle. Si él hubiera conocido la causa de mi indiferencia le agradara, pero probablemente le parecí estúpido, y no atribuyó mi estupidez a la impresión que su obra me producía. Se alzó de nuevo el telón y empecé de nuevo a vivir. Me devolvían a Margarita de Escocia; ¡ay!, pero solamente la encontré para perderla al punto. Murió a manos del delfín Luis en el momento en que el arquero Raúl se arrojaba a sus pies. El arquero Raúl cayó herido por el mismo puñal, y en su agonía supo que Margarita le amaba. ¡Cómo envidié su fortuna!

El lunes, en la clase de la mañana, ¡con qué soberano desdén miré a mi profesor que insistía en la importancia de distinguir perfectamente las tres voces de los verbos griegos, ¡como si hubiera en el mundo algo importante, a no ser la señorita

Isabel Constant, su gloria y su belleza! Mientras contemplaba la imagen adorable impresa en mi corazón, ni siquiera oía las explicaciones del señor Beaussier acerca de la voz media que no responde al verbo puramente reflexivo como se suele suponer. Esta falta de atención incapacitóme para decidir cuando el profesor me preguntó acerca de las dos versiones de una palabra, evidentemente distintas. En vez de responderle al azar, con probabilidades de acierto, ya que solamente debía elegir entre dos cosas, permanecí callado como un estúpido, y me llamaron idiota, injuria que me pareció entonces más cruel, porque el amor infunde orgullo a las almas.

Durante el recreo referí el espectáculo que había decidido mi porvenir a mi amigo Alsine, cuya alma exquisita me pareció adecuada para mis confidencias; pero con sorpresa de mi parte, Alsine, lejos de admirarse y conmoverse, me oía con sonrisita burlona, y cuando le describí la hermosura de Isabel, me respondió con un juego de palabras molesto, propio de su espíritu políglota.

El espíritu de Alsine tenía sus ruindades.

Al salir del colegio con nuestras carteras bajo el brazo, cuando, según costumbre, Fontanet y yo pasábamos por la calle de Cherche Midi y por la calle de Saints-Pères, no pude contenerme y le hablé de lo único interesante para mí, entusiasmado, y temeroso al mismo tiempo de sus burlas. Al contrario de lo que yo temía, me oyó con seriedad y

me alentó con su silencio a vaciar toda mi alma. Satisfecho de hallar cuando menos lo supuse un corazón capaz de comprenderme, describí a mi condiscípulo el estado a que me condujo la aparición de Margarita de Escocia, blanca bajo los rayos de la luna.

Fontanet me contempló seriamente y me dijo:

—Desconfía, Nozière, desconfía. La mujer es pérfida.

Y añadió con una violencia inesperada:

—Cuando amamos a una mujer, cuando hemos pisado con ella el musgo de los bosques, cuando hemos adornado sus cabellos con rosas silvestres, cuando nos hicimos juramentos a la sombra de un tilo: ¡Si esa mujer es infiel, resulta una situación horrible! Ya no quedan motivos para vivir; la existencia es absurda; el hombre se convierte en una sombra o en un cadáver.

Evidentemente aquellas frases no respondieron con exactitud a las mías, pero transpiraban amor; y de este modo Fontanet y yo alternamos nuestros cánticos, lo mismo que los pastores de las églogas. Aquello era para mí un gozo y una sorpresa. Nunca me habló Fontanet, hasta entonces, de la perfidia de las mujeres, y nunca le había oído expresarse con tanta exaltación. Sus habituales conversaciones daban lugar a suponerle más bien aficionado a los negocios, y yo le admiraba sobre todo como hombre de Estado; pero en aquel momento Fontanet no se preocupaba de la vida pública; entregado

por completo al amor fatal, anunciaba resoluciones bárbaras.

—¡Ah!—exclamó—, ¡disfrutar las delicias de la venganza!

—Yo quisiera volver a verla, aunque sólo fuese un momento—dije emocionado—; verla pasar...

Fontanet murmuraba el nombre de Magdalena, como si aquel nombre le produjera magníficas torturas.

—¿Quién es Magdalena?—le pregunté algo confuso—. ¿Dónde la conociste?

Fontanet me respondió con gravedad:

—Magdalena es la heroína de una novela, que es una historia real. La leí el domingo en el jardín del Luxemburgo, sentado en un banco ante la estatua de Velleda. Esa novela se titula *Bajo los tilos;* es necesario leerla para conocer las pasiones. Te la prestaré.

Los días sucedieron a los días sin que yo olvidara a Isabel. Me preguntaba en qué palacio habitaría, por qué deliciosos jardines pasearía; pero no encontré a nadie que pudiera decírmelo. Me faltaban relaciones en el mundo del teatro. Sin referencias exactas, la proporcioné un retiro a mi gusto, un palacio del siglo XV, donde mi imaginación amontonaba todos los esplendores de Oriente. Un jueves encontré en la calle de Tournon a mi vecino el señor Menage, que volvía del Museo del Luxemburgo donde copiaba por necesidad, pues era un

encargo, *El llamamiento de los condenados,* cuadro sentimental. Lamentaba la decadencia de las artes; lanzaba invectivas contra los filisteos, naturales enemigos del genio; maldijo la pintura clorótica de Ary Scheffer, y horrorizado y asqueado por todo lo presente, lanzó anatemas contra la poesía, la novela y el teatro burgués. A fuerza de malicia y de paciencia conseguí que hablásemos de teatros, y le pregunté si conocía a la señorita Isabel Constant.

—¡Ah! — exclamó sonriente —, Isabelita Constant... Es la hija del señor Constant, el peluquero de la calle Vavin. Desde aquí se ve la puerta de su tienda azul, sobre la cual una bola de oro sostiene una cola de caballo. En una jaula puesta en la ventana del entresuelo trinan los canarios de Isabelita, y ella, por su gracia, su viveza y su ingenio, también parece un pajarito encantador... Pero ¡hay que ver a su mamá, con el sombrero orlado de amapolas, sus tirabuzones atados a las orejas con un cordelito rojo, su chal amarillo y su cestita! No deja un momento a Isabel, la acompaña al teatro, le hace sorber huevos crudos para que se le aclare la voz, se instala en el cuarto de la niña, recibe a los críticos y a los pretendientes, detalla a quien la quiere oír todos los encantos de Isabel y las medicinas que le administra, toma con su hija el último «ómnibus»... Si quieres ver a Isabelita Constant, la cosa no es difícil. Todos los lunes, invariablemente, el señor Constant le lava la cabeza con ron-quina, y a eso de las

cuatro, si hace buen tiempo, la lleva al jardín del Luxemburgo, la hace sentar en una silla de tijera, y fuma su pipa sin apartarse, mientras los cabellos de la criatura se secan al sol...

X

AMISTAD VANA

Yo formaba parte, con Alsine y Fontanet, del grupo de los peripatéticos, y durante los recreos paseábamos a lo largo del patio, mientras discurríamos acerca de todo lo conocido y lo incognoscible. No será una sorpresa para los inteligentes enterarse de que los más arduos problemas eran los resueltos por nosotros con mayor sencillez.

Para nosotros apenas hubo dificultades metafísicas, y nunca tropezamos en conceptos relacionados con el tiempo y con el espacio, con el espíritu y con la materia, con lo finito y con lo infinito. Sólo yo me preocupaba algo ante lo arduo de tales asuntos, y sin duda por esto Fontanet desconfiaba de la profundidad de mi criterio.

Muchas veces hablábamos de la elección de carrera, y a medida que avanzaban los estudios esta cuestión se nos ofrecía con más interés. Al sentirse poseído por la misma enfermedad que mató a su padre en plena juventud, Alsine hacía más proyectos que ninguno de nosotros, para engañarse. Sus notables aptitudes lingüísticas le impulsaban

hacia las profesiones estudiosas y sedentarias, como la cátedra; sin embargo, por temor de que su poca salud no le permitiese entregarse a trabajos asiduos, se destinaba a la navegación. También se inclinaba un poco hacia la entomología, y verdaderamente nos entretuvo y sorprendió con su profundo conocimiento de las costumbres de las hormigas.

Fontanet estaba más seguro de su porvenir; se destinaba a la abogacía, con el propósito de formar parte de la Cámara en cuanto tuviese la edad legal. Ansioso de convertirse en un nuevo Berryer, nuestro elocuente camarada buscaba ya una importante causa perdida, para consagrarse a ella. Según él, entre los vencidos luce más la grandeza de un alma.

En cuanto a mí, como no me descubría ninguna vocación me resignaba desde luego a realizar los trabajos más humildes, y para poner a tono mi destino y mi naturaleza sólo aspiraba a la mediocridad; pero esta mediocridad concerniente a las cosas no pudo referirse a las ideas, porque yo aspiré a verlo todo, a saberlo todo, a sentirlo todo, a reformar el mundo entero en mí; ansia que no debía verse nunca satisfecha.

Chazal solía unirse a nosotros. Despreciábamos la falta de elegancia de su ingenio, pero hubimos de reconocer su ruda y sencilla bondad. Sometido a burlas constantes de sus maestros y de sus camaradas, por su manera de hablar, por su ignorancia de las artes y de las letras; atropellado algunas veces a pesar de su fuerza muscular, de la que no

abusó nunca: Chazal conservaba su tranquilidad seguro de sí, con la serena alegría que brota del fondo del alma. Entre todas las cosas, lo que más le gustaba era el campo. Hijo de acaudalados agricultores, se proponía sacar el mayor producto posible a sus fincas. El campo me interesaba sin duda más que a él, pero de muy distinta manera.

Su interés era el de un campesino laborioso y rudo; buscaba en el campo el esfuerzo y la ganancia, mientras yo pedía solamente a la Naturaleza la voluptuosidad, que se confunde en su seno con la muerte; le pedía el goce de su belleza desesperante. ¡Qué poco se varía! Mientras escribo estas líneas me agito con todos los estremecimientos de mi lejana infancia.

Fuí amigo de Alsine; un verdadero amigo. Después de una prolongada indiferencia despreciativa, mi ternura estalló de pronto y el atractivo de Alsine la fortaleció. Me agradaban la exactitud exquisita de su razonamiento y la firmeza de su carácter dulce. El único peligro que amenazaba nuestra perfecta concordia consistía en mi tendencia a la exageración, que ha malogrado muchas veces mis intenciones más plausibles.

Después de ignorar mucho tiempo sus envidiables dotes, admiré a mi amigo con un exceso fatigoso para él y para mí, que no solamente podía ofender su modestia sino también el sentimiento de medida, distintivo principal de su inteligente carácter.

Entonces no me di cuenta de que Chazal me interesaba mucho, y esta ignorancia parecerá incomprensible si digo que solamente ver y oír a Chazal me llenaba de gozo. Comprendía la agreste belleza de su alma y me deleitaba el sabor de su lenguaje rústico; pero, sometido servilmente a la opinión que suponía estúpido a Chazal, fuí bastante necio para suponer que al oír sus patochadas me divertían sólo por la intención que les daba mi agudeza. Debo añadir que Chazal olía mucho a sudor, y fuera preferible que oliese a flores.

En cuanto a Fontanet, como era mi amistad más antigua yo no me preocupaba de analizar sus fundamentos, que me parecieron inquebrantables. Me admiraba su astucia, él se complacía en mi simplicidad confiada, y por este doble motivo de día en día se apretaban los lazos que nos unieron. El perfil de Fontanet era de zorro, y sus costumbres también. Sin su tendencia al engaño y sin su constante prurito de burla, creo que hubiera buscado un amigo menos candoroso que yo.

También formaban parte del grupo de los peripatéticos, Savigny, de menguada estatura, con arrogancias a lo Artaban, que pensaba ser marino y se negaba obstinadamente a estudiar Geografía porque, a su juicio, la aprendería mucho mejor en sus navegaciones, y Máximo Denis, el cual escribía en latín un poema, imitación de Ovidio, acerca de la metamorfosis del señor Mesange en pájaro. Es necesario decir, para que nadie lo ignore, que el se-

ñor Mesange, nuestro profesor de Matemáticas, arrastraba por esta vida transitoria un cuerpo inmenso, informe, portentoso, como una carga inicua bajo cuya pesadumbre sucumbía. Aquella masa confusa destilaba un sudor incesante con exhalaciones de un vaho muy grato a las moscas; y como la Naturaleza puso irreflexivamente unos brazos de niño a su cuerpo de gigante, el señor Mesange manoteaba con dificultad para espantar a los insectos alados que acudían en enjambre en busca de alimento sobre su cráneo pegajoso.

Mientras nos explicaba las propiedades de los números, miraba con envidia a los gorriones ligeros que picoteaban en el patio las miguitas de pan. Por esta razón y con propósito benévolo, cantaba Máximo Denis la metamorfosis del profesor. Sólo conserva mi memoria un verso del poema, cuya elegancia latina puede saborearse:

Versicolorque merops, apibus certissima fessis
pernicies...

De este modo, bajo la mirada recelosa del vigilante Pelisier, cambiábamos nuestras ideas risueñas o graves. De pronto me sentí apartado de aquel grupo escogido por un sentimiento al cual me abandoné con febril ardor. Una circunstancia poco importante lo produjo. Mi padre advirtió casualmente mi dificultad para resolver problemas de Geometría, que sin duda no eran insolubles, y atribuyó esta incapacidad a mi ignorancia de los elementos

de una ciencia en la cual las verdades se deducen unas de otras. Para remediarlo en lo posible, pidió al señor Mesange que me diese un repaso de Geometría; parecióle bien al señor Mesange, y dos veces a la semana me daba lección desde las cuatro y media a las cinco y media con mi camarada Tristán Desrais, a quien yo conocía mucho, porque hacía ya seis meses que asistíamos a la misma clase, pero con el cual me relacionaba lo menos posible hasta entonces, y sólo habíamos cruzado algunas palabras en la clase de dibujo, donde él no hacía otra cosa que holgazanear mientras yo copiaba cuidadosamente la cabeza de Hersilia. Desrais, de mi edad y de mi estatura, parecía sin embargo menor que yo. Nunca me fijé gran cosa en sus facciones; pero recuerdo que sus labios, como si les diese carmín, atraían la mirada. También recuerdo su pelo castaño, rizado, sus largas pestañas, su color cetrino y sus orejas demasiado anchas. Hubiera tenido un aspecto frío y duro sin la sonrisita que habitualmente iluminaba su rostro. Se mordía las uñas hasta hacerse sangre, y esto le afeaba las manos. Su esbeltez y su agilidad no permitían adivinar su recia musculatura. Resplandecía en todos sus movimientos una elegancia que mi conocimiento precoz de la estatuaria antigua me permitió comprender. Era reconocida unánimemente su mucha superioridad en todos los ejercicios corporales, y se destacaba entre nosotros como un estudiante inglés. En aquel tiempo la juventud de nuestras

escuelas no se ejercitaba mucho en los *sports;* se descuidaba la cultura física y apenas acudíamos a la lección de gimnasia que nos daba un cabo de bomberos. Despreciábamos la gimnasia establecida oficialmente; pero ciertos juegos, como la barra y la pelota, daban ocasión a los más fuertes para demostrar su ventaja. Desrais compartía sus triunfos con La Bertheliere. Como yo evitaba esos juegos atléticos, donde no podía brillar por mis condiciones y hacia los cuales no me inclinaba mi gusto, Desrais no me interesó; pero al encontrármelo después en el repaso de Geometría que el señor Mesange nos daba a los dos solos, inclinóme hacia él una amistad repentina.

Aquel repaso de Geometría no me sirvió de nada. El señor Mesange atendía principalmente a Desrais, que preparaba sus exámenes de ingreso en la escuela militar. Retirados en una sala del colegio a la hora de la merienda, nos proponíamos:

Seguir sobre la esfera círculos numerosos
y del frío A + B los senos tenebrosos.

Para la cual trazábamos figuras en la pizarra, mientras comíamos nuestro pan y nuestro chocolate impregnados en polvo de yeso, y en la clase próxima el señor Regnier, premio del Conservatorio, daba a La Bertheliere y a Morlot lección de violín que pudieran confundirse fácilmente con un concierto de gatos, cuyas agudas resonancias sumergían rápidamente al señor Mesange en un sueño

profundo y sonoro. Respetábamos el descanso del maestro, y sin saber por qué me interesaban mucho las conversaciones de mi amigo, que sólo me hablaba de sus corbatas, cuya forma y color describía, de sus progresos en equitación, y de la esperanza en que su madre le regalaría un caballo para las vacaciones. Cuando Desrais imaginaba que la lección había durado bastante, sacudía el paño de borrar sobre la cabeza del maestro, dormido con la boca abierta, que despertaba sobresaltado entre una nube de polvillo de yeso.

Aprendí poca Geometría en aquel repaso, pero disfruté los goces de la amistad. Erame infinitamente agradable ver a Desrais charlar y reír. En adelante buscaba su compañía y tomaba parte en sus juegos. Cuando se pusieron de moda los zancos, Desrais, que seguía siempre la moda, se procuró un par. Le imité y subí en unos zancos tan altos como los suyos, a pesar de mi horrible miedo justificado por mi poca destreza. Desde entonces no falté a una sola partida de barra ni de pelota, a pesar de que nunca me habían atraido semejantes juegos. Sin envanecerme aseguro que siempre fuí generoso y encontré un motivo constante para ejercer mi generosidad. Como a Desrais le agradaban mucho los cuadernos, compré los mejores que había en la tienda de la señora Fuselier para regalárselos; cuadernos con tapas de tela blanca, de chagrín negro, de tafilete con cantos dorados. Le regalé también un portaplumas de puerco espín rematado por una

bolita de plata, y un tintero de bolsillo. Yo me arruinaba con esas compras, y mi madre no comprendía mis constantes peticiones de dinero.

Sin ser muy reflexivo ni muy laborioso, Desrais mostraba una inteligencia fácil. Era sumamente agradable cuando se lo proponía, se deslizaba entre los elegidos, entre los que mi padrino el paleontólogo llamaba los *primates*. Su amistad me indujo a elevarme como él, pero me costaba mucho esfuerzo seguirle porque yo no tenía su graciosa desenvoltura.

Le acompañaba, íbamos juntos muchas veces, más por mi obstinado deseo que por su gusto, después del repaso de Geometría, hasta la calle Saint-Dominique donde habitaba. Aquel no era mi camino. Una tarde, en la encrucijada de la Croix-Rouge, encontramos al cabo de bomberos Duluc, nuestro profesor de gimnasia.

—Vamos a emborracharle—me dijo Desrais al oído.

Acercóse al joven bombero tímido y ruborizado como una señorita, y le condujo a una taberna de la encrucijada donde le ofreció aguardiente y cigarrillos. Desrais no logró emborrachar al profesor de gimnasia, pero el aguardiente me produjo un violento dolor de cabeza. Al otro día me hizo fumar un cigarrito de «maryland» que me revolvió el estómago. De este modo descubría yo con frecuencia nuevas razones para admirar a mi amigo.

Desrais, de una familia de militares, se destinaba al ejército, y esto bastó para que yo me creyese

también inclinado a la milicia, cosa ignorada por mí hasta entonces. Ya me veía teniente, capitán, heroico, melancólico y suave como un oficial de Alfredo de Vigny. Entre tanto procuré inútilmente dar a Desrais pruebas ilustres de mi afecto.

Una vez leí en no sé qué tratado de poesía griega el epigrama funerario de Amyntor, hijo de Filipo, que murió joven en un combate por cubrir a un amigo con su escudo. Aquello me conmovió; me sentí arrebatado y deseoso de morir por Desrais.

Nuestra amistad heroica se quebró en un momento. Un día de otoño, en el recreo de la mañana, Desrais y La Bertheliere, jefes de campo, escogieron sus campeones para una partida de balón. Desrais alegó que yo era muy débil y poco diestro en ese juego, lo cual no dejaba de ser una verdad evidente, y no me quiso en su campo.

Esta fué la causa de que yo renunciase a su amistad, despechado, y seguro de que no la reanudaría nunca.

Desde entonces me fué por completo indiferente aquel amigo por el cual deseaba morir algunas horas antes.

XI

EGLÉ

—Pedrín está desconocido—adujo mi madre—, su carácter es ahora tornadizo y extraño; pasa bruscamente y sin causa de la alegría a la tristeza.

—Necesita respirar aires puros y correr por el campo—dijo mi padre.

A mediados de octubre, y seguros de que una temporadita de campo me sentaría muy bien, mis padres, que no podían abandonar su casa de París, me buscaron alojamiento en la de un sobrino de la señora Laroque, Isidoro Gonse, agricultor en Saint-Pierre, cerca de Granville.

En aquel tiempo la vía férrea llegaba hasta Carentant. Desde ese puertecito, en cuyas calles tortuosas trabajaban apoyadas en los muros las encajeras infatigables, la diligencia me condujo a Granville.

El señor Gonse me esperaba. Después de haberme invitado en una taberna del arrabal a tomar dos vasos de sidra muy espirituosa que me mareó un poco, me condujo en su carrito al pueblo de Saint-Pierre, donde estaba casado y donde poseía

fértiles prados que le daban mucho producto sin ningún esfuerzo.

Rubicundo, de robusto aspecto, codicioso y bebedor, apenas sabía leer pero conocía las leyes mejor que su notario, y a su modo echaba cuentas mejor que Beroald de Verville. Su mujer, aviejada y enflaquecida, de buenos modales, tenía un marcado aspecto monjil, común en aquel tiempo a la mayor parte de las campesinas adineradas. Su hija Matilde rebosaba salud y era fuerte como su padre; sin el arrebatado color de su rostro y su mal perjeño acaso me hubiera parecido hermosa, y desde luego comprendí que no era necia; pero no me preocupé de tratarla. Tímido y huraño, sólo veía a mis huéspedes durante las comidas, que se prolongaban demasiado en obsequio mío. Las lentitudes de la sobremesa con el café y los licores me fueron insoportables; yo deseaba separarme lo antes posible de aquella gente, volver a mi soledad poblada de figuras de ensueño, y correr por el campo. Se extendía el pueblo a lo largo de la carretera por la parte del Mediodía, y por la del Norte hacia una ciénaga sobre la cual revoloteaban las mariposas blancas, y hacia un bosquecillo con restos de árboles centenarios, que fueron mi delicia. A quinientos pasos del bosquecillo se alzaba, rodeado por el foso donde se reunían al anochecer millares de insectos voladores, el castillo de San Pedro, refugio ya de las cornejas. Se habían desplomado sus techumbres, y las anchas chimeneas

que seguían agarradas a los muros señalaban aún la altura de los pisos. Yo iba al castillo con mucha frecuencia para escalar aquellas ruinas donde cantaba el viento.

Me sentía cambiado hasta el punto de no reconocerme apenas. Durante mis andanzas tumultuosas recibí con voluptuosidad arañazos de las zarzas. Hasta entonces mis movimientos eran tardos, pero me acostumbré a subirme a los árboles, y pasaba muchas horas encaramado en una encina, completamente inactivo entre los brazos duros y gloriosos que aquel gigante alzaba al cielo; o me hundía en lo más profundo del bosque donde, tendido sobre el musgo, me arrullaba durante mis ensoñaciones el sonoro murmullo del follaje.

Una mañana fuí a pie hasta Granville, que sólo distaba dos leguas de Saint Pierre. Bajo un cielo brumoso y abigarrado, entristecido por la brisa del mar recorrí aquella tierra donde casi un siglo antes, joven y hermosa, la señora Laroque había florecido como un manzano. Contemplé los viejos muros donde los «chouans» habían clavado sus bayonetas para que les sirvieran de escalones en el asalto de la ciudad. Con los codos apoyados en el parapeto contemplaba las rocas leonadas, la playa arenosa donde las olas depositan algas y despojos entre la espuma que el viento deshace; y aquel horizonte, más lúgubre y desolador que cuanto el viejo Homero nos refiere de la orilla de los Cimeranos.

Entonces mi corazón henchido ya de tristeza y

de inquietud, estalló. Yo gemía y deseaba morir, no por abandono y hastío de mi existencia, sino porque la vida se me revelaba demasiado bella y demasiado acariciadora para no hacerme desear también el goce la muerte, su hermana y su amiga siempre enlazada a ella, y porque yo idolatraba la Naturaleza hasta el punto de querer aniquilarme en su seno. Nunca me había parecido tan admirable. El aire tibio y perfumado entraba en mi pecho; las brisas del atardecer me proporcionaban sensaciones nuevas y estremecimientos desconocidos. El señor Gonse imaginó que me aburría; para divertirme dióme una vieja escopeta y me aconsejó que fuese de caza. Disparé a las cornejas que anidaban entre las piedras del viejo castillo, y maté una. La vi caer con un ala rota; una de sus plumas flotaba en el aire y la seguía en su descenso lentamente; de pronto empezaron a revolotear sobre mi cabeza todas aquellas aves alojadas en las ruinas, y lanzaban gritos agudos que me ensordecían como si quisieran maldecirme. Huí aterrado; mi crimen me horrorizó, y me juré no volver a matar ningún animal del aire ni de los bosques.

Saqué de mi zurrón un Virgilio y lo leí, lo releí, lo canté en mi pensamiento con lágrimas y temblores de admiración. A mis días agitados sucedieron otros días de calma.

Una tarde ardorosa, mientras la somnolencia feliz me invadía, bajo el follaje que el sol taladraba con sus flechas de oro, sentí que una mano se

posaba sobre mi rostro; abrí los ojos y vi a Matilde, la hija de mi huésped, que aplastaba moras sobre mis mejillas y sobre mis sienes, imitadora inconsciente de Eglé, la más hermosa de los náyades, que embadurnaba con ese jugo purpurino el rostro de Sileno. Pero Matilde Gonse, tal vez porque me suponía desprovisto de imaginación, se abstuvo de pedirme, como Eglé al divino Sileno, una de aquellas canciones que seducen a los pastores, a los faunos y a los animales silvestres. Sin esperar a que mi espíritu despertara me lanzó, al huir de pronto, las notas cristalinas de su risa burlona.

XII

BACHILLERATO

En su primera juventud el señor Dubois consagróse a las artes y a las letras. Estudió el griego para leer los poemas de Homero en el original, y tomó lecciones del ilustre Claviers. Cuando le conocí era un fogoso apasionado del arte y de la poesía antiguas, y se propuso que me agradaran. Algunas veces, inclinado sobre un libro que yo hojeaba, dióme interesantes lecciones que no puedo recordar sin que surja en mi memoria el grupo, tantas veces reproducido, del armonioso sátiro que enseña al joven fauno a tocar la siringa.

El señor Dubois, admirador de Winkelman, me prestó las obras de este ilustre anticuario, a disgusto de mi madre, la cual temía, no sin razón, que aquellos gruesos volúmenes sobre los cuales pasaba yo muchas horas embebecido me hicieran desatender mis trabajos escolares.

Efectivamente, los desatendí. Comparaba al señor Dubois, de gustos delicados y puros y de una inteligencia tan comprensiva, con mi profesor, hombre perfectamente honrado y justo, pero desprovisto

del sentimiento que permite comprender la poesía y las artes; y esta comparación me fué perjudicial, porque a consecuencia de ella desatendí las enseñanzas áridas y sin encanto, cuya utilidad entonces desconocía. Por añadidura, en el colegio todo contribuyó a hacerme el estudio odioso y la vida insoportable. Nunca he podido acostumbrarme al sistema embrutecedor de las recompensas y de los castigos, que apoca los caracteres y falsea las opiniones. He creído siempre que alentar la emulación era encender la discordia entre los niños; pero lo que sin duda me desagradaba más en el colegio era la suciedad ignominiosa de las mesas y de las paredes, las horribles mezcolanzas de yeso y de tinta, que a mis ojos convertían las clases en antros de abominación. Y en invierno, cuando la estufa de hierro se enrojecía y extendía su hedor sofocante, protestaban a una todos mis sentidos, y sólo a través de crueles repugnancias entreveía la belleza o la gloria: Casandra con los ojos ardientes clavados en el cielo, o el triunfo de Pablo-Emilio. Por esta razón me vi obligado a rehacer más adelante mis estudios, en lo posible, y a rectificar las enseñanzas recibidas. Debo advertir, como excusa de mis maestros, que yo no estuve nunca bien dotado para recibir la instrucción pública y general. Yo no era menos inteligente que mis condiscípulos; acaso mi inteligencia fué más clara que la de muchos de ellos, pero era distinta. Comprendí algunas cosas con una fuerza y una profundidad extrañas a mis años,

y en cambio otras cosas tenidas por muy fáciles no lograban entrar en mi cerebro. Estas desigualdades no se compensaron. Yo era bondadoso, pero esquivo, y desde la infancia mostré inclinaciones de solitario. La imagen de un camino en un bosque, de un arroyuelo en una pradera, me abrumaron con infinitas ansias de amor y anhelos ardorosos, que llegaban a desesperarme algunas veces.

Es posible que en aquel maldito colegio me hubiese aniquilado la tristeza, si no me reanimase la facilidad que siempre tuve para descubrir la parte cómica de las cosas. Mis profesores Crottu, Brard y Beaussier, con sus ridiculeces y sus vicios, se me ofrecían como un espectáculo. Sin saberlo me procuraron el goce de una comedia, y me libraron del hastío mortal. Se lo agradezco mucho.

El funcionamiento singular de mi memoria me impidió que aprovechara los estudios generales. Al contrario de mis condiscípulos, que aprendían ligeramente la diaria lección y la olvidaban con la misma ligereza, yo nunca estudié lo indispensable para lucirme, y en cambio retuve sin esfuerzo lo que me era grato aprender; por lo cual mis adquisiciones intelectuales nunca fueron oportunas. Pero esta disposición me ha sido muy provechosa, por haberme alejado de los exámenes y los concursos que abruman los cerebros con sus preparaciones complicadas; y acaso le deba también la lozanía de las ideas que disfruto a falta de otras cualidades. Indudablemente no era propicio a una enseñanza en masa que

sólo se dirige a la memoria, a la memoria mecánica y no a la memoria estética, no a la divina Mnemosyna, madre de las Musas. En realidad tampoco sería imposible que me inspirase ahora estas ideas un resto de odio adormecido en el fondo de mi alma contra Fontanet, cuya memoria, rápida como las victorias de César, triunfante, insolente, me produjo a la vez admiración y envidia.

Sufrí á los diez y seis años un endiablado examen que se llama bachillerato, y que parece a propósito para envilecer al mismo tiempo a los aspirantes y a los examinadores. Entonces habia bachillerato en Ciencias y bachillerato en Letras. Yo seguí el segundo, peor que el primero, porque se comprende que se le pida razón a un pobre muchacho de lo que es la máquina neumática y de lo que representa el cuadrado de la hipotenusa, pero interrogar a los estudiantes acerca de sus relaciones con las Musas eliconas, es una odiosa profanación. Necesitábamos dos días para demostrar nuestros conocimientos. El primero hacíamos la prueba escrita, y el segundo la prueba oral.

En la mañana del segundo día, mi querida madre me dió una moneda de cinco francos para que almorzara en la plaza de la Sorbona y suprimir de este modo la eventualidad de un retraso. Como entonces mi espíritu era romántico, me guardé la moneda, me compré un panecillo y me fuí a comerlo en lo más alto de la torre de Nuestra Señora, desde donde mis ojos dominaban todo París. El Sena

corría entre los tejados, las cúpulas y los campanarios, y en la azulosa lejanía se alargaba su corriente como un hilo de plata entre las verdes laderas. Yo tenía bajo mis pies mil quinientos años de glorias, de virtudes, de crímenes y de miserias, amplio asunto de meditación para mi inteligencia inhábil e informe aún. Ignoro lo que me ocurrió; pero cuando llegué a la Sorbona era ya tarde: me había pasado el turno. Nunca se vió nada parecido. Me acusé. No me creyeron. La verdad resultó inverosímil; pero inscribieron mi nombre al final de la lista. Los examinadores ya estaban fatigados, impacientes; me preguntaron que probase la existencia de Dios, y lo hice sin vacilar. Un examinador muy sabio, que se llamaba Hase, fué más ingenioso que sus colegas. Repantigado en su silla, con las piernas cruzadas, mientras acariciaba su tobillo me preguntó si el Ródano desembocaba en el lago Ontario. No me atreví a decirle que no por miedo a cometer una imprudencia, y callé, por lo cual me reprochó mi falta de conocimientos geográficos.

En el quicio de la vieja Sorbona sacudí el polvo de mis zapatos.

XIII

DE QUÉ MODO FUÍ ACADÉMICO

El año escolar llegaba a su fin. Era para nosotros, alumnos de Filosofía, el último año de colegio. La alegría de vernos al fin libres se amenguaba con la idea de renunciar a nuestras costumbres. Máximo Denis, el más afortunado en la construcción de versos latinos, y de carácter afectuoso, nos dijo una mañana bajo las acacias, durante el recreo:

—Pronto, lanzados al ancho mundo, nos dispersaremos para seguir cada cual su carrera. Adquirimos en el colegio amistades, que es necesario defender. Las amistades de la juventud deben durar toda la vida. Dejarlas en la puerta del colegio al abandonarlo para siempre, sería dejar nuestra fortuna más preciosa. No cometeremos esa falta. Inmediatamente vamos a crear un centro donde podamos encontrarnos. ¿Qué clase de centro debe ser? ¿Un Club, un Círculo, una Sociedad, una Academia? Camaradas, vosotros lo decidiréis.

Esta proposicion fué muy bien acogida; la discutimos inmediatamente y no tardamos en advertir que la fundación de una Sociedad, de un Círculo o

de un Club, exigiría fondos considerables, un trabajo de organización enorme y el conocimiento de las formalidades reglamentarias, todo ello fuera del alcance de los retóricos y de los filósofos. Es cierto que Fontanet se comprometió a organizar en tres meses un Círculo de primer orden, pero sus afirmaciones no lograron seducirnos. La mayoría votó por una Academia, sin preocuparse de lo que podría ser, pero el nombre nos halagaba.

Después de una prolongada y confusa discusión, Isambart, alumno de Filosofía, nos invitó a redactar los estatutos. Su advertencia nos pareció muy oportuna, pero nadie asumió aquella tarea tan ingrata; creímos haber hecho bastante al decir que los académicos serían elegidos entre los retóricos y los filósofos, y que las sesiones tendrían lugar con intérvalos irregulares y se consagrarían a lecturas y conferencias gratas, pero serias. Elegimos veinte académicos, y nos reservamos el derecho de aumentar este número si nos parecía conveniente. Ahora me sería difícil recordar aquellos veinte nombres, y no es extraño, porque hay en el mundo una célebre Academia donde nadie podría decir los nombres de sus treinta y nueve compañeros.

Sentimos necesidad de llamar de algún modo a nuestra Academia, y hubo las proposiciones siguientes:

—Academia de los Amigos.

—Academia Moliere. Con representaciones teatrales.

—Academia Fenelon.

—Academia de Retórica y Filosofía.

—Academia Chateaubriand.

Fontanet habló, persuadido de la trascendencia de sus palabras:

—Compañeros: un hombre dotado de genio y de elocuencia consagró su larga vida a defender la causa de los vencidos. Honremos tan noble ejemplo y pongamos nuestra Academia bajo la invocación de Berryer.

Esta opinión fué acogida con burlas y gritos; no porque un famoso abogado nos pareciese indigno de honores, sino porque recordamos que Fontanet, destinado al foro, se prometía jactanciosamente reemplazar, con el tiempo, a Berryer.

Máximo Denis opinó:

—Daremos a nuestra Academia el nombre de Fontanet.

La voz de Laboriette resonó como un pistoletazo para decir:

—Propongo: Academia francesa.

Le respondió una sonora carcajada, y como no pudo comprender el motivo de nuestra risa, y era de carácter violento, se ofendió.

La Bertheliere, que gozaba prestigio entre todos, dijo con voz recia:

—Os aconsejo que nos pongamos bajo la elegida de Blas Pascal.

Esta proposición fué adoptada por unanimidad con entusiasmo.

Nuestra Academia tenía ya nombre, y entonces advertimos que le faltaba domicilio.

El rústico Chazal nos ofreció para las sesiones el desván de un vendedor de forrajes de la calle del Regard.

—Allí estaremos perfectamente—dijo—, pero no será posible encender luces por temor a un incendio.

Ese albergue, más apropiado para ratas que para académicos, desagradó a la mayoría, y entonces Fontanet propuso que nos reuniéramos en mi cuarto, a su juicio bastante capaz, bien aireado, y con vistas al muelle más hermoso de París. Estremecido ante aquel propósito juré que mi cuarto no servía para Academia, porque yo solo apenas podía revolverme en él.

Alsine ofreció un taller de puntillas, Isambart una trastienda de librería, y Savigny la casa de su tío Mauricio; pero ninguno aseguraba que los varios locales ofrecidos estuvieran disponibles. Al día siguiente, la casa del tío Mauricio, la trastienda de librería y el taller de puntillas habían desaparecido por encanto; se habían evaporado, como los palacios de Aladino, al contacto de la varita del malvado encantador. Desesperábamos ya de hallar un refugio, cuando Savigny nos aseguró que Tristán Desrais nos dejaría su cuarto. Tristán Desrais era el camarada a quien profesé durante tres meses una firme amistad, atraído por su elegancia, y a cuyo trato renuncié porque no me admitió en su partido

un día que jugaban al balón. Su cuarto, en el segundo piso de un viejo hotel de la calle de Saint-Dominique, estaba separado de las habitaciones de su familia por un largo pasillo; Savigny, que lo había visto, nos aseguraba que no era posible hallar cosa mejor; pero Desrais, interesado en una partida de barra, mostróse inabordable. La insistencia de Savigny le ablandó, porque si Desrais era ya casi un cadete, Savigny casi formaba parte de la tripulación del *Borda*. No se han conservado las frases cruzadas entre aquellos jóvenes representantes del ejército y de la marina; sólo puedo asegurar que Savigny nos comunicó luego que a Desrais le tenía sin cuidado Blas Pascal, pero que prestaría con gusto su cuarto a los académicos. Oída semejante respuesta, encargóse también Savigny de dar a Desrais las gracias en nombre de la Academia. Yo me abstuve de unir mi voto a los demás; por lo mismo que yo le había querido mucho, no le perdonaba, y tuve el mal gusto de pedir que no se le nombrase académico. Mis compañeros replicaron todos a una que no podíamos cerrar las puertas de nuestra Academia a quien nos recogía en su casa. Entonces profeticé que nuestro alojamiento en la calle Saint-Dominique llevaba consigo la ruina de tan hermosa institución. Esta profecía me la inspiró el conocimiento profundo que adquirí acerca del carácter de mi amigo mientras le traté. Al formalizar la lista de los miembros de la Academia, pusieron en la primera línea el nombre de Tristán Desrais.

Noufflard y Fontanet formaron la comisión engacarda de comprar un busto de Blas Pascal, destinado a presidir nuestras sesiones.

Nombramos presidente a Alsine, y decidieron que yo pronunciara el discurso inaugural. Esta designación acariciaba mi vanidad, y la gloria me hizo entrever delicias que no ha vuelto a ofrecerme desde entonces. Me sentí elevado sobre la tierra, y aquella misma noche comencé a preparar mi discurso, que tendría mucha seriedad sin dejar de ser ameno. Lo maticé con frases afortunadas; día tras día le añadí bellezas y retoques; no dejé de pulirlo y adornarlo con pensamientos felices, hasta el último instante. Nunca se vió una obra literaria más cuidadosamente atendida; no quedó nada en que se reconociese abandono, excesiva facilidad o torpe desenvoltura; todo era natural y sencillo, a la vez que primoroso y ornamentado.

En la fecha señalada nuestros delegados consiguieron encontrar en el taller de un vaciador en yeso, de la calle de Racine un busto de Blas Pascal, de tamaño mayor que el natural, de meditabunda expresión y aspecto lúgubre, y ordenaron que se lo llevaran a Tristán Desrais, calle de Saint Dominique. El carácter de nuestra institución se anunciaba grave, austero y hasta un poco sombrío.

En la tarde fijada para la inauguración llovió a torrentes; los arroyos desbordados invadían las calzadas y las aceras; el agua de las alcantarillas refluía en las calles; los paraguas cedían a la furia del vien-

to. Estaba tan oscuro que era imposible ver dónde se ponía el pie; yo apretaba con ambas manos mi discurso sobre mi pecho para librarlo del diluvio. Por fin llegué a la calle de Saint-Dominique y a la casa de Tristán Desrais. En el segundo piso un viejo criado me abrió la puerta y me condujo silenciosamente, por un largo pasillo sin luz, hasta el refugio de la Academia. Sólo habían llegado tres académicos; pero si acudieran más, ¿dónde se colocarían? En el cuarto sólo había dos sillas y la cama, en la que Savigny y Chazal se habían sentado junto a Desrais. Sobre el armario de espejo asomaba el busto de Pascal, único monumento inteligente de aquella estancia cuyas paredes se cubrían de floretes, de sables y escopetas. Desrais me advirtió en tono desapacible, mientras alzaba la mano para señalar al busto:

—No es muy divertido meterse en la cama bajo la constante amenaza de que se derrumbe sobre mí esa cabezota.

Llegaron juntos dos académicos; luego uno más: Isambart, Denis y Fontanet. Pasaba el tiempo y opinaron que ya no acudiría nadie.

—Falta Alsine, nuestro presidente—exclamé, lastimado por lo reducido de mi auditorio.

—Estás loco—repuso Isambart—. ¿Quieres que permitan salir con esta lluvia, con este viento, a Jacobo Alsine, que es tísico? Sería matarle.

Como no había un presidente que me concediera la palabra, me decidí a tomarla y empecé la lectura

de mi discurso, de cuya importancia y belleza no dudé, sin que tampoco se me ocultara que su tono y sus dimensiones no eran las convenientes en aquellas circunstancias.

Leí:

«Señores académicos y queridos camaradas: Fué para mí honor inmerecido el que me otorgásteis, y me obliga a exponer aquí las intenciones que os guiaron al fundar esta Academia retórica y filosófica, puesta bajo la invocación del inolvidable Pascal, cuya imagen nos contempla sonriente. Dos propósitos que brotan de vuestros corazones y de vuestras inteligencias como dos ríos fecundos...»

Desrais, que había saludado mi discurso con aplausos irónicos, dijo de pronto:

—Oye, Nozière, no pensarás aburrirnos mucho tiempo así...

Se alzaron en mi favor algunas protestas; pero ¡qué débiles me parecieron! Desrais no hizo caso y siguió su apóstrofe:

—Guarda tus papeles y cierra el pico; entre otras cosas, porque ya nos traen el te.

En aquel momento entró una vieja criada con una bandeja. La dejó y se fué. Desrais dijo desdeñosamente:

—Es el te preparado por la familia.

Y añadió, malicioso:

—¡Tengo algo mejor!

Sacó del armario de espejo una botella de ron, dijo que prepararía un ponche y que, por no te-

ner un cacharro más a propósito, lo haría en la jofaina.

Así fué; echó el ron y el azúcar en la jofaina, y después de apagar el quinqué hizo arder el ponche.

Me convencí de que no era posible reanudar la lectura de mi discurso, entre otras cosas porque nadie lo solicitaba, y esto me produjo una mortificación cruel.

En torno del ponche danzaban los académicos cogidos por las manos; Fontanet y Sauvigny, semejantes a dos enanillos diabólicos, hacían contorsiones frenéticas. De pronto una voz exclamó:

—¡El busto! ¡El busto!

Sobre el armario iluminado por las llamas lívidas el busto había tomado un color verde y un aspecto espantoso y terrible. Parecía un muerto al salir de la tumba. Volvieron a encender el quinqué y bebimos el ponche en las tazas.

Desrais, tranquilo y afable, descolgó dos floretes y preguntó si alguno estaba dispuesto a un asalto con él.

—Yo—exclamó Chazal.

Como no había manejado nunca un florete, Chazal atacaba furioso, rugía fieramente y daba rudos botonazos a Desrais, que le llamaba bruto, salvaje y animal feroz; pero aquel muchacho le agradaba. Le desafió a levantar una silla cogida por el último barrote del respaldo con el brazo tendido y a mantenerla horizontalmente durante un minuto. Chazal admitió la apuesta y la ganó. Esto fué un motivo

más de estimación para Desrais. A los dos les era grato lucir su fuerza.

—Luchemos—dijo Desrais.

—Luchemos—respondió Chazal.

Se quedaron desnudos hasta la cintura y ciñó cada uno con sus brazos el cuerpo de su adversario. Chazal, huesudo y moreno, mal conformado, presentaba un contraste absoluto con Desrais, que tenía el cuerpo como un atleta de Myrrhon. Con su inalterable serenidad se mantenía muy correcto, mientras Chazal, que ignoraba las reglas, se exponía sin desconfianza a los ardides de su adversario, y usaba con la mayor inocencia recursos prohibidos.

De este modo cogió a Desrais por la cabeza con las dos manos y le removió como a un muñeco a pesar de sus protestas indignadas.

—Hay que descalificarte—gritó Desrais—; el collar es una felonía.

—No lo dudo—replicó, sonriente, ingenuo, el rústico Chazal—, pero quedas vencido.

Desrais servía el ponche con abundancia. Cogió una baraja y se puso a jugar al ecarté con Sauvigny. Entre tanto, presos de un delirio súbito, los académicos ultrajaban a Pascal después de admitirle por patrono. Fontanet lanzó al busto unas botas que había encontrado en un estante. Desrais, mientras jugaba y perdía, rogó a Fontanet que dejara quieto su calzado, y añadió:

—En cuanto al busto, te agradeceré que me libres de su presencia.

El endiablado Fontanet no se lo hizo repetir; subióse a una silla, estiró lo más posible sus brazos, y con las puntas de los dedos clavados en la base del busto, lo atrajo, y lo dejó caer al suelo donde se hizo añicos. La Academia lanzó estrepitosos hurras en honor del iconoclasta.

El tumulto y el desorden habían llegado al colmo, cuando la criada vieja que llevó el te compareció de nuevo y dijo a Desrais:

—Su papá le recuerda que han dado ya las doce, y que debe despedirse inmediatamente de sus amigos porque vociferan de un modo intolerable.

A pesar de su desenfado habitual Desrais no protestaba contra semejante orden, y su silencio nos turbó. Nos fuimos sin más explicaciones. En la calle nos aguardaban la lluvia y el viento.

La Academia Blas Pascal no volvió a reunirse.

XIV

ÚLTIMO DÍA DE COLEGIO

Mi último día de colegio llegó por fin.

Seguros en que obraban cuerdamente, mis padres no me libraron de la filosofía, que aproveché de un modo muy opuesto a sus intenciones. Sin atribuirme una inteligencia extraordinaria, consideré la filosofía que me enseñaron tan enfadosa, inútil y absurda, que no creí las verdades por ella establecidas, esas verdades que debemos profesar y practicar si aspiramos a que nos consideren hombres honrados y buenos ciudadanos.

Era el último día del año escolar. La mayoría de los alumnos volverían a los dos meses, y algunos, más felices, nos íbamos para siempre. Todos empaquetaban sus libros y se los llevaban; yo abandoné los míos en la sala de estudios.

Nuestro profesor no nos dió clase; nos leyó la distribución de las Águilas en *El Consulado y El Imperio*, de Thiers. De este modo la Universidad, para coronar mis estudios dióme a conocer al peor entre los escritores de lengua francesa.

Me apenaba mucho que ya no podría ver diaria-

mente a mi amigo Alsine, y estreché su ardorosa mano con emoción reprimida, porque a la edad que yo tenía entonces la ternura más honrada nos parece una flaqueza indigna del hombre. Ya no podíamos confiar en las sesiones académicas para reunirnos, y juramos vernos en las casas de nuestros padres.

Como las horas en el colegio me parecían siempre insoportables, creí un goce inmenso poner fin a mi vida de colegial; pero la realidad me descorazonó. Mi gozo no era tan inmenso como imaginé, tal vez a causa de mi carácter débil y tímido y de la odiosa disciplina ejercida sobre todos los pensamientos y todos los movimientos de los colegiales desde la infancia hasta la juventud, que los incapacita para el goce de la libertad y les dificulta las expansiones mundanas. Y si yo era víctima de aquel influjo, a pesar de haberme sustraído todas las tardes a la presión ejercida por los vigilantes, ¿qué les ocurriría a los internos, condenados a perpetua cárcel? La educación en comunidad, como aún se practica, no sólo desatiende la preparación del alumno para la vida en que se desenvolverá después, sino que le hace inepto cuando su carácter es dócil y obediente. La disciplina que se impone a los niños de la escuela resulta penosa y humillante aplicada a los jovenzuelos de diez y siete y diez y ocho años. La uniformidad de los ejercicios les quita importancia; la inteligencia se embrutece; se falsea el carácter con el sistema de castigos y de

recompensas, que no responden a lo que más adelante veremos en el mundo social, donde nuestras acciones determinan por sí las consecuencias buenas o malas. De este modo, al abandonar el colegio carecemos de impulso y nos atemoriza ser libres. Yo lo adiviné confusamente, y sentí el obstáculo que se interponía entre mi ansia de ser feliz y la realización de mi felicidad.

XV

ELECCIÓN DE CARRERA

Era necesario elegir una carrera. Mis padres no eran bastante ricos para mantenerme a su costa mucho tiempo. Las imprescindibles atenciones del porvenir me intranquilizaban y me preocupaban. Pronto comprendí que no encontraría fácilmente sitio en una sociedad donde todo se consigue a codazos; desconocía tales procedimientos.

Advertí que yo era distinto de los demás, pero nunca supe si era mejor o peor, y esto me asustaba. Por último, fué para mí una sorpresa dolorosa ver que mis padres no me aconsejaban ni me dirigían, como si no me reconocieran aptitud alguna. Consulté a Fontanet, que se había matriculado ya en la Facultad de Derecho, y me aconsejó que me dedicase al foro, sin duda porque estaba seguro de ir siempre delante de mí en aquel camino. Y no se equivocaba al suponer que con la trompeta de veinticinco céntimos que tenía por garganta y todas las informaciones periodísticas pegadas en su cerebro, sería un abogado como cualquier otro. De primera

intención el foro no me disgustaba y me complacía la elocuencia. Me dije: «Defenderé con talento a una viuda joven, que se apasionará por mí.» Entonces yo lo refería todo al amor.

Seguro de haber encontrado un terreno propicio fuí con Fontanet a la Facultad de Derecho. Como yo admiraba las antigüedades y las ilustraciones de mi ciudad, respiré con respeto el polvo de la docta montaña.

Cuando llegamos al final de la calle Soufflot, nos vimos en la hermosa plaza donde se yerguen las fachadas robustas de la Alcaldía, de la Escuela de Derecho y del majestuoso Panteón con su arrogante cúpula. A nuestra izquierda la biblioteca de Sainte-Genevieve con sus pesados muros cubiertos de inscripciones, más parecía un inmenso mausoleo imitado de la antigüedad que un edificio consagrado al estudio. En el fondo, la iglesia real de Saint-Etienne-du-Mont lucía pomposamente la riqueza de su fachada, y el claustro de los «genovefains» alzaba sus viejas y deformes gibas. ¡Oh siglos! ¡Oh recuerdos! ¡Oh monumentos augustos de las generaciones!

Pero Fontanet no estaba de humor para embobarse ante las piedras, y me condujo al anchuroso anfiteatro donde el profesor Demangeat explicaba el Derecho romano. Numerosos alumnos le oían en profundo silencio y tomaban sus notas con precipitación, como si recogieran todas las frases.

—El señor Bugnet da tres clases de Derecho ro-

mano, pero tiene pocos alumnos. Es un viejo sórdido, le sale continuamente de la nariz una moquita que recoge en un pañuelo rojo del tamaño de una sábana. A la clase del señor Demangeat acude, como tú ves, la mayoría de los estudiantes.

Aquel señor Demangeat no fué de mi gusto; a mi entender tenía la voz demasiado pastosa y hablaba con monotonía. Esto era indudable, pero un espíritu más agudo que el mío comprendiera que los estudiantes apreciaban sobre todo el orden y la claridad de sus discursos.

Fontanet, que no comprendía el reposo para sí ni para los demás, me transportó silenciosamente desde el anchuroso anfiteatro a la sala donde tenían lugar los exámenes de licenciatura. Los examinadores procedían con cierta solemnidad y con el propósito de impresionar las imaginaciones. Vestían la toga sentados detrás de una mesa cuyo tapete verde caía con amplitud. Eran tres, como los jueces del infierno; desde su tarima dominaban y disminuían al candidato que tenían delante. El presidente del tribunal era voluminoso, altivo y grasiento. Cuando entramos, preguntaba, y al parecer sólo atendía a lucir su importancia y a mostrarse temible, imprimía a sus preguntas una solemnidad imponente y también las oscurecía de una manera insidiosa, a ejemplo de la Esfinge, virgen cruel, y las lanzaba con su vozarrón semejante a un mugido de toro, al cual respondía el candidato con una vocecilla débil y temblorosa. El juez de su

derecha tomó la palabra después. Era bajito, delgado, verde como un loro, y hablaba con voz aguda como si le saliera del cogote. Evidentemente no intervenía en el examen para cerciorarse de los conocimientos del candidato sino para zaherir con sarcásticas insinuaciones a su voluminoso compañero, a quien designaba sin nombrarle y con el cual cruzaba, sonriente, miradas venenosas. Los tres jueces se odiaban entre sí, pero su odio no iba más lejos. Satisfechos de haber tenido al candidato en constante zozobra, le aprobaron; y todo se realizó sin lágrimas ni crujir de los dientes.

Para completar la fiesta fuimos a ver un examen en la Facultad de Medicina. Era muy distinto. El candidato, ya obeso y calvo, no parecía ser muy joven. Pasaba con incertidumbre su escalpelo sobre un cadáver extendido ante él, que parecía sonreírle socarronamente. Era el cadáver de un viejecito. Un profesor con bigotazos de tártaro, arrellanado en el sillón, preguntaba al estudiante:

—Vamos a ver, ¿no aparece esa glándula? ¿Podrá ser hoy o la dejaremos para mañana?

No obtuvo respuesta. Sus dos asesores escribían cartas o corregían pruebas. Uno de ellos llevaba un birrete de forma inusitada y de tamaño inaudito, adornado con piel, más semejante a un morrión de plato que a un birrete. Fontanet me advirtió que era un modelo dibujado en 1792 por Luis David y conservado en una vitrina de la Facultad; pero el que lo usaba se lo había pedido a un bedel en tono

que no admitía réplica. El examinador, con los pies en alto, insistía:

—Pero, ¿y esa glándula?

Por fin obtuvo respuesta.

—Está atrofiada.

A lo cual replicó el examinador que aquello era culpa del cadáver, y por lo tanto le daría mala nota.

Pues bien: a pesar de la frescura y de la desatención de los profesores, aquel examen de Medicina resultaba en el fondo mucho más serio que el examen de Derecho a que habíamos asistido. Como la ciencia es algo serio allí contrastaba más lo cómico.

Al salir de la sala de exámenes me acosaba el deseo de consagrarme a la Medicina. Este deseo no era en verdad bastante poderoso para impulsarme a emprender estudios largos y difíciles, falto de preparación para ellos. Temeroso de parecerme al obeso estudiante que ya en la madurez de su vida no encontraba una glándula en el cuello de un cadáver burlón, renuncié a mi propósito apenas concebido.

Más adelante sentí no haberlo realizado. No conozco nada tan hermoso en el mundo como la vida de Claudio Bernard, y sé de algunos médicos rurales cuya existencia es envidiable por su plenitud y honradez. Mi padre, que ejercía la profesión con celo riguroso, no me deseaba su misma suerte.

Durante la comida decidí estudiar Derecho; pero solo en mi cuarto y en el silencio de la noche, me-

dité que la naturaleza avara me había negado el don precioso de la elocuencia, que nunca supe improvisar cuatro palabras y que no habría para mí cosa tan imposible como pronunciar un informe. Decidido a no ser nunca procurador, juez o notario, reconocí que mis estudios en la Facultad de Derecho exigirían a mis padres sacrificios inútiles, y renuncié a profundizar las Institutas de Justiniano o el Código de Napoleón. Por un momento lamenté no haberme preparado para la escuela militar. Me parecía muy agradable ser oficial, a condición de ser el oficial de Alfredo de Vigny, magnánimo y melancólico. Había leído apasionadamente *Servidumbre y Grandeza militares,* y me imaginaba ya en el patio del cuartel que recorría a paso lento, silencioso, con el corazón rebosante de toda clase de abnegaciones y sacrificios y el cuerpo ceñido por un elegante dolman. En la mesa de oficiales me advirtirían la declaración de guerra. Nos preparábamos todos con la tranquilidad imponente y la firmeza que David supo imprimir a los rasgos de Leónidas y de sus trescientos espartanos. Partiríamos. Yo cabalgaría al frente de mis hombres; a lo largo de los caminos dejaríamos atrás innumerables campos, pueblos, bosques, montañas y ríos. De pronto descubriríamos al enemigo. Yo lucharía sin odio. Haríamos prisioneros. Yo los trataría con humanidad y atendería tanto como a los nuestros a los heridos adversarios. En el segundo encuentro, mucho más terrible, me condecorarían en el campo de ba-

talla. Yo sería un arrogante oficial. Me alojaría con varios camaradas en un castillo rodeado por bosques, donde habitaría sola una condesa de fascinadora hermosura, casada con un general, un hombre altivo y brusco sin amor hacia ella. Nos adoraríamos apasionados y exaltados. Los enemigos huirían vencidos, y desde entonces yo sentiría un afecto leal hacia todos ellos.

Al día siguiente tuve mis dudas acerca de la vida militar que yo imaginaba.

Fontanet fué temprano y me habló con aquel engallamiento de que nunca prescindía. Me dijo que era necesario matricularme lo antes posible, y que me acompañaría inmediatamente a la secretaría de la Facultad donde ya era conocido. Le rogué que no se molestase; le advertí que renunciaba al estudio del Derecho y le dí cuenta de mis razones. Él, obstinado y sin oírme apenas, me aseguró que me bastaría un poco de práctica para pleitear tan bien como cualquiera otro, porque la oratoria forense no exige condiciones excepcionales. Él solía ir a la Audiencia, donde conoció a un abogado víctima de una amnesia casi absoluta, que hablaba perfectamente con el auxilio de notas escritas en un papelito como la palma de la mano. Había oído a otro abogado, tartamudo, el cual además de trabársele constantemente la lengua, de pronto ladraba como un perro, y sin embargo defendía causas difíciles y las ganaba.

—No voy a decirte—añadió Fontanet—que ten-

gas dotes oratorias, pero con un trabajo constante se logran prodigios. *Labor improbus,* como decía Crottu que te reprochaba tu pereza. Todo consiste en practicarlo. Vamos a ver; haz ahora mismo un intento: yo te guiaré, y estoy seguro de que te asombrarán tus adelantos.

Tuve la desgracia de darle a entender, con mi negativa demasiado brusca, lo desagradable que me sería aquella prueba. Él, que ya lo sospechaba, insistió en cerciorarse prácticamente. Dispuso la mesa, las sillas y hasta la cama, en un desorden que debía representar el pretorio; revolvió mis libros y mis papeles, volcó el tintero, vació una botella de agua sobre la alfombra, me colocó violentamente entre la pared y el tocador arrasado, y me gritó con acento imperioso:

—No te muevas. Es el foro. Tú eres el defensor; yo soy el juez. Hablarás cuando yo te conceda la palabra.

Su gesto autoritario se me impuso.

La facilidad con que diariamente descubría yo profesiones convenientes para mí, llegó a maravillarme. De este modo me propuse hacerme ingeniero, porque me parecía encantador realizar, con ayuda de las matemáticas, trabajos de arte como puentes, calzadas, maquinaria, y dar impulso a millares de operarios. Los ingenieros tenían entonces en la sociedad una preponderancia que no han conservado por completo. No abundaban tanto como ahora y ganaban más dinero. En las comedias del

Odeón los autores nos mostraban al ingeniero juvenil y elegante que dirigía los cotillones, trastornaba el corazón de las muchachas y hacía una envidiable boda. ¡Ay!, la bifurcación al decidirme por las letras me cerró las carreras científicas. Adiós calzadas, puentes, minas; adiós envidiable boda.

Era necesario buscar otro camino. La carrera diplomática me hubiese gustado por las consideraciones que la rodean; la esperanza de llegar a embajador y representar a mi país en las cortes extranjeras, me sonreía. Yo acariciaba tan ambiciosa fortuna, pero solamente para reírme de mi pobre yo, y he de advertir que en todas las edades de mi vida fuí muy burlón, pero de nadie me burlé tan cruelmente ni con tanto gusto como de mí. Atenido al precepto que reconoce como buenas las bromas breves, me fijé desde luego en los Consulados, y me decidí por el de Nápoles, donde tomé un hotelito sombreado por una parra a la orilla del mar azul.

Al poco tiempo fuí a ver a Alsine, «Alsine para los pajaritos», que vivía con su madre y sus hermanas en un alegre piso de la calle de Saints-Pères. Allí encontré al rústico Chazal, a quien le habían salido ya unas barbas hirsutas. Estreché con gusto la manita febril de Alsine y la manaza de Chazal. Chazal estaba de paso en París y tenía prisa por volver a Sologne, donde dirigía una explotación agrícola. Confié a mis dos bondadosos camaradas las inquietudes que me producía la rebusca de una posición social.

Alsine me preguntó si se me había ocurrido en-

trar en las oficinas del Estado y particularmente en el Ministerio de Hacienda donde acaso no era difícil con algún talento o algunas recomendaciones obtener una Inspección. Me aconsejó que no dejara de intentarlo, y al prometerle yo que lo haría me dijo que precisamente anunciaban convocatoria. El examen no era muy difícil; su primo había logrado una plaza sin dificultad; sólo exigían un poco de cálculo, gramática y buena letra.

—Te aconsejo—añadió—que te dirijas a un preparador especial llamado Duployer, joven aún, brusco y franco. Todos los que pretenden una plaza en Hacienda acuden a él; vive en la calle de Alger, 7 o 9.

A Chazal no le parecía oportuno encerrarme en un Ministerio.

—¿Qué necesidad tienes—me dijo—de encarcelarte? Haz como yo: cultiva la tierra. Solamente la vida del campo es agradable. Se trabaja mucho, pero se disfruta de buena salud. Yo en tu lugar me dedicaría a la cría de ganados; no hay cosa más interesante. Pero todo es interesante en el campo. Yo me dedico a estudiar las variaciones de las especies vegetales, y no puedes tener una idea de lo que ya he descubierto. He visto producirse de pronto variaciones monstruosas y fijarse de generación en generación. ¿Lo crees posible? He visto a un espino perder sus espinas y centuplicar sus flores, trasplantado a un terreno fecundo. ¿Qué te parece? Pues no lo dudes.

Estaba entusiasmado. Le hallé más agreste y robusto que nunca. Su vigor aumentaba, mientras el de Alsine disminuía considerablemente; pero en esa edad no se temen aún las desgracias posibles.

Al día siguiente fuí al entresuelito de la calle de Alger, donde Duployer daba sus lecciones. Me preguntó quiénes eran mis padres, y en tono a la vez familiar y displicente me advirtió que me prepararía con el hijo de un importante funcionario del Imperio, el joven Favio Falcone, también aspirante a una plaza del Ministerio de Hacienda. La casa de Duployer más parecía un centro de negocios que una Academia preparatoria. Asistí durante quince días, y ni una sola vez me dió el profesor la menor esperanza de éxito, mientras consideraba enteramente segura la plaza para Falcone, quien resolvía los problemas de Aritmética lo mismo que yo, estaba mucho más atrasado en Gramática y tenía una letra ilegible. Después de reflexionarlo comprendí las razones en que Duployer fundaba sus presentimientos y, atento a su franqueza, dejé de asistir a sus lecciones inútiles. Más adelante me cercioré de lo acertado que estuve al no presentarme a un examen que tenía por único objeto eliminar sin compromiso a los candidatos que no llevaban suficiente recomendación.

Como Jerónimo Paturot, yo iba en busca de una posición social. No supe decidirme a seguir los consejos del bondadoso Chazal. Me agradaba el campo; me hacía sentir estremecimientos, langui-

deces y una turbación deliciosa; más adelante debían deslizarse en el campo los años más felices de mi vida; pero ese tiempo no había llegado aún. Entonces me parecía imposible abandonar la ciudad de las artes y de la belleza, donde las piedras cantan; y tuve, por añadidura, un motivo supremo para no consagrarme al cultivo de las tierras... que no poseía. Renuncié por lo tanto al oficio de labrador. Instruído por la experiencia a limitar mis aspiraciones, deseaba ser comerciante. Sentíme inclinado a esto porque en varias novelas inglesas del siglo XVIII había visto algunos comerciantes que no hacían mal papel con su casaca de paño rojo o castaño, con sus almacenes llenos de cajas y de fardos. También había visto en el Teatro Francés y en una obra de Sedaine un comerciante muy digno, que vivía con verdadero lujo y llevaba para casa un elegante batín. Asimismo había encontrado yo en la vida real comerciantes de noble presencia, y en vista de todo ello resolví ser comerciante, o mejor dicho, dependiente, porque ni tenía un comercio a mi disposición ni dinero para comprarlo. Sólo me faltaba saber la clase de comercio a que me dedicaría, y esto era bastante difícil. Entre tantos negocios cuyas ventajas y cuyos inconvenientes desconocía yo en absoluto, ¿cómo escoger?

Con el Anuario a la vista me pregunté si sería arquitecto, armero, joyero, cervecero, carbonero, calderero, yesero, zapatero, marmolista, mecánico, ebanista, óptico, farmacéutico, y no supe qué res-

ponderme; pero debo decir en confianza que todo aquello no me producía mucha inquietud, porque yo estaba seguro de mi absoluta incapacidad para vender armas, joyas o cerveza, lo mismo que para vender carbón, calderas, yeso, zapatos o lentes.

Salí de dudas cuando menos lo esperaba: fué un sábado a las cuatro y veinte minutos. En tal fecha y a tal hora me paseaba por el muelle de la Conferencia, entonces más rústico, solitario y hermoso, y me crucé con el señor Rochaud, que venía de Ternes, donde ocupaba un aposento rebosante de libros y de grabados. El señor Rochaud era una de mis predilecciones; pero yo frecuentaba poco su trato por temor a que no le interesara mi conversación. Es posible que aún vivan algunas personas de las que trataron a ese hombre excelente, y a las que me une sin conocerlas un grato recuerdo. Luis de Rochaud ha dejado poesías que atestiguan la belleza de su alma, y libros de mucho mérito acerca del arte griego, del que fué prudente y entusiasta comentador. Lamartine, amigo suyo, le consagró uno de los cuadernos de su curso familiar de literatura. En aquella época el señor de Rochaud ya no era joven, sin haber llegado aún a viejo. Los que le conocían saben que no fué viejo en toda su prolongada vida, porque nunca dejó de amar. Entre la blancura de su cabellera lucían aún hilillos de oro; la fina piel de su frente aún tenía un tono sonrosado; sus bigotes no eran ya marciales; lucía con elegancia una levita de corte francés, raída y

manchada. Aquel día me habló con ardor de un mosaico romano que acababa de ser descubierto en Lambessa y del cual le habían enviado una copia a la acuarela. Habló del Imperio, cuya caída deseaba y anunciaba; mostró curiosidad por un libro nuevo que tenía bastante resonancia, y cuando ya se había despedido y se alejaba de mí, de pronto volvió sobre sus pasos y me dijo:

—Haga usted el favor de ir a verme; necesito hablarle. Varios amigos publicamos por cuadernos, en casa de un editor importante la vida de los pintores, porque la obra de Carlos Blanc ya es insuficiente. Echamos sobre nuestros hombros una pesada empresa. Usted puede servirnos para reunir elementos, corregir pruebas, colaborar en caso necesario, ser en nuestra empresa lo que en una revista el secretario de Redacción. Será un trabajo difícil, un trabajo constante para usted, pero supongo que ha de hacerlo con gusto. En cuanto a honorarios, corresponde al editor tratarlo con usted. Ha montado en su casa una oficina especial.

A los tres días me hallaba en posesión de un empleo muy grato para mí, poco durable para llenar mi vida entera, pero conveniente, porque me proporcionaría otras ocupaciones conformes a mis gustos. En casa de un importante librero del barrio de Saint-Germain, me dispuse a trabajar rodeado por bellas fotografías de Saskia, de Labinia, y del *Hombre del guante desgarrado.*

XVI

EL SEÑOR INGRES

Las artes me apasionaban. Como para ir al Louvre desde mi casa no tenía más que atravesar el Sena, iba todos los días, y puedo afirmar que mi juventud floreció en un palacio espléndido. Para ser justo con mis profesores debo decir que gracias a ellos pude comprender el genio griego, que ellos no comprendían. Entretuve muchas horas en el Museo Campana que acababa de instalarse, y en las salas de vasos griegos, llamados entonces por muchas personas vasos etruscos. En las pinturas que los decoran aprendí a descifrar las formas bellas, y de este modo logré, sin proponérmelo, comprender el genio de Ingres.

No se debe decir que Ingres nos instruyera en el dibujo antiguo. No lo pretendió. Sus procedimientos son los de su época; pero se advierte en las obras de los griegos un gusto que reaparece sin duda en la obra de Ingres. El entusiasmo es abundante y diverso en un alma de veinte años. Admiré a Delacroix. La capilla de los ángeles de Saint-Sulpice me maravilló, y cuando me decían que la

pintura mural exige menos relieve, más quietud, yo juzgaba un hermoso delirio encerrar en veinte pies cuadrados pórticos magníficos, caballos, ángeles, montañas, árboles frondosos, lejanías luminosas, y el cielo. Agradezco a los dioses que me permitieron conocer a Delacroix; pero Ingres me inspiraba un sentimiento más poderoso: el amor. Yo sabía que su arte, muy elevado, no era fácilmente comprensible, y me gustaba comprenderlo. Sólo el amor realiza tales milagros. Admiré aquel dibujo rayano en la perfecta belleza porque se ciñe al natural, y amé aquella pintura, la más voluptuosa y sensible de todas, con una gravedad magnífica. Ingres vivía a doscientos pasos de mi casa, en el muelle Voltaire. Yo le conocía de verle. No le abrumaba el peso de sus ochenta años, porque la vejez, que para los hombres ordinarios representa decrepitud, para los hombres de genio se convierte en apoteosis. Al encontrarle, yo le imaginaba seguido por el cortejo de sus obras maestras, y esto me conmovió.

Asistí al teatro del Chatelet cuando presentaron por vez primera la *Flauta encantada*, con la Nilson. Yo disponía de una butaca de orquesta. Mucho antes de alzarse el telón la sala estaba rebosante de público. Vi a Ingres avanzar hacia mí. Era él, con su cabeza de toro, sus ojos negros y penetrantes; de poca estatura pero erguido y firme. Todo el mundo conocía su afición a la música, y se hablaba risueñamente de su violín. Comprendí que no encon-

traría un asiento, y me propuse ofrecerle el mío; pero no me dió lugar.

—Jovenzuelo—me dijo—, cédame usted su butaca; soy el señor Ingres.

Me alejé radiante de gozo; el augusto anciano me había hecho el honor de dirigirse a mí. Aquella elección colmaba mi orgullo.

Hay otro pintor de la escuela francesa, que supo revivir algo de la belieza antigua: Poussin. Es clásico por la disposición de una escena, por las actitudes y el estilo de las figuras; pero sólo Ingres nos ofreció en su dibujo el sensualismo pagano. No se aproximó a los antiguos por el estudio incierto de la arqueología, sino por la genial adivinación.

XVII

EL APOSENTO DEL SEÑOR DUBOIS

El señor Dubois era un gramático de fuerza aterradora. Nada igualaba la severidad implacable de su justicia en cuanto se refiere al sentido y relaciones de los vocablos, y en cambio juzgaba la ortografía con tanta indiferencia que nunca le preocupó su exacto uso; no comprendía que se perdiera el tiempo en tales minucias. Llamaba a la gramática de Noel y Chapsal una gramática de cuartel general y la suponía impuesta por la insaciable tiranía de Napoleón que al ejercerse lo mismo sobre las ideas que sobre los actos esclavizaba la inteligencia. Y cuando mi madre se refería ante el señor Dubois a la regla de los participios, su perpetua inquietud, la consternaba la respuesta del anciano, quien acerca de los participios no quería saber más que Pascal y Racine, que no supieron nada.

El gusto literario del señor Dubois me producía un respeto y un asombro indescriptibles.

Era clásico, pero con severidad crítica y filosófica, seguro fundamento de todas sus opiniones. A su juicio Saint-Evremond era más inteligente que

Pascal, y Bossuet expresaba pobres ideas en estilo dificultoso; su *Discurso acerca de la Historia Universal* era tan estúpido como la *Historia* de Pablo Orose, de la cual fué tomado.

—No es posible—decía—que agrade Corneille a un hombre ilustrado, puesto que Napoleón le admiraba.

Efectivamente, su tragedia *Horacio* huele a carnicería. Para el señor Dubois, el *Espíritu de las Leyes* y el *Ensayo acerca de las costumbres* eran los dos monumentos más hermosos de la inteligencia humana. Le complacían las tragedias de Voltaire a pesar de la pobreza de su estilo; en cuanto a los poetas, para él no había ninguno aparte de los griegos y los romanos, que le deleitaban; y como era bibliófilo, solía llevar en el bolsillo un Theocrito o un Cátulo pequeñito y bien impreso.

Sabía de memoria el Virgilio, y recordaba que habiendo recitado una vez con el general Miollis el Libro IV de la *Eneida*, se les cayeron a los dos abundantes lágrimas. La rima de la versificación moderna le crispaba; le parecía un recurso bárbaro para impresionar a los hombres ignorantes y groseros y satisfacer a los oídos incultos con las cadencias acompasadas. Suponía que la repetición periódica de las mismas terminaciones, en su origen fué un recurso mnemotécnico para las personas faltas de retentiva; lo cual no le impedía sentir el goce que le proporcionaban los versos de La Fontaine, de Voltaire y de Parny. Desconocía en su totalidad los

poetas románticos. De la prosa contemporánea solamente leyó libros de política y de historia. *Las Memorias de Ultra Tumba*, produjeron en el público una decepción, y desagradaron sobre todo al señor Dubois, quien reprochó a Chateaubriand excesivo descuido en el lenguaje y vacuidad en el pensamiento.

Un gusto de tanta rigurosidad no podía ser muy comunicativo. Por añadidura, los hombres ordinarios tardan en formar su gusto, y solamente lo consiguen por una experiencia larga y a veces penosa. Como el gusto es el sentido de lo agradable, se afina en el sufrimiento. El noble anciano, que se interesaba por mí desde mi juventud, no me enseñó los secretos del lenguaje, pero me inspiró el sentimiento de las artes imitativas, y un ardiente entusiasmo por la belleza sensible.

El señor Dubois, como todos los arqueólogos de su tiempo, conocía principalmente la escultura griega por obras de la época romana. No le faltaron el concepto de la grandeza y de la sencillez, pero hasta muy tarde no había visto los mármoles del Partenón, y el *Laoconte* aún era para él la más acabada expresión de lo bello; a pesar de lo cual no dejaba de tener un criterio propio.

Como recorrió Italia cuando no eran aún frecuentes los viajes, y trató con alguna intimidad a los artistas de su época: sin derroches pudo formarse un gabinete de curiosidades, del que disfrutaba en silencio. Y como en este mundo no hay

dicha completa, su ama de llaves turbaba la paz de aquel interior tranquilo y deleitoso. Clorinda «bebía» y el señor Dubois, aun cuando aquello era un secreto, había dicho una vez a mi madre que una noche encontró a Clorinda sin sentido, en absoluta embriaguez, sobre el suelo de la cocina incendiada. Me asombró que no la despidiera, pero mi madre no compartía mi asombro.

De cuando en cuando, al enterarse de mis progresos me decía:

—Hijo mío, yo te mostraré mis antigüedades, y también algunos lienzos de los que ahora nadie pinta porque sufrimos una invasión de barbarie. Se olvida el dibujo.

Para él eran bárbaros los Couture, los Cognet, los Deveria, y sobre todo Delacroix, cuyas obras le horrorizaban; no las comprendía; no era comprensivo para todo; pero ¿quién podrá enorgullecerse de comprenderlo todo?

Al pensar en llevarme a su casa, el señor Dubois me hacía objeto de una distinción muy especial. Solo, con su ama de llaves, sin parientes y sin amigos, no recibía jamás a nadie, y esta fué la razón de que circularan tantas versiones incongruentes acerca del aposento donde nadie había entrado. Era un segundo piso interior en un hotel viejo de la calle de Sainte-Anne, donde vivía el señor Dubois desde su infancia.

Nacer, vivir y morir en la misma casa.

El señor Dubois había sentido adoración por su madre, la cual era hermosa, tocaba el arpa como la señora de Genlis y pintaba flores como Van Spandonck. Murió de repente en 1815, y se decía que su hijo dejó intacta la alcoba, con el arpa, una romanza abierta sobre el clavecino, la caja de acuarela y unas flores que había empezado a pintar; el polvo de cuarenta años lo cubría todo como una mortaja. También se afirmaba que había en la sala del señor Dubois el retrato de una señora empolvada, cuya mano derecha desaparecía bajo un ramo de rosas, y no faltaba quien añadiese que aquel retrato era el de una bisabuela del señor Dubois, que desde su lecho de muerte había enviado por escrito a su hijo su maldición; y que al mes y medio de morir apareció una mañana en su retrato la mano derecha escondida bajo un ramo de rosas recién pintadas. Creyóse que desde la tumba dispuso la sustitución para dar a entender que revocaba las frases crueles de su última carta. Habían vivido en aquella casa varias víctimas del Terror, cuyas sombras indignadas recorrían las escaleras y los pasillos.

De cuando en cuando el señor Dubois me anunciaba:

—Hijo mío, quiero que uno de estos días veas mis antigüedades.

Mi padrino, el mejor y el más razonable de los hombres, algunas veces reprochaba al señor Dubois su predilección por lo antiguo. Mi padrino consideraba la antigüedad bella pero fría, falta de co-

razón. Como Gautier, estimaba en mucho los viejos cuadros de la escuela alemana y los primitivos italianos.

Una vez elogiaba la obra de los Cuatrocentistas, y el señor Dubois fué de su opinión.

—En mi concepto—dijo—Mantegna es un admirable maestro. Hace treinta años encontré en Verona un *Cristo yacente* de Mantegna; un cuadro magnífico de dibujo imperioso y firme.

Encaróse conmigo y prosiguió.

—Hijo mío, quiero que lo veas.

La visita quedó al fin convenida; recuerdo que se fijó el jueves después de Pascua. Me vestí con lo mejor que tenía y me puse el sombrero de copa. En aquella época ni los jóvenes como yo podían usar hongo. A la una y media salí de mi casa, muy emocionado.

En el descansillo me pareció que alguien jadeaba, como en otro tiempo jadeaba mi pobre Melania, y vi a la señora Cochelet sentada en un escalón con la cabeza entre las rodillas, verdaderamente repugnante. El lobanillo que tapaba su ojo derecho era ya del tamaño de un puño, y el ojo tapado destilaba, sobre la mejilla manchada de barro, lágrimas viscosas y sucias. Su cofia mugrienta y su ceñidor negro, sacudidos por la tos descubrían un cráneo calvo y mugriento. Los pendientes de oro que lucían en sus orejas acababan de afearla. Al pasar junto a ella aparté la vista y apresuré el paso, pero ella me llamó bruscamente.

Me acerqué a ella, y me dijo, después de clavar en mí sus ojos iracundos:

—Amiguito: ¿no es verdad que al oírme resollar pensó usted, «es una foca»? Porque si hubiese pensado que era una mujer, sin duda se quitara el sombrero.

Volvió a hundir su cabeza entre las rodillas y comenzó de nuevo a jadear.

Avergonzado mascullé algunas excusas, y la ofrecí el brazo para ayudarla a subir la escalera.

Ella rechazó mi obsequio; me alejé triste y confuso.

Pero ya en la calle, un airecillo fresco, sutil, y un cielo riente, me rodearon de alegría y de olvido. Yo amaba mi hermosa ciudad, y me la representaba en miniatura para estrecharla tiernamente dentro de mi corazón: amaba mi río ciudadano, que se adorna con puentes de piedra; amaba los anchos muelles ilustres y familiares, donde tras filas de árboles se yerguen viejos hoteles y palacios. Aquellos muelles se cubrían entonces de calma y de silencio; entonces la vulgaridad de los tranvías no turbaba su majestuoso ambiente. Crucé el Sena por el puente de hierro guardado por cuatro mujeres de piedra que nunca sonríen; atravesé el patio del Louvre donde, arrogante, pregonaba en cada una de sus piedras la historia de Francia el palacio de las Tullerías, cruelmente incendiado diez años después por los vencidos y arrasado más tarde por los burgueses malhechores. Franqueado el postigo de la

ecalera y cruzada la calle de Rívoli, me hundí en el dédalo de callejuelas tortuosas, que perecieron más adelante bajo la piqueta, y llegué a la esquina que forma la calle de Sainte-Anne con la calle de Therese. Allí habitaba el señor Dubois desde su infancia el segundo piso de un hotel del tiempo de Luis XV. Me recibió Clorinda, y en verdad disimulaba cuidadosamente su afición al vino, pues nunca vi una vieja más grave, más tranquila, más blanca ni más silenciosa.

Ya en el recibimiento se advertía que la casa del señor Dubois era la de un devoto del Arte y de la Historia, puesto que allí aparecían ya sarcófagos romanos y fragmentos de estatuas. En el comedor había mármoles, y alguno de esos vasos rojos adornados con figuras negras de bello estilo griego, que aún se llamaban entonces vasos etruscos. El señor Dubois me presentó como el más rico tesoro de su casa un torso en mármol pentélico de joven fauno con una piel sobre el hombro, y me ponderó la gracia, la pureza, la sencillez de aquella escultura.

—La mutilación de una obra semejante—me dijo—es uno de los crímenes de la Humanidad; pero cuando alcanza una obra este grado de perfección su belleza reside por entero en cada una de sus partes, mientras que nuestras obras modernas, si pierden la expresión, es decir, el gesto, lo pierden todo.

Las frases brotaban oportunas en sus labios:

—Nuestra poesía, nuestro arte, nuestra filosofía

debieran acercarse a lo antiguo. ¿Por qué? Porque no se puede hacer nada más bello, nada mejor, nada más equilibrado. Los griegos alcanzaron la perfección en las artes. Fué el privilegio de una raza bien dotada que, en un hermoso clima, bajo un cielo puro, sobre una tierra de superficies armoniosas, a la orilla de un mar azul, disfrutó de la libertad.

»Hijo mío, hay en Herodoto una frase que debemos recordar siempre; el viejo historiador la pone en boca del Espartano Demarato, el cual dice a Gerges: «¡Oh rey!, ten presente que la pobreza es fiel amiga de los griegos, y va siempre acompañada por la virtud, hija de la prudencia y del buen gobierno.» Los griegos, y esta es la característica más afortunada de su genio, tomaron al hombre por medida de todas las cosas, y creyeron en la justicia de los dioses, o por lo menos en su moderación».

Con halagadora solicitud me hizo ver el señor Dubois las pinturas y los dibujos que en otro tiempo trajo de Italia o adquirió en París. Fijaba especialmente mi atención en sus pintores predilectos: el Guido, los Carroche, el Españoleto, Battoni y Rafael Mengs.

Las figuras hirsutas de los evangelistas y de los mártires, sumergidas en una oscuridad profunda, me entristecieron; las academias de David no lograron exaltarme, a pesar del entusiasmo con que me las presentaba el señor Dubois, quien reconocía la bru-

talidad del pintor, pero le admiraba por haber sabido oponerse al mal gusto de Boucher, de Pierre y de Fragonard.

Luego me introdujo en una estancia donde se picoteaban las palomas sobre las molduras de los espejos empañados. Algo de verdad había en los rumores extendidos acerca de aquella estancia misteriosa. Vi, efectivamente, un arpa con todas sus cuerdas, y sobre el clavecino papeles de música; vi en la pared el retrato de una señora empolvada, con una manteleta blanca cruzada sobre el pecho, y cuya mano derecha estaba oculta bajo las rosas que sin duda fueron pintadas posteriormente por un presuroso pincel; pero el señor Dubois se limitó a decirme que aquellos muebles eran de sus padres.

Luego me mostró una cómoda de marquetería, estilo Luis XV, orlada con bronces dorados al fuego; sillones de madera dorada, tapicería con asuntos pastoriles, colgaduras de Beauvais; y murmuraba sonriente:

—Son los muebles de mi bisabuela. En mi juventud me abrumaron. Ya sabes que en la época del Directorio y del Consulado hubo una profunda revolución en lo artístico. El gusto que había empezado a depurarse ya en los últimos años de la Monarquía, resucitó lo griego y lo romano y consideró grotesco el estilo de la vieja Francia. Yo vivía entonces con mis padres; era joven, y lastimaron mi amor propio exaltado aquellas vejeces que amueblaban mi casa y entre las cuales tenía que recibir

a mis amigos, algunos de ellos pintores, discípulos de David y como éste amantes de la antigüedad. Recuerdo que un día fuí presentado a la señora de Noailles, que al volver de la emigración habitaba en la Chaussée d'Antin un hotel decorado por David y amueblado conforme a diseños de Percier y de Fontaine. Cubrían las paredes, pintados, imitación de bronce: haces, corazas, cascos, machetes y frisos heroicos. Veíase a Rómulo y Remo amamantados por la loba, a Bruto condenando a sus hijos, a Virginio inmolando a su hija... ¡Qué sé yo! Nos sentábamos en sillas curules; decoraban el gabinete de confianza figuras copiadas de los frescos de Herculano sobre fondo rojo. Aquel decorado, aquellos muebles, me parecieron admirables. Es posible que la belleza de la señora, cuyos cabellos rubios y cuyos brazos marmóreos eran verdaderamente magníficos, acreciera mi admiración por las paredes en que se posaban sus miradas, por los sillones en que descansaba su cuerpo de diosa. Lo indudable es que salí del hotel de Noailles loco de entusiasmo, y cuando de regreso en mi casa volví a verme entre las cómodas ventrudas, los butacones de patas encorvadas, las tapicerías con pastorcitos y corderos, casi lloré de vergüenza y despecho, y quise demostrar a mi padre que aquellas vejeces eran ridículas, que ni siquiera los Chinos produjeron jamás nada tan absurdo ni tan grotesco. Mi padre estuvo conforme: «Ya sé, me dijo, que ahora se hacen mejores muebles y de mejor

gusto. Si alguien me diese a cambio de estos, antiguos, unos muebles dibujados por los señores Percier y Fontaine, se lo agradecería mucho; pero como no habrá nadie bastante loco para ello, me contentaré con estos muebles que mis padres me legaron, pues no soy bastante joven ni bastante rico para amueblar a la moda mi casa.» Aquellas frases fueron para mí un motivo de amargura, y sin embargo, ya lo ves, amigo mío, sea por respeto filial, sea por negligencia, conservo estos muebles; y ahora me dicen que hice un bonito negocio, porque estos muebles entonces despreciados, adquirieron valor y se pagan a precios muy considerables.

Mientras hablaba tenía fijos los ojos en un cuadrito colgado cerca de su lecho. Yo acababa de ver ancianos de Guido y de los Carroche, mártires de Ribera, un terrible Eliezer entre extraños camellos, de Battoni, un *Cristo yacente* pintado por Mantegna con una perfección implacable. Confieso que aquellas obras eran demasiado crueles para mi edad; pero el cuadrito que vi cerca de la cama ofrecía una encantadora cabeza de óvalo perfecto, con el pelo de un rubio dorado, los ojos de violeta, la mirada dulce y los hombros juveniles y suaves.

—Es muy hermosa—exclamé.

—¿No la conoces? Es un boceto de la *Psiquis* de Gerard. El cuadro figuró en el Salón de 1796, y ahora está en el Museo del Louvre; pero este estudio vale mucho más que la parte correspondiente en el cuadro. ¡Qué diferencia entre esta primera expre-

sión, tan acertada, y la pintura definitiva! Seguramente la cabeza de Psiquis en la obra completa es de perfecto dibujo y de primorosa ejecución, pero algo fría, demasiado trabajada. En cambio este estudio es de una factura más libre, de una manera más amplia, tiene mayor sentimiento, más calor, más lozanía en la carne, una ternura, una sensualidad que no aparece en el cuadro del Louvre. Este fragmento acusa la verdad, la naturaleza sorprendida y fijada; este rostro vive; la modelo ha emocionado al pintor.

—Pero no es posible—aduje—que la modelo fuera tan hermosa como esta figura.

—Sí; era muy hermosa. Gerard fué, sobre todo, un excelente pintor de retratos, y lo que ves, amigo mío, es un retrato, no terminado por fortuna; lo dejó en el momento en que hubiera perdido si trabajara más en él. Puedo asegurarte que este estudio representa fielmente a la modelo, sin lisonjearla... Y has de saber que la lisonja es un ultraje a la belleza. La modelo que sirvió para la Psiquis, fué célebre entre los pintores durante largo tiempo. Se llama Celina... Reconocerás a Celina en muchos cuadros de la época imperial. Fué muy amiga de David, con quien regañó; él era brusco y ella orgullosa y de agrio carácter. Sirvió de modelo a Gerín y a Girodet, al barón Regnault, y más tarde a Hersent. Celina y la Margarita de Prud'on fueron las más hermosas modelos de la época. Margarita exhalaba un sentimiento voluptuoso, pero Celina era más esbelta,

más delicada, más elegante; había más riqueza en sus cabellos y más vida en su tez. En 1815, pasada ya su primera juventud, era tan grande su fama entre los pintores, que el emperador Alejandro de Rusia durante su estancia en París quiso conocerla, y la dió para sus «papillotes» un fajo de billetes de mil rublos. También se dice que la duquesa de Angulema quiso conocer a Celina y le hizo un regalo. Yo la encontré un día en el estudio del señor Forbin cuando aun era hermosa, pero estaba ya gruesa. De esto hace cuarenta años... Todavía vive.

Salí del aposento del señor Dubois con el alma rebosante de visiones en las que se confundían las épocas de un modo extraño, y me obsesionaba la sombra de Celina. Durante algunos días aquella sombra me ocultaba el mundo; la veía en todas partes. Yo estaba loco; más que loco, idiotizado.

XVIII

LAS FLORES SE MARCHITAN

No me fué posible interesar a Fontanet y a Alsine cuando les hablé, en el jardín del Luxemburgo, del señor Dubois, de Gerard, de *Psiquis y el Amor*. Fontanet, que se había matriculado en la Escuela de Derecho, sólo se preocupaba de heredar los triunfos forenses de Berryer, y Alsine no apartaba sus ojos febriles del alfabeto fenicio que acababa de descubrir; por lo cual ensalcé inútilmente la belleza de Celina, ante la estatua de Velleda que se alzaba entonces blanca y pensativa en el laberinto donde las abejas zumbaban en torno de los citisos en flor. En el delicioso jardín se oía el continuado y suave murmullo de los plátanos; el aroma pérfido de los jazmines embalsamaba el aire, y todo nos advertía que las horas son fugaces y que nada es duradero.

Algún tiempo después fuí a ver a Celina en el salón imperial del Museo del Louvre, donde las mujeres con chales rojos, los coraceros heridos, los apestados del hospital y los ejércitos en batalla, los desterrados que vuelven a su hogar destruído, la Justicia Divina que persigue el crimen, Leonidas y

las Savinas, los Héroes y los Dioses, celebran a Napoleón y su siglo. Entre aquella muchedumbre, entre tanta gloria, la encontré muy hermosa todavía, pero sus pupilas habían perdido el misterioso matiz y no eran ya excelsas flores; el óvalo de su cara, más alargado, ya no placía tanto; el cuello, menos flexible, ya no recordaba a la vez el de Venus y el de sus palomas. Y me convencí de que la primera Celina, la verdadera Celina, era más adorable. Después de conocer a esa otra Celina, fuí a la sala rectangular, donde ante cada cuadro famoso había un artista encaramado en su taburete. Abundaban las mujeres; una de ellas tenía tirabuzones rubios, un cutis deslumbrante y una boca horrible, que se cubría con la mano en actitud reflexiva cada vez que alguien se acercaba. Casi oculto por el cuerpo de esta musa, reconocí a mi vecino y amigo el señor Menage, que copiaba por vigésima vez *La Bella Jardinera* de Rafael.

Dudo que, según suponía mi padrino, jamás quemara su ponche en la concavidad de una calavera, pero en sus principios había soñado glorias y fortunas; había creído que su *Edwige de cuello de Cisne* atraería a las muchedumbres entusiasmadas. Entonces era truculento, era romántico, y lo era más por espíritu de imitación, común a la mayoría de los hombres, que por su propio genio, en el fondo muy razonable.

No podía resistir a David y su escuela; el solo nombre de Girodet le indignaba; Rafael e Ingres

eran su pesadilla; aparte de lo cual, su gusto mostróse flexible y su carácter franco.

—No debemos creer—decía—que sólo haya una manera de dibujar y de pintar, porque todas son aceptables cuando producen el efecto deseado.

Decía también:

—Antes de juzgar una pintura debe indagarse lo que el pintor se ha propuesto y tener en cuenta los sacrificios que realiza para darnos a conocer su propósito. Un pintor genial se impone todos los sacrificios necesarios, por muy grandes que sean.

De sus exageraciones conservaba sólo el sombrero a lo Rubens y el pantalón bombacho. En la madurez de su existencia, sin esperanzas y sin recursos, le dolía verse obligado a hacer copias mal pagadas para vivir. Y a pesar de todo, aún ostentaba la risueña satisfacción que la práctica del arte impone hasta a los menos afortunados.

Me dedicó una sonrisita amarga, y me dijo:

—¿Cómo está tu madre, Pedrín? ¿No quiere que yo haga su retrato? Procura convencerla.

Estuvo algunos momentos silencioso mientras pintaba. Luego, con el pincel que tenía en la mano me señaló el cuadro que reproducía, y adujo:

—Ese maldito sapo—se refería a Rafael—sólo se preocupa de ocultar su esfuerzo. No se advierte la pincelada, no se adivina en parte alguna la mano. Esto no es pintura; es laca, esmalte, cualquier cosa menos verdadera pintura. Se puede pintar liso; el Ticiano y el mismo Rubens pintan liso con frecuen-

cia, pero acentúan el color. Aquí nada revela voluntad ni propósito. ¡Chino, más que chino! Ingres también es un chino. ¡Y hay quien admira estas cosas! ¡Ignorantes!

Aproveché la primera oportunidad para decirle al señor Menage, en tono de aficionado experto, que le hizo sonreír, el motivo de mi visita al Louvre. Y añadí con desenvoltura:

—Es una modelo conocida la que sirvió a Gerard para su *Psiquis*.

—No lo dudo—murmuró el señor Menage, indiferente.

—¿Era muy hermosa Celina?

—Eso dicen... yo no la conocí en su juventud.

—La utilizaron para alguna de sus obras Gerín, Girodet, y últimamente Hersent.

—¿Todos esos mixtificadores? ¡Qué desgraciada fué!

—Pero ¿es cierto que vive todavía?

—¡Si tú la conoces! Vive en tu misma casa; en el fondo del pasillo donde yo tengo mi estudio.

—¡Celina!

—Sí, Celina. Celina Cochelet.

—¿Qué me dice? Aquella mujer tan hermosa, con sus cabellos de oro, sus ojos de violeta...

—¡Naturalmente! Las flores... se marchitan.

XIX

LAS PORFÍAS DEL SEÑOR DUBOIS

Al señor Dubois le agradaba mucho asombrar a mi madre. Un día la sorprendió con un libro en la mano; era una obra de Nicole que ella no abandonaba jamás, como si la leyera continuamente, y que nunca leía; pero segura de que era un libro admirable, tal vez se prometía lograr alguna enseñanza a fuerza de tenerlo entre las manos, como los cólicos se curan con la oración de Santa Catalina puesta sobre el vientre. Aquel libro motivó un diálogo acerca de la moral, que el señor Dubois definía: «la ciencia de las leyes naturales o de las cosas que son buenas o malas en la sociedad de los hombres».

—Siempre es lo mismo—añadió—porque la Naturaleza no cambia. Hay una moral para los animales y hasta para los vegetales, puesto que tanto para los unos como para los otros hay una conformidad y una disconformidad con la Naturaleza, y por consiguiente un bien y un mal. La moral del lobo le obliga a devorar corderos, y la moral del cordero a comer yerba.

Mi madre, que solo admitía la moral de los hombres, se indignó.

El señor Dubois la reprochaba su orgullo, que la impedía suponer a los animales y a las plantas capaces, como ella misma, del bien y del mal. Mi madre le aconsejó que compusiera un Tratado de Moral para lobos, y unas Máximas para las ortigas.

Al señor Dubois le agradaba herir el sentimiento religioso de mi madre, y se complacía en recitar el discurso que la tierna Zaira dirige a su confidente Fátima en el serrallo de Jerusalén:

> A la infancia rodean atenciones, que son
> causa de sentimientos usos y religión.
> De falsos dioses fuera, como en París cristiana,
> creyente junto al Ganges, y aquí soy musulmana.

Solamente le parecía vituperable que Zaira considerase falsas las divinidades de la India, precisamente cuando al parecer las creía tan verdaderas como las otras.

Durante una epidemia de cólera que hizo víctimas a varios de nuestros conocidos, una tarde mi madre, mi padre y el señor Danquin hablaron de la muerte. Las afirmaciones de mis padres eran ortodoxas; es cuanto puedo decir; las de mi padrino indicaban la esperanza de encontrar en el otro mundo al Dios de los humildes que le había mostrado Béranger y por el cual sentía una fe amistosa y confiada.

El señor Dubois los oía y callaba, como si aque-

lla conversación no le interesase, pero cuando los tres hubieron acabado sus razones, el señor Dubois se acercó a mi madre y dijo:

—Escuche, acerca del capítulo de la muerte, al más profundo de los poetas latinos. Por desgracia no puedo traducir el tono y la armonía; pero escuche: «Nada nos preocupan ya los disturbios de »Roma en los siglos que precedieron al nuestro, »cuando toda el África se lanzó sobre el Imperio y »resonaba en el aire agitado el estrépito atronador »de la guerra. Pues bien: al dejar de existir disfru»taremos de un olvido semejante.»

El señor Dubois preguntó a mi madre cuál era el día más funesto de la Historia.

Mi madre lo ignoraba.

—Es—adujo el señor Dubois—el día de la batalla de Poitiers, cuando en el año 732, la ciencia, el arte y la civilización árabes retrocedieron ante la barbarie de los francos.

El señor Dubois no era un fanático ni procuraba imponer a nadie sus ideas; hubiera preferido guardarlas para él solo como una distinción honorífica; pero era porfiado, y como estimaba de veras a mi madre porfiaba mucho con ella.

Sólo porfiamos con los que preferimos. Me sorprendió que un hombre de sus años gozara en tales cosas, porque yo ignoraba entonces que la edad no cambia el carácter.

XX

APOLOGÍA DE LA GUERRA

—Mis padres—dijo el señor Danquin—vivían en Lyon, donde yo nací. Era yo muy niño todavía, cuando una mañana bastante cruda mi padre me llevó a un muelle donde afluía muchedumbre de obreros, de burgueses, de mujeres, y me aupó sobre sus hombros para que yo viese al Emperador, que llegaba de Grenoble. Atravesó el puente del Ródano a pie. Le precedía un pelotón de jinetes a más de cien pasos de distancia; su Estado Mayor le seguía de lejos. Vi su cabeza enorme y su rostro pálido; su levita gris cruzada sobre su ancho pecho; sin insignias, sin armas; llevaba en la mano una rama de avellano con sus hojas. A medida que se acercaba, resonaban en los muelles innumerables aclamaciones que se confundían en una sola, inmensa. Aquel espectáculo no se borrará nunca de mis ojos.

El señor Dubois, más viejo que el señor Danquin, también conservaba el recuerdo de Napoleón.

—Yo vi—dijo—a ese hombre extraordinario en el ocaso de su fortuna, en 1812, al día siguiente de

la triste victoria de Moskowa. Acompañado de varios generales visitaba el campo de batalla cubierto de muertos y heridos, y aún parecía poseído por la inacción que le sobrecogió la víspera durante el combate. Herido ligeramente y descaminado, yo buscaba la cantina cuando me sorprendió su presencia. En aquel momento un coronel de la guardia le decía:

«—Señor: detrás de aquel barranco es donde hay más enemigos.

»Al oír aquellas palabras el rostro del Emperador expresó una indignación aterradora; y dijo con voz terrible:

»—¿Qué significa eso? No hay enemigos en un campo de batalla. Sólo hay hombres.

»He reflexionado mucho acerca de aquella frase y del tono en que fué pronunciada. No creo que revele en Napoleón un ansia de humanidad, pero pretendía disciplinar los sentimientos y someterlos al régimen político.»

En 1855 la guerra de Italia puso frente a frente a Francia y Austria. El combate que ensangrentó la Lombardía alarmó a mi madre. Desde la infancia sentía el terror de las guerras que pudieran quitarle a su hijo.

He aquí las palabras que le dirigió un día de aquel año el señor Dubois, y que ahora escribo conforme las retuve:

—En mi juventud un hombre, Napoleón, era el árbitro de la paz y de la guerra. Por desgracia de

Europa prefirió la guerra a la administración, en la cual manifestaba sin embargo notorio talento; pero la guerra le ofrecía glorias. Antes de Napoleón los reyes de todos los tiempos también preferían la guerra. Los hombres de la Revolución la fomentaron furiosamente. Hay motivos para temer que los poderosos financieros y los industriales, que poco a poco se adueñan de toda Europa, se muestren tan belicosos como los reyes y como Napoleón. Les interesa la guerra, tanto por la ganancia que les procuran los abastecimientos como por el relieve que la victoria dará a sus negocios. Siempre creemos que la victoria estará de nuestra parte; el patriotismo nos impide ponerlo en duda. A través de los tiempos decide las guerras un cierto número de hombres, y sorprende la facilidad con que esos hombres arrastran al pueblo. Los recursos que desde una época inmemorial se repiten, nunca fallan. Se exageran los ultrajes inferidos por el extranjero a nuestra nación, y se dice que sólo pueden lavarse con sangre; cuando en buena moral la crueldad y las perfidias inherentes a la guerra, lejos de honrar al pueblo que las comete le cubren de oprobio imperecedero. Se asegura que a la patria le interesa mucho alzarse en armas, y lo cierto es que la patria encuentra siempre su ruina en las guerras, las cuales sólo enriquecen a un reducido número de individuos. Y ni siquiera son indispensables tantos razonamientos; basta el redoble del tambor y una bandera agitada en el aire para que la muchedumbre corra con

entusiasmo hacia la muerte. A decir verdad, en todos los países la muchedumbre goza con la guerra, que la saca del horrible aburrimiento de la vida cotidiana, le asegura el vino y le ofrece aventuras. Cobrar la soldada, ver tierras nuevas, cubrirse de gloria: esto basta para arrostrar todos los peligros. Indudablemente los hombres adoran la guerra. Les procura la mayor satisfacción que pueden sentir en el mundo: la de matar. Es cierto que arriesgan la vida, pero la juventud no se preocupa de la muerte, y la embriaguez de la destrucción disfraza el peligro. Yo he tomado parte en una guerra, y pueden creerme si les aseguro que atacar y abatir al enemigo es para el noventa por ciento de los hombres una voluptuosidad junto a la cual resultan insípidos los más apasionados estremecimientos amorosos. Comparemos la guerra con la paz: los trabajos de la paz son largos, monótonos, con frecuencia difíciles y sin gloria para la mayor parte de los que en ellos se ocupan; las obras de la guerra son rápidas, fáciles y al alcance de las inteligencias más obtusas. Ni siquiera exigen mucho talento en los jefes, y al soldado no se le pide que reflexione. Todo el mundo puede tomar parte en la guerra; es el destino del hombre.

Ni una sola vez logró mi madre ponerse de acuerdo con el señor Dubois; temía, como el más terrible azote, la guerra detestada por las madres. No le agradaba tampoco aquella manera de juzgarla; prefería las excitaciones del señor Danquin, sa-

tisfecho de que los franceses impusieran la libertad en el mundo a bayonetazos, y seguro de que morir por la patria era la mayor y la más envidiable dicha.

Mi madre quedó pensativa un momento; luego recordó la canción que me cantaba en la cuna, y tarareó de un modo imperceptible:

... Ya es general,
corre, vuela y llega a mariscal.
. . . . . .
Esperando tales maravillas
mi general se duerme en mis rodillas.

XXI

REFLEXIONES ACERCA DE LA FELICIDAD

Una mañana Fontanet fué a decirme que una señora rica y aristocrática, en cuyos salones se reunían las más hermosas mujeres de París, le había rogado que llevara bailadores para sus fiestas, y en seguida se acordó de mí. Aduje que yo no bailaba. Era cierto; Fontanet lo sabía, y sólo por el gusto de oírmelo repetir me hizo aquella invitación.

Algunos días después Fontanet me advirtió que aprendía a montar en un picadero, y que no tardaría en dar un paseo a caballo por el Bosque de Bolonia con algunos camaradas. Me invitó a ir con ellos en un caballo de alquiler. Me gustaba mucho montar, pero no tenía dinero para caballos. Me excusé. Fontanet fingió atribuir a otras razones mi excusa, y me dijo:

—Haces mal en no atreverte, porque te hubieran dado en el picadero un caballo muy tranquilo y lo hubieras podido montar sin temor.

Por entonces vi en el comercio del célebre Verdier, del boulevard de los Capuchinos, un junco rematado por una bola de lapis-lázuli; aquel bastón

me atrajo con un sentimiento casi amoroso por su dulzura y su violencia. Era un bonito bastón, pero yo sólo podía verlo a través del cristal del escaparate. El boulevard de los Capuchinos era en aquel tiempo de lo más elegante, y la riqueza del comercio de Verdier me aconsejaba que me abstuviera de entrar allí.

Distaba yo bastante de ser un buen mozo, y por añadidura carecía de audacia. Mi timidez con las mujeres era excesiva. Me agradaban locamente las hermosas, quiero decir las que tenían aspecto y perfume de mujer; pero la emoción trastornaba en su presencia todas mis facultades; por lo cual sólo podía comunicarme con las que no tenían encantos y me infundían horror; porque a mi juicio, el pecado más terrible de una mujer consiste en no ser bella. Advertí que en sociedad otros jóvenes de peor aspecto y menos inteligencia que yo hacían mejor papel. Me disgustaba mucho que así sucediese; pero fuí bastante razonable para que mi desventura no me sorprendiera.

En tales circunstancias, me cercioré de que no me habían favorecido la naturaleza y la fortuna, y mi primer movimiento fué de protesta. Siempre creí que lo único razonable era procurarnos placeres, y ciertamente, a juzgar por los indicios, yo estaba mal dotado para conseguirlo; tenía, como la caña de La Fontaine, sobradas razones para dolerme de la Naturaleza. Pero pronto hice un descubrimiento de mucha importancia. No es difícil ob-

servar si un hombre es dichoso o desdichado. La alegría y el dolor se ocultan pocas veces, sobre todo en la juventud; y después de una observación superficial comprendí que mis camaradas, más arrogantes y más provistos de dinero que yo, no eran más felices. Cuando ahondé algo más, averigüé que la existencia me procuraba satisfacciones que ellos no tenían. Sus conversaciones insubstanciales y aburridas, su aspecto intranquilo y receloso lo declaraban. Yo vivía satisfecho, ellos no; mis ideas revoloteaban libres y ligeras, mientras las suyas caían pesadamente. Deduje, por lo tanto, que si bien mis desgracias eran reales, en el fondo de mi naturaleza o de mi condición había un bien que me compensaba del mal. Observé la diferencia de los caracteres y advertí que las pasiones de mis camaradas eran violentas cuando las mías eran suaves; las suyas les ocasionaban sufrimientos y las mías eran motivo de goce. Los veía celosos, envidiosos, ambiciosos; yo, inteligente y tranquilo, nunca sentí ambición. Sin embargo, nadie crea que me supongo mejor que los demás; hay pasiones violentas que glorifican y engrandecen a los hombres; pero ahora no se trata de esto; me limito a decir cómo llegué a conocer mis pasiones, distintas de las que impulsan a la mayoría de los hombres, y que me procuraron la paz del alma y una especie de felicidad. Tardé más tiempo en descubrir que mi condición, cuyos inconvenientes eran palpables, ofrecía ventajas que compensaban aquellos inconvenien-

tes. Me refiero a la medianía de mi condición, muy distante de la absoluta carencia de medios que inutiliza a los más valerosos. La falta de dinero me privaba de una porción de cosas agradables, que no siempre aprecian los que pueden procurárselas y que exaltaban mi sensualidad. En seguida comprendí que los deseos con frecuencia son importunos y algunas veces crueles, pero tardé mucho más en comprender que los deseos embellecen las cosas hacia las cuales nos inclinan, y que su realización, engañosa con frecuencia, destruye la ilusión, el mayor encanto del hombre, y mata el deseo que le hace apetecible la vida. Todos mis deseos me impulsaban hacia la belleza, y reconozco en este amor a la belleza—desconocido por la mayoría de los hombres—un manantial inagotable de placer y de alegría. Estas observaciones, que hice sucesivamente, me fueron muy gratas y me persuadieron de que mi condición y mi naturaleza no me impedían aspirar a ser dichoso.

Pero los pocos años, mi poca experiencia y la vida familiar no me habían permitido sentir los caprichos de la fortuna, que triunfa de los caracteres más firmes y cambia en un instante la condición de los hombres.

¡Tébanos!, hasta el punto final de la existencia,
envidiar a ninguno su fortuna, es demencia.
¿Pudo alguien predecir los giros de la suerte?
No proclaméis dichoso a un hombre hasta la muerte.

El primer ejemplo que se me presentó de las vicisitudes de la fortuna no fué de los más trágicos; pero lo recuerdo ahora porque me produjo una impresión muy violenta.

Un día en un café de la calle Soufflot, mientras aguardaba a Fontanet, reconocí en una mesa cercana a la mía a José Vernier, el joven aeronauta que seis años antes dió una conferencia en Grenelle y fué aplaudido por un público numeroso. Dos académicos de ciencias habían acompañado entonces al conferenciante, y una señora con vestido verde le ofreció un ramo de flores. Él estaba pálido como Napoleón I, y yo envidié generosamente su gloria y su fortuna.

Al verle de nuevo en un café, José Vernier escribía una carta y mascaba un cigarro de cinco céntimos. Llevaba la camisa sucia, una chaqueta deslucida, el pantalón rozado, los borceguíes rotos y sin correillas. Su rostro estaba enrojecido, su mano febril. De este modo se me presentó el joven héroe a quien seis años antes envidié y me propuse imitar. ¡Ay! ¿Dónde quedaban los dos académicos, la señora del vestido verde, la muchedumbre entusiasta, las flores, los aplausos? Cuando llegó Fontanet le dije en voz baja quién era aquel señor y le di cuenta de las ascensiones con que se había distinguido.

—José Vernier. Le conozco—respondió Fontanet inmediatamente.

Yo estaba seguro de que no le conocía, ni siquiera de nombre, y de que le veía por primera vez.

Sin embargo, cuando José Vernier dejó de escribir Fontanet se inclinó hacia él, le saludó y le preguntó cuándo haría una ascensión nueva.

—Ya no manejo globos—respondió el aeronauta con voz fatigada—. No encuentro los recursos necesarios para construir uno; nadie comprende la inmensa ventaja que presenta la forma de mi globo; me hacen objeciones relativas a mi hélice, que juzgan de poca resistencia. Ya nadie me atiende, ahora sólo interesan Tissandier y Nadar. Acabo de escribir una carta al ministro, pero sin duda quedará sin respuesta.

Hizo un gesto como si quisiera alejar de sí las pesadumbres que le abrumaban, bajó la cabeza y calló.

Incapaz de discernir si José Vernier tenía el talento y el carácter indispensables para triunfar, yo sólo veía en él a un infeliz traicionado por la fortuna; y aquel espectáculo, para mí nuevo, me llenaba de pesadumbre y de turbación.

XXII

MI PADRINO

Los Danquin habitaban un viejo aposento de la calle Saint-André-des-Arts, donde vivió Pedro de la Estoile en tiempo de la Liga. Disfrutaban de una posición desahogada y no tenían hijos. Guiados por su carácter bondadoso, en 1858 recogieron al hijo y a la hija de un hermano de la señora Danquin, los jóvenes Bondois, Marta y Claudio, nacidos y educados en Lyon, menudos, agradables y siempre aturdidos. La señora Danquin, profundamente maternal, no amara más a los jóvenes Bondois si fueran fruto de sus entrañas, y sin embargo, Marta y Claudio se compadecían mutuamente y se aislaban recelosos en su condición de huérfanos y desterrados. Obesa y achacosa, de genio alegre, la señora Danquin limitaba a las atenciones domésticas su inagotable actividad. Para animar la casa se complacía en atraer a la juventud. Como ahijado del señor Danquin, me invitaban con frecuencia a comer y a pasar allí la velada. El señor Danquin consagraba a la comodidad de su interior todas las horas que le dejaba libres el estudio de la Paleon-

tología. Tenía en la memoria un mapa gastronómico de Francia, donde no faltaban los pasteles de Chartres, de Amiens y Pithiviers, ni el «foies-grás» de Strasburgo, ni los embutidos de Troyes, ni los capones de Mans, ni las salchichas de Tours, ni los corderitos de Cotentin.

Como todos los burgueses de París en aquel tiempo, tenía una buena bodega y cuidaba sus vinos con prudente vigilancia. Aquel hombre honrado no consideraba impropio de su posición escoger él mismo los melones, y suponía a las mujeres incapaces de conocer cuándo el melón ha llegado al momento fugitivo de su madurez sabrosa, y distinguirlo de otro aún verde o ya pasado. De este modo las comidas de casa de mi padrino eran excelentes. Mi padre y mi madre comían allí con frecuencia, y también las señoras Giray y Derlache con sus hijas, muy hermosas las dos; así como la señorita Guerrier, alumna del Conservatorio; el doctor Renaudin, a la vez alegre y siniestro; la señora Gobelin, vieja miniaturista de suma distinción, discípula de la señora de Mirvel, y su hija Felipa, flacucha, desmadejada, con el cabello lacio, los ojos pequeños, la nariz larga, ensanchada en el extremo en forma ovoide, la boca grande y bondadosa; descolorida, con pecho de tabla y las rodillas salientes; sus brazos no eran bonitos, pero en cambio eran desmesuradamente largos, y los llevaba desmesuradamente desnudos, no se sabe por qué; desde luego no era por vanidad de lucirlos, puesto

que ella misma decía que la Naturaleza, distraída o equivocada en aquel momento, le hizo el antebrazo más delgado que la muñeca. De carácter dulce, risueña, melancólica y amable, era ingenua y animada hasta el punto de constituir por sí sola una múltiple variedad de señoritas larguiruchas, algunas muy feas, otras casi bonitas, todas agradables y atrayentes en lo posible. La señorita Gobelin, para vivir y ayudar a su madre pintaba retratos de niños, y sufría con resignación que la mano sucia del fotógrafo alojado sobre la bohardilla de su casa en un jaulón de cristal le quitase toda su clientela. Laboriosa hasta un punto apenas imaginable hablaba cuatro o cinco idiomas, había leído infinidad de libros y conocía los secretos de la música.

Mi padrino trinchaba primorosamente las aves y servía a los invitados, vieja costumbre seguida en otro tiempo en las casas más nobles. El príncipe Talleyrand (considerado como el más cortés de los anfitriones), hacía lo mismo: trinchaba las viandas y las distribuía entre sus invitados, atento a la condición de cada uno. Amadeo Pichot, fundador de la *Revue Britanique*, ha referido la manera usada por el archicanciller para servir un asado. Al enviar su parte a los príncipes y a los duques, manifestaba que le honraban mucho si era de su agrado; a los personajes de alguna distinción les rogaba que lo aceptasen; y por último, a los invitados de menor cuantía les interrogaba secamente: ¿«quiere»?, a la vez que daba un golpe en la mesa con el mango

del cuchillo. El señor Danquin, hijo de la Revolución, no advertía que al trinchar y al servir adoptaba la costumbre de los antiguos aristócratas.

En sus distribuciones tenía menos en cuenta el rango que el apetito; ponía doble ración a los de buen diente, y una cucharada de jugo a los desganados y a los que no disfrutaban de buena salud. Magnífico y liberal para todos, dedicaba lo más escogido a la señorita Elisa Guerrier, por la cual mostró siempre una preferencia imperceptible y decidida; y al escoger para ella en un lomo de buey la parte del riñón, o en un asado de cerdo el trozo más tostado, sonreían sus ojos detrás de las gafas de oro.

Para que se comprenda más la nobleza e ilustración de las maneras de mi padrino con la señorita Elisa Guerrier, alumna premiada en el Conservatorio, transcribiré lo que el señor de Courtin escribió en París a principios del siglo XVIII en su *Nuevo tratado de la cortesía que se usa en Francia entre las honradas gentes:*

«Como la parte estrecha del lomo de vaca es siempre más sabrosa, también es más apetecida. La riñonada de vaca se corta ordinariamente por el centro, en el sitio más carnoso, y el riñón se ofrece como un obsequio.»

El señor de Courtin añade que «de un gorrinillo, lo que apetecen más los golosos es la piel y las orejas».

Insisto en los presentes culinarios con que mi pa-

drino se complacía en favorecer a la señorita Elisa Guerrier sin resquemor alguno; en ese caso mi envidia fuera incongruente y delatora de malos sentimientos, porque mi padrino, seguro de que me gustaban a rabiar los dulces, me servía trozos enormes de tarta o de flan.

Si recuerdo, con motivo de las comidas gratas de mi infancia, los magníficos banquetes de un Cambaceres o de un Talleyrand, y la mesa del duque de Chevreuse, donde el señor Courtin adquirió sus más preciosos conocimientos, lo hago por amor al pasado y por el deseo de advertir continuidad en la sucesión rápida de las generaciones. Por otra parte, la mesa del señor Danquin era de lo más modesto y atestiguaba la prudente medianía de las costumbres burguesas en los últimos años de la realeza constitucional y en los primeros del Segundo Imperio. La bondadosa señora Danquin sostenía su casa en un pie modesto. Una sola criada la servía para todo; comíamos bien, y estábamos mucho tiempo en la mesa (1).

---

(1) Actualmente las clases acaudaladas de la Europa democrática preparan sus banquetes con más ceremonia y menos delicadeza de las que usaban los aristócratas del antiguo régimen. Mi padrino, burgués demasiado modesto para permitirse imitar las épocas procedentes de la Revolución y del Imperio, nos trataba en las comidas con una distinción que sin duda tiene muchos puntos de contacto con las costumbres de otros tiempos. Léase la siguiente página escrita, después de la emigración, por una mujer que

El tío de mi padrino, con sus ochenta y nueve años, aún asistía algunas veces a tales comilonas. A los postres le rogaban que cantase. Se ponía en pie y susurraba imperceptiblemente alguna canción báquica de Desauguiers:

Dadme vino...

Terminada la comida pasábamos al salón, espacioso, rodeado de armarios llenos de fósiles, de osamentas de reptiles, de peces, caparazones de crustáceos, plantas disecadas, insectos, mandíbulas de reptiles enormes, colmillos de mammouths. Mi padrino se dedicó a la paleontología con un frenesí que nadie sospechara en aquel hombrecillo abotagado y jovial, que lucía tan hermosos chalecos y

---

frecuentaba mucho el palacio real, la señora de Genlis, y se verá que la antigua nobleza era en cierto modo menos engallada que nuestra burguesía.

Genlis, V, 101: «Cuando llegaba el momento de pasar al comedor, el dueño de la casa no se precipitaba hacia la persona más *considerable* para pasearla en triunfo entre todas las otras y sentarla pomposamente a su lado en la mesa. Tampoco los demás hombres se precipitaban a dar el brazo a las señoras... Esta costumbre sólo se practicaba en provincias. Primero salían del salón todas las mujeres; iban delante las que estaban más cerca de la puerta; se hacían entre sí algunos cumplidos, pero muy breves, que de ningún modo producían retraso...; los hombres iban detrás. Cuando estaban todos en el comedor se colocaba cada uno a su gusto.»

sacudía tan alegremente sobre su abdomen los dijes de su leontina.

Una tarde, mientras los jóvenes se concertaban para el baile, nos presentó con orgullo a la señorita Govelin y a mí, que éramos los más inteligentes de aquella sociedad, la reproducción de una mandíbula humana que su amigo Boucher de Perthes acababa de enviarle desde Abbeville. Mientras contemplaba aquel monumento de un pasado lejano chisporroteaban sus ojos bajo sus gafas de oro, y aquel hombre tranquilo estalló de pronto:

—Dicen que «el hombre fósil» no existe. Se les muestran las puntas de flecha que había tallado en sílice, los trozos de marfil y de pizarra sobre los que trazó figuras de animales; y sin querer oír ni ver, aseguran que «el hombre fósil» no existe. Sí, señores, ¡existe! ¡Ahí está!

Tales reproches se dirigían a los discípulos de Cuvier, que dominaban en la Academia. Mi pobre padrino había sido maltratado por los sabios oficiales y esto le hacía sufrir, sin reflexionar que un hombre sólo alcanza la gloria sobre un pedestal de injurias, y que todo el que piensa y actúa es vilipendiado, insultado y amenazado. No se había detenido a observar que, en todos los tiempos, los que honraron a su país por su genio o por sus virtudes sufrieron persecuciones, cautiverio, destierro, y alguna vez hasta la muerte...

Estas reflexiones no eran propias de su carácter.

—El hombre fósil existe. ¡Ahí está!

Y alzaba en triunfante actitud la mandíbula encontrada por Boucher de Perthes en el molino Quignon, seguro de que le bastaría mostrarla para confundir a sus enemigos; porque su alma era sencilla y creía en el poder de la verdad, cuando sólo es fuerte la mentira, que se impone a la inteligencia de los hombres por sus encantos, su diversidad y su arte para distraer, halagar y consolar. El señor Danquin examinaba, palpaba la mandíbula.

—Tiene todos los caracteres de una bestialidad absoluta—dijo—, pero ¡es una mandíbula de hombre!

—¿Cuándo vivió ese hombre, padrino?

—¿Quién puede asegurarlo? Vivió... hace doscientos, trescientos mil años; acaso más. Y la Tierra ya era vieja entonces.

El señor Danquin recorrió con la mirada sus armarios, y con los brazos extendidos, como si quisiera abrazar todo lo que en ellos se contenía, prosiguió:

—La Tierra... cuando vivía este hombre, había producido ya innumerables generaciones de plantas y de animales. Razas de madréporas, de moluscos, de peces, de reptiles, de anfibios, de pájaros, de marsupiales, de mamíferos, se habían extinguido ya en su seno. Sí; entonces ya era vieja. La época de los enormes saurios se perdía en la noche de los tiempos. El mastodonte, del cual tengo yo aquí algunos restos, había desaparecido ya.

Felipa Gobelin cogió la punta petrificada de un

enorme colmillo, y recitó en tono solemne los versos del *Caín* de lord Byron, que evocan aquellos antiguos reinos hundidos en los abismos de la muerte antes de que naciera el Hombre.

> ... And those enormous creatures...
> And tusks projecting like the trees stripp'd of
> Their bark and branches.

«Y esas criaturas enormes, esos fantasmas... Se parecen a los habitantes salvajes de esta tierra, a los más gigantescos de entre ellos, que mugen durante la noche en las profundidades de la selva; pero son diez veces mayores y más terribles... Sus colmillos se alargan como árboles despojados de su corteza... Los restos de tales monstruos yacen por miriadas en lo más profundo de la tierra, sobre cuya superficie ya no vive ninguno.»

Al oír estos versos de un poeta olvidado al presente, pero cuya voz no había perdido entonces su vibración sentimental, me invadió un delicioso desaliento y pensé en esos abismos de la muerte que después de haber devorado generaciones innumerables de monstruos, tantas floras y tantas faunas, se hallaban dispuestos a cerrarse sobre nuestras flores y sobre nosotros. Y pensé que la brevedad de la vida humana, que inutiliza el deseo, la esperanza y el esfuerzo, nos libra de todo temor y de todo mal.

La señora Danquin me llamaba.

—Anda, Pedro, vete a bailar con Marta.

El doctor Renaudin invitó a la señorita Gobelin, la cual, después de haber dejado el colmillo fósil en la vitrina, se puso rápidamente los guantes, y dijo:

—Vamos a desplegar nuestras gracias.

XXIII

DIVAGACIONES

Una tarde leía yo Virgilio en mi cuarto. Ya en el colegio me había sido grata su lectura. Desde que los profesores no me lo explicaban lo comprendía mejor, y ningún obstáculo se opuso entre mis ojos y sus bellezas. Leía la *Egloga* 6.° con verdadero deleite. Mi cuarto, pequeño y humilde, se convirtió en gruta, donde Sileno adormecido dejaba caer su corona junto al joven Chromis, el joven Mnasyle y Eglé, la más hermosa de las náyades. Oíamos al viejo embadurnado con sangre de moras, cuyos cantos hacían triscar acompasadamente a los faunos y a los animales montaraces y enseñaban a las encinas a balancear sus copas altaneras. Decía de qué modo, en el inmenso vacío, se reunieron las semillas de la tierra, del aire y del mar; de qué modo el globo líquido del mundo empezó a endurecerse, a encerrar a Nerea en el océano y a tomar poco a poco las formas de las cosas. Relataba la sorpresa de la Tierra al ver brillar el sol nuevo, y de qué modo caían las lluvias desde las nubes más distantes. Entonces, por primera vez se produjo el crecimiento

de los bosques, y extraños animales aparecieron en las montañas desconocidas. Habló también de las piedras arrojadas por Pyrrha; del reino de Saturno, de las aves del Cáucaso y del hurto de Prometeo.

Aquel día no seguí a Sileno más adelante. Admiré bajo los velos erizados de la poesía el sentimiento filosófico de la Naturaleza.

Después de haber conocido esas interpretaciones de los orígenes de la Tierra, ¿cómo soportar las cosmogonías orientales y sus fábulas bárbaras? Virgilio prestó a su Sileno el lenguaje de Lucrecio y de los griegos alejandrinos; y así pudo concebir una idea de los orígenes de la Tierra que se acomoda con la ciencia moderna de un modo sorprendente. Se cree ahora que el sol irradiaba mucho más calor y extendía su esfera inmensa más allá de la órbita actual de Neptuno; que al contraerse por enfriamiento, abandonaba de cuando en cuando en el espacio, que ya no cubría, anillos de su substancia que, rotos y contraídos a su vez, formaron los planetas de su sistema. De este modo se supone que tuvo origen la Tierra, difusa y flúida al principio, y gradualmente condensada. Después de las pesadas lluvias de metales en fusión que cargaban su atmósfera ardiente, cayó de lo alto de las nubes el agua de las lluvias fecundas. Precisamente dice lo mismo el viejo Sileno. El globo estaba al principio cubierto por un mar caliente y poco profundo. Los continentes aparecieron sobre la superficie. Por fin el aire fresco y puro permitió ver el sol. Yerbas y

helechos gigantes coronaron las montañas. Nacieron los animales, y el último de todos nació el Hombre. Así en un tiempo inmemorial se realizó el destino que debía convertir la Tierra en perpetua mansión del crimen. Las plantas absorbieron con sus raíces el jugo de la tierra; se alimentaban y crecían. Únicas inocentes entre todos los seres, formaron la substancia viva y destilaron con maravilloso instinto substancias sin vida o por lo menos sin organización, porque de nada puede decirse en el mundo: esto no tiene vida. El desarrollo vejetal permitió que nacieran los animales.

Rara per ignotos errant animalia montes.

Los primeros animales miserables, sin vértebras y sin cerebro, se alimentaron con las yerbas en los bosques. De este modo la vida animal empezó a mostrarse devoradora. ¡Ah! No decimos nunca de un árbol que se le condena a muerte, y sin embargo debiera decirse, por qué se le quita la vida. ¿Es o no sensible? Se le niega la sensibilidad, se afirma que no dispone de órganos para sentir, que no constituye un individuo y que no tiene idea de su existencia. Sin embargo celebra himeneos cuyo esplendor y cuya fecundidad nada sobrepuja, y si, contra lo que yo supongo, es insensible, no por esto deja de hallarse vivo; y condenarle a perecer es atentar contra la vida, como cuando se condena a una bestia.

Las especies animales sucesivamente ligadas las unas a las otras, fueron cada vez más inteligentes y más fuertes; adquirían un cerebro y un sistema nervioso que les daban conciencia de sí mismas y las ponían en comunicación con el mundo exterior. Unas se alimentaron con yerbas, pero la mayoría devoraban la carne de otros animales pertenecientes a especies de menos fortaleza y de menos astucia.

Infelices habitadores de los bosques y de las montañas, no era suficiente que su existencia se hallase amenazada por el hambre, la enfermedad y la muerte, sino que debía deslizarse desde el principio al fin entre el miedo al enemigo y los terrores que hasta para los más brutos no dejaban de ser horribles. El hombre nació el último de los animales, emparentado con ellos y semejante a algunos. Las palabras con que aún se le designa indica su origen. Se le llama humano y mortal; se le atribuyen nombres más propios de animales salvajes, como él habitadores de la Tierra y como él sujetos a la muerte. El hombre es más inteligente que sus hermanos, pero su inteligencia no es de naturaleza distinta. Es superior, pero no hay en él nada que no haya en los demás. Y lo que le iguala a todos ellos es la obligación a que se halla sometido de alimentar su vida con algo vivo; es la ley del asesinato, que se le impone como a los demás y le convierte en un ser feroz. Es carnívoro; para no avergonzarse de matar a sus hermanos reniega de ellos; se vanagloria de un origen superior, pero todo indica su pa-

rentesco con los animales. Nace como ellos, se alimenta como ellos, se reproduce como ellos y muere como ellos. Está sometido, como ellos, a la ley de la matanza, impuesta a todos los habitadores de la Tierra. Se sirve de su incomparable inteligencia para someter a los animales que le son necesarios, y aun cuando posee establos bien provistos, la caza es su ocupación favorita. Este ha sido el mayor goce de los reyes, y lo es aún; se entregan a la matanza con una embriaguez que no sienten los demás animales. Como las bestias feroces que no se comen unas a otras, los hombres se abstienen de devorar carne humana; pero si no asesinan a sus semejantes para comérselos, los asesinan para quitarles algo, de que disfrutan, para impedirles el goce de sus bienes, o sólo por el placer de matar. Esto es lo que se llama la guerra, y los hombres la propagan con ansia. Sin duda no se les ocurriría cometer este crimen extravagante si la necesidad de matar animales para vivir no les hubiese preparado a ello. El Destino lo decidió: desde los orígenes de la especie hasta los tiempos actuales, la Tierra se halla consagrada al crimen y seguirá su vocación hasta que cese la vida por completo. Matar para vivir es una ley eterna.

Me preocupaba esta obligación a la cual nadie logra sustraerse. El sol se había hundido en el ocaso, abrí la ventana, contemplé las estrellas, poco a poco encendidas en el cielo, y reflexioné con horror que el destino de nuestro mundo, lejos de ser único en su atrocidad, tal vez sea el destino de miriadas y

miriadas de mundos, y que en los espacios infinitos, donde haya seres vivos estarán sujetos a la misma ley que nos ha sido impuesta. Las estrellas ¿son mundos habitados? Los únicos planetas que vemos son los de nuestro sistema. Son nuestros hermanos, y como nosotros hijos del Sol; pero ni se formaron al mismo tiempo que la Tierra ni se hallan a igual distancia del astro que nos da la vida. Algunos tal vez sean demasiado jóvenes para crear, los otros ya son demasiado viejos. Los hay envueltos en una atmósfera densa que parece sofocante; los hay con atmósfera enrarecida, irrespirable para seres como nosotros; los que vemos más allá del Sol ocupan regiones frías y tenebrosas. No es posible asegurar que esos astros no alimentan, no hayan alimentado o no puedan alimentar seres vivos sobre su corteza; para afirmarlo sería preciso conocer mejor las condiciones en que la vida puede producirse. Ojalá que los hermanos de nuestro mundo logren producir seres menos desdichados que nosotros. Pero, cada sol que vemos como un punto de luz en la lejanía de los espacios etéreos ¿lleva consigo un cortejo de planetas, y esos planetas tienen habitantes? Nos inclinamos a creerlo, porque ya se averiguó que todos los soles aproximadamente se hallan compuestos por iguales materias. Y podemos juzgar de esos astros lejanos por el que nos alumbra.

Si lo consideramos serenamente, si constituídos como la Tierra, todos los mundos son habitables, lo

fueron o lo serán; si esos habitantes se hallan sometidos a las mismas leyes que gobiernan nuestro mundo: el mal ha llegado al colmo, abarca lo infinito, y al hombre prudente no le queda más remedio que abandonar la vida o reírse de una aventura tan graciosa.

Rara per ignotos errant animalia montes.

Viejo Sileno embadurnado con sangre de moras por la más hermosa de las náyades: ¿adónde me ha conducido ese verso que tú cantabas en Mnasile, ante la joven Eglé, ante los faunos y las encinas de los bosques? Canta, canta Pasiphaé, divino borracho y ayúdame a olvidar mis tristes delirios.

XXIV

FELIPA GOBELIN

Durante el invierno parisién, cuando las calles oscuras, húmedas y frías contribuyen a que sean más agradables los salones calientes y bien iluminados, pasábamos muy agradables veladas en casa de los señores Danquin, en la vieja calle de Saint-André-des-Arts. Rodeado de armarios profundos llenos de minerales y de fósiles, el salón de los señores Danquin, aun ofrecía campo suficiente a la juventud bailadora, que pirueteaba ante aquellos testigos de un pasado inmemorial, sin que la inquietara el perpetuo derrumbamiento de las cosas más de lo que inquieta a las falenas que revolotean en círculo durante las noches de verano.

La mayor parte de los frecuentadores de aquella casa pertenecían a familias modestas de sabios y de artistas. Los hombres iban de chaqueta, las señoras sin descote. Nada de lujos, ninguna elegancia, pero mucha alegría y cordialidad.

Todos los sábados acudíamos allí la misma gente: Marta y Claudia Bondois, Edmé Giréy, Magdalena Delarche, las dos primas; ésta, esbelta, pálida y

ensoñadora, y aquella lozana, de poca estatura y risueña: el amor celestial y el amor profano; y se decía que el amor celestial llevaba un bonito dote. También acudían dos o tres sobrinos y sobrinas de la señora Danquin, que por no tener hijos era para todos una madraza; mi amigo Fontanet, llevado por mí nuevamente a la casa, y decidido a regirla; el doctor Renaudin, joven médico establecido desde poco antes en el barrio, donde se procuraba clientela; bajito y moreno, que se suponía viejo a los treinta y cinco años y en realidad era el más animado entre todos; algo bohemio, algo pedante, sus ropas olían a bailes públicos y a salas de hospital; era sorprendente la sagacidad de su inteligencia; su conversación, de propósito poco delicada, me chocaba y me complacía. Sin ser del todo inocente, ignoraba yo los misterios de la Naturaleza, que me inspiraron mucha curiosidad; y me asombraron las revelaciones brutales del doctor Renaudin, que perturbaban mis ensueños y destruían mis ilusiones.

No pude precisar si aquel hombre, moreno y bajito, con las mejillas azuladas, bufón y sabio a la vez, era digno de afecto o de odio. Veinte años más adelante hubiera considerado al doctor Renaudin un buen compañero de mesa, y deseara comer a su lado no lejos de Anatolio de Montaiglon; pero en aquel tiempo me obsesionaban las delicadezas.

Elisa Guerrier, que había obtenido un premio de piano en el Conservatorio, frecuentaba las reuniones de mis padrinos. Ignoro por qué mi padrino

prefería a Elisa Guerrier entre todas las muchachas que coronaban su mesa y florecían su casa. No era posible suponer ninguna afinidad entre aquel burgués pulido, barrigudo, meticuloso, y la joven artista lírica de perfiles hermosos y fuertes, de carácter varonil y dificultoso. Por lo que a mí se refiere ya era otra cosa: un sentimiento del arte antiguo, profundo, arraigado, innato, sin duda me hizo descubrir en Elisa una belleza en la cual se mezclaban armoniosamente los caracteres de ambos sexos; pero aun cuando ella se hubiese mostrado algo amable conmigo, la hubiera sido muy difícil vencer mi timidez; me inspiraba naturalmente un terror sagrado, fortalecido por su indiferencia abrumadora. Fué, en el orden de los tiempos, la primera de las bellezas mortales que yo consideré como diosas.

Quien se acomodaba mejor a mi timidez en casa de los señores Danquin, y cuya conversación satisfacía lo más posible mis ansias de saber y de gozar, era la señorita Gobelin, muy pulcra en labores caseras y lectora insaciable, cuyo carácter abarcaba desde la prudencia a la locura, cómica y melancólica, que lo había leído todo y lo recordaba todo; en un mismo instante olvidaba y se daba cuenta de su fealdad, y empleaba su extraña erudición en burlas comogónicas acerca de su nariz, terminada en una especie de huevo, huevo místico y fecundo, como el huevo de Orfeo y el de Osiris.

—Un día—afirmaba gravemente—al estornudar

sacaré de ese huevo muchedumbre de geniecillos minúsculos, unos alegres, otros tristes, que difundidos por el Universo se alojarán en el cerebro de los hombres y contribuirán a que sean menos locos y menos tontos que al presente.

Reía, pero hubiera cambiado con gusto su mucha inteligencia por el rostro de Edmé Girey o por la figura de Magdalena Delarche.

Lo advertí varias veces, y sobre todo en una circunstancia que me dió qué pensar y me hizo descubrir por primera vez las profundidades del corazón femenino. La señorita Gobelin había estado aquella noche muy oportuna, y había bailado no sé qué danza española con gracia y delicadeza. La elogié sinceramente; le dije que no sólo mostraba su talento en la conversación sino también al cantar, al reír y al bailar. Ella me oyó sin entusiasmo; le dije que me maravillaba la vivacidad de su inteligencia, y prolongué la descripción de los dones intelectuales advertidos en ella. Sentí, al terminar mi discurso, el desdén casi despreciativo de sus ojos, que se apartaban de mí. El doctor Renaudin se acercó a ella y le dijo:

—Señorita, usted siempre es hermosa, pero lo se todavía más cuando baila el fandango.

Consideré aquel requiebro algo vulgar, pero Felipa lo pagó con una mirada luminosa y dulce que hizo realidad la lisonja, porque en aquel momento la satisfacción la transformaba: casi era bella.

Se bailaba mucho en casa de mi padrino, y re-

cuerdo aún la encantadora fatiga que idealizaba el rostro de Marta Bondois después de cada vals. El doctor Renaudin introducía de vez en cuando en las danzas más correctas, actitudes aprendidas durante su estudiosa juventud en los bailes públicos de los barrios latinos, pero la señora Danquin era demasiado inocente para comprenderlo. Yo bailaba muy mal. La señorita Gobelin, a la cual solía emparejarme su escasez de pretendientes, lamentaba mi poca destreza, y algunas veces ofreció darme lecciones.

Yo prefería al baile los juegos de prendas y las charadas, muy frecuentes en casa de mi padrino. No se me olvidan algunos besos dados a través de los barrotes de una silla a Edmé Girey y a Magdalena Delarche, besos que a pesar de ser públicos y permitidos no carecían de dulzor. Pero las charadas me agradaban más; compendiaban todos los espectáculos: drama, comedia, pantomima, bailables y ópera. Para las decoraciones, los trajes y los accesorios, poníamos a contribución los armarios, los muebles, la vajilla y todos los objetos de la casa. Nuestras representaciones exigían grandes elementos. Con frecuencia nos encargaban el escenario a Felipa y a mí, y entonces la charada, contra los preceptos de Boileau, era burlesca y alegre. Felipa Gobelin, incomparable cómica, representaba de un modo genial todo género de chanzas.

Su obra maestra—y mía también, porque intervine en ella—fué una charada en tres partes. Por

desgracia se me han olvidado la *primera* y el *todo*, y esa obra dramática tiene en mi memoria un estado semejante al de casi todas las trilogías del teatro griego que llegaron hasta nosotros. Naturalmente, su importancia es menor. Recuerdo la segunda parte, cuyo asunto era la danza del rey David ante el Arca y al son de su arpa profética. David era la señorita Gobelín, que se había colgado de las orejas una luenga barba azul de punto de media, y debajo de su nariz natural acentuaba cómicamente la expresión del rostro. Cubría su cabeza un turbante de cachemira rematado por una tetera de cobre; envolvía su cuerpo en una tela oriental; recorría con sus dedos los barrotes del respaldo de una silla dorada, y ejecutaba con gravedad una danza hierática en la que lucía la longitud excesiva de sus brazos, de sus piernas, de sus pies, y la sequedad angulosa de sus codos y de sus rodillas. Tras ella, Elisa Guerrier acompañaba su canto con el rasgueo de una espumadera. En cuanto al arca,

> Por cuyo poder, torres muy altivas cayeron
> y del Jordán las aguas yertas retrocedieron,

era el costurero de la señora Danquin, la cual al verle inclinado conforme a los textos, exclamó desde el fondo de la sala: «¡Mañana lo encontraré todo enredado!»; porque dentro del arca estaban el cañamazo y los ovillos de lana de colores con que la señora Danquin bordaba unas zapatillas para el señor Danquin.

Pero el triunfo mayor de aquella noche correspondió al doctor Renaudin, el cual había logrado componer, no se sabe con qué misteriosas argucias, un traje que recordaba sin género de duda el uniforme de un guardia municipal. Al presentarse mostró sus puños enormes, y voceó: «¡Circulen! ¡Circulen!», para dispersar a todo el Pueblo de Israel.

El señor Danquin agitaba sobre su vientre los dijes de su leontina con una carcajada estrepitosa, y aplaudía al doctor Renaudin, cuya satírica intención vengaba a los parisienses de las brutalidades ejercidas contra ellos por los polizontes, inspiradas según creencia general por el Emperador y el Gobierno.

—¡Bravo!—gritaba mi bondadoso padrino, que siempre detestó a Napoleón III, tanto como adoró a Napoleón I.

XXV

EL CAMINO DE BAGDAD

Yo leía con afán y sin descanso, y me produjo al fin una ridícula sorpresa la convicción de que todas mis lecturas no me habían enseñado nada útil, ni siquiera me daban facilidades para el estudio, y que mis brillantes conocimientos no pasaban de ser un velo sutil extendido sobre mi profunda ignorancia. Sentí entonces los funestos resultados de la bifurcación y las consecuencias fatales de no haber aprovechado las lecciones de Geometría, que me dió el señor Mesange adormecido al son de los violines. Comprendí, algo tarde, que solamente las Matemáticas pueden fortalecer y aclarar las inteligencias, que nuestros profesores de Literatura nos convertían en instrumentos vacíos y sonoros, en formas vanas, incapaces de toda labor seria. Se lo dije a mi padre, y bajo su dirección y con ayuda de hábiles profesores, a los que me recomendó, estudié las Ciencias exactas, la Química y la Historia natural, no para poseer algunos conocimientos, sino para ponerme en condiciones de adquirirlos. Así aumenté y ordené mi comprensión. Desgraciada-

mente aumentó de igual modo mi petulancia; en el seno de la familia me hice insoportable, y sólo mi timidez me libró de serlo para todo el mundo. Con mi funesta perspicacia, que me perjudicó tantas veces en la vida, comprendí que los razonamientos de mi padre no siempre eran fundados, y me propuse reformar su desarrollo de un modo impertinente y estúpido.

Las cualidades evidentes que empezaban a manifestarse dentro de mí no eran de las que pueden obtener un empleo fructuoso en la sociedad. Yo no sabía elegir una carrera oportuna; mi padre y mi madre apenas me ayudaron en esa elección: mi madre porque me juzgaba capaz de conseguirlo todo, y mi padre porque nunca me creyó apto para nada.

Entre tanto Fontanet adquiría una erudición a la violeta y costumbres elegantes, que le permitieron desdeñar la casa de los señores Danquin y atender solamente a los ricos y a los aristócratas. Alsine, Máximo Denis y yo fuimos presentados por él en un salón del barrio de Saint-Germain, discretamente célebre por su enemiga contra el Imperio, y que no era muy asequible; pero la Iglesia, la soberana demócrata, introdujo allí jóvenes de clase humilde con la esperanza de que apareciera entre ellos otro Veuillot. Allí acudían viejos pares de Francia y antiguos diputados de la Asamblea Nacional, académicos, aristócratas; y todos ellos, a pesar de hallarse distanciados de nosotros por su posición elevada,

nos acogían con esa bondad afable que distingue a los defensores de causas perdidas. Allí he tomado el te, sin sentarme ni soltar de la mano el sombrero, mientras escuchaba con atención, a pesar de los codazos que me daba Fontanet, a un viejo polemista famoso que después de combatir durante sesenta años, como Lusignan, por las glorias de Dios, elocuente y apasionado aun como un joven, denunciaba a las generaciones nuevas los crímenes de los jacobinos y los atentados de Bonaparte, con un entusiasmo que le hacía verter, sin darse cuenta, la taza de te en su sombrero. Las señoras permanecían en uno de los salones, sentadas en fila como en los teatros. En su mayor parte, a mi juicio, debían a la vida rural su color sano, sus modales independientes y su tono algo subido; pero en ninguna sociedad encontré mujeres como aquellas, tan sencillas en su porte y en sus palabras, pertenecientes a familias muy linajudas.

Aquel núcleo de personas me pareció muy respetable; no me desagradaba pero tampoco me divertía, y no volví a comparecer por aquella casa.

Fontanet me presentó también en dos o tres salones del mundo de los negocios, donde los jóvenes dispuestos a bailar eran siempre bien acogidos. Por desgracia yo valsaba deplorablemente. También Fontanet valsaba mal, pero como él no conocía sus defectos, su mucha despreocupación encubrió su poca destreza. La casa donde fuí mejor atendido, y por lo tanto donde disfruté más, fué la del inge-

niero Airiau, oscurecido aun en aquella época, en el primer impulso de su ambición. Improvisaba entonces su lujo y su fortuna en un hermoso piso de la plaza Vendome. La sociedad francesa de aquel tiempo vivía en constante regocijo. Sin presumir de muy versado en estos asuntos, creo poder asegurar que los señores Airiau daban magníficos bailes. Indudablemente me fascinó el primero a que asistí.

Alumbradas por miles de bujías y de prismas de cristal que hacían resplandecer los brillantes y las perlas, reflejadas en los hermosos espejos de Saint-Gobain que maravillaban entonces a los hombres más graves, rodeadas de plantas de estufa, de ramos y ramilletes donde la naturaleza se mostraba más artificiosa que el arte: las mujeres, con adornos de pluma en la cabeza y los cabellos lustrosos como alas de ave, imitaban todas el aspecto y el tocado de la emperatriz Eugenia, su escote, y hasta su graciosa caída de hombros. Balanceaban sus miriñaques enormes, que ahora nos parecen burlescos, pero que se imponían con la autoridad de la moda, y que los predicadores denunciaban desde el púlpito como atavíos monstruosos inventados por los diablos del infierno, agitaban con sus abanicos de pluma el aire cálido y perfumado, hablaban a media voz, sonreían gratamente, se movían con voluptuosidad, encantaban a los hombres maduros y a los viejos, enloquecían a los jóvenes, que nos creíamos transportados a un mundo fascinador.

La señora Airiau, a la cual visité en su día de re-

cepción, era menos sencilla en sus modales que aquellas damas de los viejos hoteles del barrio de Saint-Germain, pero era mucho más agradable. Delgada y pálida, parecía una heroína de novela de Octavio Feuillet. Las mujeres lamentaban que tuviera el cutis marchito, y ella hacía lo posible por ocultarlo. Yo solamente supe ver en su bello rostro los ojos de violeta, la nariz fina y la boca melancólica. La señora de Airiau lucía como un adorno su tristeza, que la hizo más interesante; y en realidad no era muy dichosa. La entretenían sus inclinaciones literarias, y hablaba de Mireya con los ojos humedecidos por el llanto. Mi carácter no la desagrada, y no tengo motivos para ocultarlo, porque su inclinación hacia mí sólo puede ofrecer un concepto honroso de aquella señora, ya que mi encogimiento, mi timidez, mi turbación, mi desconfianza en mí mismo, me daban apariencias de virtud y aspecto inocente.

La señora de Airiau me dió un día la *Vita Nuova*, libro que admiraba ella, y que me entusiasmó sin llegar a comprenderlo del todo; pero en literatura no es necesario comprender para entusiasmarse. En el cambio de impresiones estuvimos de acuerdo. Así, Dante Alighieri nos aproximó espiritualmente de una manera digna de él. Como se acostumbra entre personas de buena sociedad, para demostrarme su creciente simpatía la señora y su marido me invitaron a sus reuniones íntimas y a sus banquetes de hombres.

Se reunían allí banqueros y bolsistas, ingenieros y negociantes, un tenor de la Ópera, un ministro de Turquía, un diplomático persa. Después de comer, en la salita de fumar, el señor de la casa abría un mueblecito de palisandro, sacaba de sus múltiples cajones cigarros negros y rubios, largos y cortos, de varias formas y distinto aroma, que ofrecía con prodigalidad prevista, pues correspondió siempre la importancia del cigarro con la de la persona; y era tan diestro en aquel reparto, que al parecer ofrecía igualmente a todos sus huéspedes la flor de la Habana. Instruído por aquel ejemplo, descubrí poco a poco un fondo de tacañería bajo su magnificencia.

Airiau estudiaba entonces una gigantesca empresa, no realizada todavía y que variará el eje de la civilización: el ferrocarril de Bagdad. Se le consideraba hombre de negocios, de talento práctico; pero él tenía empeño en que le supusieran filantrópico y humanitario. De los viejos sansimonianos que habían contribuído a formar su carácter, conservaba un idealismo industrial, una especie de misticismo económico, un sentimiento poético de los asuntos que imprimía a sus concepciones mercantiles un carácter de generosidad que pudiera comunicar al charlatanismo la unción del apostolado.

Interesado—decía—, por el impulso que conduce a las naciones hacia la unidad, consideraba la Industria y la Banca como las dos energías bienhechoras que; valiéndose de la asociación de los pueblos

arraigarían un día la paz universal. Pero como era francés y patriota, concebía la paz de un modo napoleónico y deseaba la unión de las naciones impuesta exclusivamente por Francia, la cual presidiría los Estados Unidos del mundo.

Al hablar de sus empresas en el Asia Menor, cruzaba el Taurus, el Amanus y el Eufrates, y recorría las orillas del Tigris. Absolutamente admirable, a mis ojos, removía millones y se preocupaba del ahorro de un céntimo; tenía, como Napoleón, la facultad de insistir en cada uno de los detalles sin perder de vista el conjunto.

Ignorante y romántico, también se complacía como Napoleón en evocar a su paso los más famosos nombres de la Historia: Babilonia, Nínive, Alejandría, el sultán Aroun-al-Raschild. Y aquel hombrecillo moreno, de bigotes afilados como un subteniente, crecía de un modo maravilloso cuando hablaba de despertar por el silbido de sus máquinas de vapor a los toros alados del palacio de Sargón. Eran también napoleónicas su confianza en su buena estrella, su optimismo comunicativo y la profunda convicción de que sólo se pierde definitivamente un asunto cuando se lo considera perdido.

Su voz encontraba sublimes acentos para dirigirse a todas las orientaciones políticas: legitimistas, orleanistas, imperialistas, republicanas; y a todas las capacidades: sabios, ingenieros, artistas, industriales, banqueros y poetas. Tampoco dejaba de

nvitar al gigantesco banquete de la Civilización a todos los obreros y a todos los campesinos.

Un día que fuí a visitarla, me dijo la señora de Airiau que su marido preparaba para dentro de tres meses un viaje de exploración a las orillas del Tigris, y que le agradaría llevarme de secretario particular.

—En ese viaje—añadió la buena señora—podría usted adquirir muchos conocimientos que asegurarán su fortuna. No me conteste usted ahora de pronto. Reflexione; consulte con sus padres; y luego hable con mi marido.

XXVI

EL DOLOR DE FELIPA GOBELIN

El sol de termidor extendía sus ardientes rayos sobre los muelles, el río y los jardines. Yo entraba en el Louvre con una familiaridad respetuosa; un frescor pegajoso impregnaba las salas desiertas de la escultura antigua.

Ante aquellos restos de un arte único, junto al cual todo es miserable y deforme, sentime invadido por el entusiasmo y el desaliento. Abismado en una banqueta ante el Arés Ludovisi, me poseía un ansia de vivir y de morir, un mal delicioso, una tristeza infinita, una embriaguez de horror y de belleza; sentí al mismo tiempo un deseo insensato de verlo todo, de saberlo todo, de conocerlo todo, de adivinarlo todo, junto a un desaliento infinito que me inclinaba a no pensar, a no sentir, a entregarme al encanto de no ser.

Recorrí las galerías pobladas de estatuas, y vagué entre aquellas figuras de naturalidad estudiada, que no sólo expresan la armonía de los cuerpos, sino también la armonía de los mundos, y nos ilustran en todo lo que podemos concebir acerca del Uni-

verso. Poco a poco, bajo la influencia de un arte bello y preciso, concebí claras ideas y firmes pensamientos, que me inducían a mirar con serenos ojos la vida y la muerte, los dos aspectos de la Naturaleza semejantes entre sí como Eros y Anteros, esas dos criaturas esculpidas en los sarcófagos antiguos.

Pasé luego a las salas asirias; y ante los toros alados con rostro humano del palacio de Sargón, resolví acompañar al ingeniero Airiau en su viaje por aquellos países, hacia los cuales me atraían la esperanza de hacer fortuna, una curiosidad generosa y razones muy varias, como el deseo de ver la tumba de Zobeida, que no era de los menos apremiantes.

- Creo, sin afirmarlo, que la influencia de la señora de Airiau influía mucho en mi determinación. Me había impulsado en aquel empeño con sus ojos de violeta y sus múltiples encantos exaltadores de mis ansias juveniles. Aquel viaje me alejaba de ella y sin embargo yo lo emprendía por sus bellos ojos que se quedaban en París. Ahí tenéis uno de los rasgos de mi carácter.

Intranquilizaron a mis padres las fatigas, los peligros y una prolongada ausencia, pero me dejaron decidir libremente y no discutieron mi resolución, seguros de que todo era difícil; y cuando yo hablaba de aquel viaje, mi madre me sonreía con los ojos llenos de lágrimas.

Al acercarse el Año Nuevo, las calles de París parecían hileras de colosales cajas de bombones y

de juguetes, de confituras, de bisutería y de peletería, que la bruma y la escarcha envolvían como algodones y tela de embalar.

Iba yo a despedirme de mi bondadoso padrino, de quien apenas me había ocupado en los últimos meses, y le encontré sentado en un sillón, empequeñecido, con la cabeza del tamaño de un puño, las piernas hinchadas, y un inusitado aspecto de tristeza, herido gravemente por la enfermedad del corazón, de que debía morir. Enarboló una revista de paleontología y me dijo:

—¡No creen en la existencia del hombre fósil!

Una risa dolorida removió los dijes de su leontina sobre su vientre ya enflaquecido.

La señora Danquin, completamente inválida, ocupaba otro sillón al otro lado de la chimenea entre sus dos muletas, sin haber perdido su alegría natural. Me habló de todas las jóvenes que más la interesaron: las Bondois, Edmé Girey, Elisa Guerrier, y lamentaba no verlas nunca. Me anunció un importante suceso: el matrimonio de Magdalena Delarche con el doctor Renaudin, acaso un poco viejo para ella, hijo de sus obras, falto de recursos pecuniarios, pero de mucho porvenir.

—Magdalena—me dijo—es hermosa, distinguida; la llamaban «el amor sagrado» por sus ojos ensoñadores y su esbelta figura. Tiene además un bonito dote.

Después de meditar un instante la señora Danquin prosiguió:

—Mi marido y yo no nos pusimos aún de acuerdo acerca del regalo que debemos hacer a Magdalena; mi marido quiere regalarla un servicio de café de plata; yo creo que un par de candelabros lucirían mucho más en el salón de un médico. Hay que deslumbrar a la clientela... A la señora Delarche no la satisface del todo esa boda; pero me decía, muy atinada en esto: «Los hijos deben casarse a su gusto, y no a gusto de sus padres...»

Nos despedimos cariñosamente.

—Pedro—me dijo alentado mi bondadoso padrino—, si encuentras algún objeto prehistórico en las orillas del Eufrates, acuérdate de mí.

Pocos días después de la fiesta de Año Nuevo fuí a despedirme de las señoras Gobelin, que vivían en el piso más alto de una casa de la calle de Bac, bajo el jaulón de vidrios azules que ocupaba un fotógrafo sobre el tejado. En aquella casa de muchos inquilinos había numerosas industrias. Los comercios de te, de porcelanas chinas, de telas de Oriente, perfumaban las tiendas y el entresuelo. En las puertas de todos los pisos había placas de cobre que declaraban las artes y oficios ejercidos detrás de aquellas puertas. En el primero se leía: «Eugenia, modas»; en el segundo, «Hericourt, médico-dentista»; en el tercero, «Señora Hubert, costurera»; en el cuarto una tarjeta clavada con cuatro alfileres lucía esta inscripción: «*El Hijo de María,* revista semanal». Las señoras Govelin habitaban sobre el piso cuarto. Encontré a Felipa, lar-

guirucha y desgalichada como de costumbre, con los cabellos lacios, los ojos pequeños, la boca grande, abrumada por la tristeza. Era difícil suponer la edad de su madre, blanca y pálida, con los ojos sin expresión y las mejillas como de papel de seda machucado. Aquellas dos mujeres se dedicaban a iluminar fotografías de niños. Les di cuenta de mi viaje. La señora Gobelin me dijo que los Danquin la enteraron ya de mis propósitos. Felipa, con los labios contraídos, no dijo nada; me pareció que se dolía de no haber sido la primera en saberlo, y le agradecí el reproche que me pareció leer en sus ojos.

Para borrar aquella impresión con inequívocas muestras de interés, le pregunté si expondría en el Salón un cuadro de miniaturas, y le prometí enviarle desde Bagdad alguna de aquellas acuarelas persas que tanto la gustaban.

Entonces se animó y rebozó su tristeza con una alegría ruidosa.

Su madre me mostró una azalea que había sobre el piano.

—Vea usted—me dijo—: el amable señor Danquin, que no suele celebrar los días de santos, envió a Felipa este regalito en el aniversario de su nacimiento.

Miró a su hija con ternura recelosa y añadió:

—Felipa nació el veinte de enero, y no en época tan lejana que ya sea inoportuno celebrar su cumpleaños.

—Sí—dijo Felipa—, nací el veinte de enero, bajo el signo infeliz de Acuario.

Y con un tonillo de agorera que dice la buena ventura, prosiguió:

—Las personas que nacen bajo el signo de Acuario olvidan el paraguas en casa cuando va a llover. Si estrenan sombrero, pasan por una calle bajo un balcón donde riegan tiestos y reciben un chorro de agua sobre la cabeza. Si hace viento les cae sobre la cabeza un tiesto florido. Padecen frecuentes catarros.

—Eres una loca—suspiró la señora Govelin.

Felipa continuó sus chuscadas; pero comprendí que hacía esfuerzos para no llorar. Supuse que mi viaje motivó la profunda tristeza que no conseguía ocultarme, y comprendí que me amaba. Nunca lo imaginé hasta entonces; por el contrario, siempre me pareció advertir mayores preferencias hacia otros amigos, con los que se mostraba más efusiva y familiar. Sin embargo, mi repentino descubrimiento no me sorprendió. Inmediatamente consideré su amor verosímil, natural, en el orden de las cosas. A mi juicio, la perspicaz inteligencia de Felipa, su gusto delicado, su filosófica razón, la imponían aquel sentimiento.

Me pareció, si no bonita por lo menos más agradable. La conversación languidecía; esperé que me dijese entre los últimos adioses y con sus labios muy cerca de mi oído: «No se vaya usted», y estaba decidido a responderle: «Bien, Felipa; me

quedo.» Entonces la felicidad reflejada en su rostro me colmaría de júbilo. ¡Quién sabe! Acaso la felicidad pudiera embellecer aquella interesante criatura. «Sufre muchas transformaciones», pensé.

Llegó el momento de irme. De pronto advirtió Felipa que la estufa se apagaba, y quiso reanimar el fuego. Cuando me despedí, ella tenía en una mano el cubo y en la otra el gancho.

—Me causa envidia—me dijo—pensar que va usted a recorrer maravillosas regiones... Si yo pudiera, también viajaría... Adiós, Pedro.

Desde la escalera la oí gritar, a la vez que atizaba el carbón:

—¡Esta maldecida estufa!

Bajé lentamente, y en el descansillo donde se anunciaba *El Hijo de María* me di a reflexionar:

«Ella no me ha dicho nada; tampoco ha dejado adivinar nada. Tal vez la presencia de su madre, su discreción, su delicadeza... Sin embargo, no me parece oportuno retroceder para decirle: ¡Me quedo!»

Dejé paso a una señora de mucho volumen que iba a casa de la corsetera, y proseguí mis reflexiones:

«Es interesante, simpática; la estimo, me inspira una especie de admiración; pero no la amo, no podré amarla jamás. Ni se me ocurre casarme con ella. ¿Cómo sacrificarle mi vida?...»

Mientras reflexionaba esto, mis ojos tropezaron con la muestra del dentista, que me produjo una penosa impresión y me incitó a bajar apresurada-

mente. Un suave perfume de lirio se hacía notar en la puerta de la señorita Eugenia, donde me detuve un momento:

«No, no admito que esa pobre criatura sea desdichada por mí, que enferme, que acaso muera. Volveré mañana; acecharé el momento propicio para hablarle a solas; provocaré sus confidencias, o tal vez logre adivinarlas... Entonces le diré: ¡Me quedo! Y al verla salvada, seguramente despertará mi ternura.»

Saboreaba ya por anticipado las delicias del sacrificio, cuando en el descansillo del entresuelo encontré a la señorita Elisa Guerrier. Nunca me soprendió tanto el color frío y marmóreo de sus mejillas; más que de mujer, daba la sensación de una diosa inmortal o de un animalito selvático. ¡Tan lejana y misteriosa!... Quedéme, como de costumbre, anonadado en su presencia, y no supe qué decirle.

—Baja usted de ver a la señora Gobelin. ¿Cómo ha encontrado a Felipa?

—Bien, bastante bien...

—¿No le ha dicho nada? ¿No le ha dejado entrever nada?

—No...

—¡Tiene mucha energía!

Yo balbuceé:

—Sí, ella...

—Buena falta le hace para soportar el terrible disgusto que le han dado.

—El disgusto...

—Sí, el matrimonio del doctor Renaudin con Magdalena Delarche.

—¡Ah! El matrimonio del doctor Renaudin...

—¡Pobre Felipa! En realidad, Renaudin no la quiso jamás, pero se lo dió a entender. Ella le ama con locura, y él se casa con Magdalena Delarche ¡por el dote! No serán felices. Y entre tanto Felipa morirá de pena.

La señorita Guerrier rió con risa forzada y maldijo las locuras de las mujeres.

XXVII

MARÍA BAGRATION

Yo no hacía un lucido papel; bailaba mal; en la conversación mi carácter me imponía tan pronto pensamientos demasiado serios, como imaginaciones demasiado burlescas, sin ofrecerme nunca las ideas fáciles que agradan a todo el mundo. Iba de un extremo a otro, siempre más torpe o más agudo que los demás, y siempre insoportable. Los atractivos de las mujeres me producían emociones indecibles, que nunca me atreví a confesar; la violencia de mi temperamento me acobardó y me impuso la timidez. Todo contribuía igualmente a mi fracaso. Advertí que dejaban de invitarme en varias casas donde al principio me recibieron. Sólo en el salón de la señora de Airiau, esposa del ingeniero que me llevaría de secretario en uno de sus viajes de estudio por Asia, no desagradó mi manera de ser. La señora de Airiau recibía en su lujoso aposento de la plaza de Vendome a varios artistas, hombres de ciencia, hombres de negocio, y mujeres de varias categorías que realzaban la brillantez de las joyas y

la majestad del miriñaque. Supongo que iban allí muchos judíos; pero a nadie le preocupaba, porque había poco antisemitismo en el París de aquel tiempo, y más bien eran atendidos por haber figurado con los Fould y los Pereire en los más importantes cargos del Gobierno de Julio y en los comienzos del Imperio. También frecuentaban aquel salón, turcos, austriacos, alemanes, ingleses, españoles, italianos, y nadie lo extrañaba. París era, en tiempo de Napoleón III, el parador universal, y se recibía con afectuosa magnificencia a cuantos llegaban procedentes de todos los países del mundo. Nada hizo suponer la xenofobia que más adelante ensombrecería la Tercera República, los odios y sospechas, frutos envenenados de la derrota, que la victoria multiplicó, después de cincuenta años, y que por lo visto perdurarán. Lo que me agradaba más en el salón de la señora Airiau era la señora Airiau, bella sin esplendor, delgada, fina, que hablaba bien y me había demostrado afecto. Una tarde que fuí a su casa encontré entre los visitantes, turcos en su mayoría, a una señora desconocida que me fué presentada: la princesa María Bagration. Mis ojos se turbaron en cuanto la vieron; no me fué posible decirle una palabra; su presencia me anonadó, y me creí de pronto el más infeliz de los hombres. Había perdido en un momento mis facultades, la conciencia de mí mismo, la razón, por una mujer, de la cual me sentía más alejado que de cualquiera otra criatura. A pesar de que ordinariamente advertí con facilidad

los detalles de un atavío, sólo noté que la princesa vestía de blanco y llevaba un collar de perlas; creo que también llevaba los brazos desnudos, pero no puedo asegurarlo; su propio esplendor la velaba dulcemente ante mis ojos. Luego vi que tenía el pelo castaño, bastante oscuro, los ojos negros y dorados, sonrosado el cutis, y que era alta, esbelta, majestuosa. Temblé al oír su voz, que me acariciaba y me desgarraba deliciosamente, una voz extraña y encantadora. Ignoro el tiempo transcurrido sin que me fuera posible hablar. El salón estaba rebosante. Me hallé junto al señor Milsent, muy simpático, a quien ya trataba, pero me sería imposible decir las cosas de que me habló hasta nombrar a la princesa. Desde aquel punto lo tengo todo muy presente. Sorprendióle saber que yo ignorase la existencia de aquella señora, y me resumió en pocas palabras cuanto «se decía»:

Es una princesa rusa separada de un marido que viaja siempre. Vive en París con su madre, bebedora de éter, a la que nadie ha visto jamás. La suponen rica, pero se duda un poco de su condición social. La princesa es escultora; su vivir es un misterio. ¿Qué opina usted?

No pude contestarle, y el señor Milsent prosiguió:

—Puesto que le han presentado a ella, visítela. Recibe todos los días, desde las cinco de la tarde, en su estudio de la calle Basse-du-Rempart. Se reunen allí personajes muy famosos. Touguenef, el se-

ñor y la señora Viardot, el pianista Alejandro Max, y mujeres curiosas.

Me prometí no acudir; me lo juré; pero estaba seguro de faltar a mi juramento, porque aquella calle y aquel estudio eran ya mi obsesión.

Cuando la princesa tomaba el te me acerqué a ella; a pesar de que su nota más característica era la firmeza de sus contornos, yo la veía esfumada en un resplandor. Sus movimientos eran amplios, libres, más rítmicos y musicales que los de las otras mujeres. Lo que me sobrecogió de un modo espantoso fué la indiferencia expresada por las facciones de aquel hermoso rostro indescifrable. Si me hubieran obligado entonces a definir el sentimiento que aquella mujer me inspiraba, creo que dijera: «Me inspira odio, pero un odio inerme, tranquilo y bello como la persona que lo produce.» Se retiró pronto; y comprendí que, por muy lejos que se hallara, yo la sentiría siempre cerca de mí. En realidad, luego la veía más claramente que mientras estuve en su presencia. Se me apareció en todos sus detalles. Su estrecha frente, donde terminaba la línea casi recta de su nariz; los discos de sus pupilas, donde nadaba el oro fundido en un cielo casi negro; las alas de su nariz, graciosamente altivas; los labios entreabiertos, que parecían besarse cuando cerraba la boca; el cuello firme y blanco, los pechos bien colocados en el busto arrogante. Sí; yo la odiaba porque me robó la vida sin saberlo, porque sólo me dió a cambio un fantasma, porque no concebí un instante la ilusión de

llegar a ser algo para ella. Sentía entonces junto a las mujeres una timidez de la que tardé mucho en librarme; pero junto a la princesa no era timidez lo que yo sentía, era miedo, era espanto, era horror sagrado.

Al despedirme, la señora de Airiau me dijo con cierto retintín:

—Hasta la vista, caballero. Y vuelva usted con otra cara.

Entonces advertí que mi mal era mayor de lo que yo creía, que no lo disimulaba, y que se podían adivinar fácilmente señales de mi trastorno. Aquello me abrumó, y me declaré absolutamente vencido cuando al entrar en mi habitación, que no era bonita pero sí de mi gusto hasta entonces, nada me distrajo. Todo lo que no era ella o emanara de ella, me parecía insípido y odioso, y no supe dónde albergar mi fantasma entre mis cuatro paredes.

Al día siguiente volví a encontrarla.

Iba yo a la Biblioteca Nacional en busca de algunos libros donde podría tomar notas referentes a la vida y los trabajos de Paolo Ucello. Sin ánimo para reflexionar, sin energías para el estudio, llevé a cabo mi propósito; y entonces comprendí que para lograr con algún acierto un fruto estimable de la inteligencia, si se tienen disposiciones naturales basta el trabajo mecánico, y que la mayoría de las veces sólo por una cobarde pereza aguardamos a que nos ayude la inspiración. Era el 6 de mayo; fijé para el 14 mi visita a la calle Basse-du-

Rempart. Entre tanto mi obsesión se dulcificaba de día en día, llegó a parecerme un absurdo tratar de ver a la que me había dejado su fantasma; pero no renuncié a mi propósito. El 14 de mayo me vestí con el mayor esmero posible y elegí mi corbata más nueva y más lucida. Tenía dos alfileres: una flor de esmalte medio cerrada entre dos hojitas de oro, y una medalla de plata del emperador Alejandro con la cabeza de Júpiter Ammon. Preferí la medalla porque me pareció más artística. Al recordar mi silencio y mi cortedad cuando fuí presentado a la princesa Bagration en casa de los señores de Airiau, supuse que se negaría a recibirme. Pero ¿qué arriesgaba? Como nada podía esperar tampoco debía temer nada.

Era una casa de tres pisos, y desde el tercero se subía al taller por una escalerita. Entré. La princesa me recibió como si me viese todos los días, y sin soltar los palillos me advirtió que no me daba una mano por tenerlas sucias de barro. Llevaba una blusa gris y lisa, lo cual era una revelación preciosa y sorprendente en un tiempo en que las mujeres al vestirse superponían a su estructura natural un edificio de costurera. Actualmente no se concibe el encanto que daba a una mujer como la princesa Bagration una envoltura sencilla como aquella que no encubría sus formas, y al excluirla de la vulgaridad elegante la aproximaba a la región feliz de las ninfas y de las diosas. Su carne no era dorada, como supuse a la luz de las bujías y de los quinqués,

pero la luz cenital del estudio, que resbalaba sobre el plano de su frente y de su nariz, bañaba el rostro en una pureza divina. Esculpía entonces el busto de Viardot, que ya era viejo y dormitaba en el estudio. Para juzgar a distancia su obra y volver de nuevo a trabajar, se alejaba y se aproximaba la princesa, con pasitos muy cortos, delatores de una ligera miopia. Me pareció que su modelado era vigoroso y de cierta brutalidad. Había en el estudio abundantes yesos, iconos envejecidos, telas orientales en desorden. El señor Viardot, a quien yo había visto ya varias veces, no estaba solo con ella. Tres hombres, uno joven y dos viejos, se recostaban sobre las blanduras de los almohadones amontonados en los divanes. De pronto no supe quiénes eran, porque la señora no me presentó a nadie. Fumaban cigarrillos y apenas hablaban. Hacía unos veinte minutos que había llegado yo, cuando María Bagration se dirigió al joven alto y rubio para decirle:

—Cirilo; toque usted algo.

El joven se acercó al piano y tocó prodigiosamente. Me humillaba no saber qué música era aquella, y leí sobre la partitura: *Chopín, Scherzo.* Mis ojos contemplaban ansiosamente los movimientos de la mujer incomparable, armoniosa para mí como la más delicada música del mundo.

Cuando María Bagration le ofreció un descanso, el señor Viardot se libró poco a poco de su embotamiento. Era muy entendido en artes y había publicado libros muy estimados acerca de la pintura

española. También era un hombre bondadoso; me felicitó por mi colaboración en una obra referente a la pintura. Esposo de la más perfecta cantante de su tiempo, felicitó a Cirilo Balachow por su interpretación ardiente y apasionada. Yo oía por primera vez el nombre de aquel músico; lanzado a un mundo nuevo, yo lo ignoraba todo. Me despedí sin haber cruzado con María Bagration dos palabras.

Yo no la conocía, y es posible que tampoco deseara conocerla. Más prudente de lo que supondrá quien lea esta historia, más prudente de lo que yo mismo supuse, descubrí el secreto de Eros; supe que el amor puro se liberta de toda simpatía, de toda estimación y de toda amistad; vive del deseo y se nutre con mentiras. Sólo se ama sinceramente lo que se desconoce. ¿Por qué caminos había llegado yo al conocimiento de esta verdad inaccesible? Poseía todo lo que se puede obtener del amor: un fantasma; paseé mi fantasma por los bosques de Meudon y de Saint-Cloud, y esto me bastó para ser dichoso.

Visité luego a la señora Airiau, la cual me acogió casi tan afectuosamente como de costumbre, pero sin hablarme de la princesa Bagration. El señor Milsent, a quien encontré allí, aprovechó un momento conveniente para preguntarme con alguna reserva si frecuentaba el estudio de la calle Basse-du-Rempart. Le respondí que iba rara vez.

—La princesa no sabe recibir—me dijo—, es una salvaje.

Mis visitas a la calle Basse-du-Rempart me produjeron siempre la misma emoción; al entrar en el estudio me creía transportado a otro planeta. Una vez encontré sola a María Bagration. De pie, modelaba con los dedos una figurita de mujer desnuda. Quise hablar de su arte, y sin recurrir a los elogios consabidos, la felicité por la firmeza de su estilo, que no acostumbran a tener las mujeres. Me pareció que no la desagradaba lo que yo la decía, pero no hizo ningún esfuerzo para sostener vivo nuestro diálogo. Consideré oportuno hablar del arte griego, que yo admiraba locamente. Ella no quiso replicarme, ni animarme, y me callé para dejarla trabajar. Después de veinte minutos de silencio me indicó un libro encuadernado que había sobre un diván, y me dijo que lo abriera por donde encontrase una hoja doblada. Era un tomo de una edición corriente de Platón traducido en francés. La señal estaba hecha en una página de *El Banquete*, que leí en voz alta:

«Aun cuando se realizan en el mundo muchas acciones meritorias, son contadas las que libran a los »que han descendido a los infiernos; pero lo que »hizo Alceste agradó tanto a los hombres y a los »dioses, que éstos, seducidos por su valor, le volvieron a la vida. ¡Tan cierto es que un amor noble »y generoso resulta estimable hasta para los dioses.

»No trataron de igual modo a Orfeo, hijo de »Œagro. Le devolvieron a los infiernos sin concederle aquello que pedía. En lugar de unirle a

»su mujer, como deseaba, se limitaron a presentar-
»le solamente la sombra, el fantasma incorpóreo,
»porque le había faltado valor. Al cabo era un mú-
»sico. En vez de imitar a Alceste y morir por la que
»amaba, se ingenió para bajar en vida a los infier-
»nos. Por lo cual indignados los dioses, para casti-
»gar su cobardía le hicieron morir a manos de las
»mujeres.»

María Bagration me había oído esta lectura con su impasibilidad acostumbrada; y después de la última frase hizo la siguiente reflexión:

—Platón sabe, sin duda, que las mujeres son más valerosas que los hombres. ¿Por qué en *El Banquete* apoya su teoría acerca del amor en la idea contraria?

Me dijo que leyera más. A los quince minutos llegó una señora rusa que se llamaba, según luego supe, Natalia Scherer. Se besaron y se trataron con familiaridad. Natalia tendría unos treinta y cinco años; era maciza, alta y arrogante; su cara era redonda, con pómulos algo salientes que daban a su belleza la expresión atrevida de los faunos.

Durante seis meses frecuenté la casa de María Bagration, sin que aumentara nuestra intimidad; ni siquiera me acostumbré a su hermosura desvanecida en su propio esplendor; pero aquella mujer ausente y desligada por completo de mí cuando la tuve a mi lado, me obsesionaba y me poseía desde lejos. En mis escapatorias al bosque de Versalles la llevé siempre conmigo, puedo afirmarlo sin exage-

rar, y enlazada estrechamente a mí fué la compañera inseparable de mis embriagueces apasionadas y dolorosas por aquellos ocultos senderos.

Una mañana leí en un periódico:

«La princesa María Bagration murió anoche en su domicilio de la calle Basse-du-Rempart.» El periódico no decía más. No pude llorar la desgracia de aquella mujer, a la cual apenas conocía, pero me quedé anonadado. Era un derrumbamiento; la tierra se abría para tragarse mi tesoro, para destruir toda la belleza del mundo, cifrada en aquella mujer.

Corrí a casa del señor Viardot, y le hallé con Cirilo Bilachow, el pianista.

—¿Ha muerto?

La voz de Cirilo repitió:

—¡Ha muerto!

—La princesa Bagration se ha suicidado—adujo Viardot—, y de una manera poco acostumbrada entre mujeres. Por la mañana la encontraron en su lecho, vestida de blanco y con su collar de perlas. Una bala de revólver había taladrado su sien derecha.

Quise indagar las causas de su resolución.

—Su madre está loca—respondióme Viardot—; su padre, el general Bagration, se suicidó también. Sin embargo, debe haber una causa determinante, pero la desconozco.

Cirilo, después de agitar sus manos crispadas, acabó por decir:

—La gente atribuye a la princesa numerosos y variados amoríos; pero lo cierto es que sus amigos nunca sospechamos que tuviera un amante. Vayamos a decirle adiós.

El estudio de la escultora se había transformado en capilla ardiente. La princesa descansaba sobre su lecho; se veía en su sien una manchita roja; la llama oscilante de los cirios animaba su rostro; sólo su trágica palidez confirmaba la muerte. Sus facciones conservaron la impasibilidad que tuvieron en vida, acaso porque la princesa creía, como los antiguos, que la expresión contradice a la belleza. Le habían puesto un hábito blanco. Su madre, sentada junto a ella, flaca, desgreñada, tenía en aquel instante ojos de bruja. Los amigos llegaban en grupos, y se iban lentamente.

XXVIII

«NO ESCRIBAS»

Hacía ya dos años que el señor Dubois iba sólo de tarde en tarde a nuestra casa, tan frecuentada por él anteriormente. En sus cortas visitas, que al parecer ya no le interesaban, no se complacía como antes en inquietar a mi madre con discusiones acerca de la moral y de la fe. Aquellos discursos de severa elegancia, tan sustanciosos y tan ejemplares que me prodigó en la niñez, apenas me los ofrecía, precisamente cuando pude saborearlos mejor. ¿Estaba ya cansado de discurrir y de hablar? ¿Le pesarían sus muchos años? No lo aparentaba; su aspecto no había cambiado; parecía inmutable. Acaso, por no encontrar ya en mí una blanda cera donde imprimir sus pensamientos, no le era grato comunicar sus ideas a un mozo que le oponía las suyas, algunas veces con poca mesura y sin todo el respeto debido. Sin embargo una tarde de otoño resonó la campanilla de la puerta, imperiosa y breve como cuando llamaba el señor Dubois. Era él; sus grandes anteojos de cristales azul oscuro no permitían ver la expresión de su mirada. Ocupó un sillón,

cruzó sobre sus piernas los faldones de su larga levita verdosa, y habló magníficamente como en otro tiempo. Abundaron en su conversación «las palabras divinas, como en invierno la nieve sobre las cumbres».

—Pienso—dijo, entre otras cosas dignas de ser reflexionadas—, pienso, amiguito, que debes hallarte familiarizado con la idea de progreso. Ya está universalmente extendida, y pudiera sorprender que esta idea haya prevalecido en una generación, que por una inferioridad notoria la justifica menos que las anteriores. Pero el sentimiento religioso, debilitado en estos tiempos, ha permitido que, insensiblemente, a la idea de estabilidad impuesta por el dogma sustituyera la de un progreso indefinido en la libertad. Esta idea es halagadora para los hombres, y por esto la admiten. Todas las ideas aceptadas unánimemente son las que satisfacen la vanidad o alientan la esperanza; ideas consoladoras; y lo que menos preocupa es que respondan o no a la realidad. Analicemos el Progreso, con el cual se llenan la boca los contemporáneos. ¿Qué significa esa palabra? Si la definimos como buenos gramáticos, diremos que es un incremento en bien o en mal, conforme a lo que podemos discernir del Bien y del Mal; y de este modo nos representamos la marcha de la Humanidad. Pero si, como ahora se afirma sin meditar lo que se habla, decimos que es el movimiento de la Humanidad sucesivamente perfeccionada, estableceremos un principio que no

responde a la realidad. No se observa ese movimiento en la Historia, la cual sólo nos ofrece una continuación de catástrofes, y de progresiones intercaladas con regresiones. Los primeros hombres eran míseros y carecían de arte, pero los adelantos de su posteridad en la industria produjeron tantos males como bienes, y multiplicaron los sufrimientos y las miserias de nuestra especie, a la vez que su poderío y su bienestar. Fijémonos en los pueblos más antiguos que dejaron monumentos de su genio, y comparémoslos con nosotros. ¿Construímos acaso mejor que los egipcios? ¿En qué somos superiores a los griegos? No desconozco sus vicios y sus defectos; con frecuencia fueron injustos y crueles; se desangraron en guerras fratricidas. Pero, nosotros... ¿qué hicimos? Nuestros filósofos, ¿son más sabios que los suyos? ¿Tenemos en Francia o en Alemania un pensador más profundo que Heráclito de Efeso? ¿Labramos ahora más bellas estatuas y templos de mayor serenidad y grandeza? ¿Puede suponer alguien que se haya escrito modernamente un poema tan hermoso como la *Iliada?* Los espectáculos nos atraen con avidez, pero ¿pueden compararse nuestras comedias con una triología de Sófocles representada en un teatro ateniense? ¿Y acerca de las ideas morales? Es preciso remontarse hasta los misterios de Eleusis para reconocer las más elevadas ideas que nuestra raza concibió respecto a la muerte; y en cuanto a la organización y a la policía de los pueblos, realizóse un poderoso esfuer-

zo cuando Augusto cerró las puertas de Jano y alzó en Roma el altar de la paz, y cuando la inmensa majestad de la paz romana envolvía el mundo. Pero Roma pereció, y después de su caída el mundo quedó sometido a los bárbaros, quienes, aun ahora, en vez de restaurar y proseguir la obra de César y de Augusto, la condenan, temerosos de que se alce como un obstáculo contra sus ansias de saqueo y homicidio. Ningún hombre, entre todos los pueblos enemigos, ningún hombre se preocupa de la institución que garantice la tranquilidad universal, ni de establecer poderosas anfictionías que prevalezcan sobre los Estados y los limiten al derecho. Si hubiera un ciudadano capaz de imponer este régimen, que sería la salvación de la Humanidad, le maldecirían las honradas gentes de su patria y de todas las patrias, por haber querido privar a los patriotas del privilegio más apetecible, que glorifica la matanza y el robo. Y esta unanimidad de los pueblos en el odio y en las ansias codiciosas, resulta más que suficiente para comprender en qué clase de progreso se precipitan.

»Reconozco sin dificultad que las ciencias modernas representan un adelanto considerable sobre las antiguas; pero las ciencias se forman por aportaciones continuadas, y se necesitó más genio para constituirlas como lo hicieron los griegos, que para llevarlas después al grado sorprendente de perfección que las hemos elevado. Pero la Historia demuestra que el trabajo de las generaciones no es

continuo; se sabe que en ciertas épocas la cultura se oscureció por completo; y hasta en los períodos felices, en que las generaciones han intervenido en el desarrollo de las ciencias, no parece que el adelanto de los conocimientos y la multiplicación de los inventos hayan mejorado mucho las costumbres. Y lo que desespera más a mi juicio es advertir que cuando al perfeccionarse una ciencia aporta un conocimiento nuevo, cuando la astronomía, por ejemplo, nos descubre la estructura universal, los hombres cultivados no logran enaltecer su inteligencia hasta el punto de rechazar todo aquello que rechaza y contradice la nueva idea del universo que se les impone. Al contrario: después de probada su falsedad conservan los antiguos errores, como una prueba desoladora de su estupidez.

»Ensalzad el progreso, ciudadanos, enorgulleceos de vuestra aptitud creciente para la perfección, glorificad, cacaread vuestras alabanzas hasta que deis en la tumba.»

El señor Dubois cambió de asunto; sacó de su bolsillo un librito en octavo, que forma parte de la bonita colección de poetas griegos, publicada por Boissonade a principios del siglo XIX. Era uno de los tomos de Eurípides; lo abrió por el *Hipólito*, y leyó las frases de la nodriza. Las traducía en francés, ya sea por atención a mi madre que se hallaba presente, ya por mí, puesto que desconfiaba mucho de la enseñanza del griego en la Universidad del Segundo Imperio.

«La vida de los hombres no deja nunca de ser »dolorosa, sus padecimientos no le dan tregua. »Pero, si hay algo más apetecible que esta vida, »una oscura nube lo rodea y lo oculta a nuestros »ojos. Nos aferramos locamente a esta vida, go- »zada sobre la tierra, porque no conocemos otra, »porque ignoramos lo que ocurre en los infiernos, »y porque nos ha seducido el engaño de las fá- »bulas.»

El señor Dubois releyó este pasaje:

«Nos aferramos locamente a esta vida, gozada »sobre la tierra porque no conocemos otra, porque »ignoramos lo que ocurre en los infiernos, y por- »que nos ha seducido el engaño de las fábulas.»

—Eurípides—dijo luego—, que era profundamente filósofo, atribuyó acaso con excesiva liberalidad su propio discurso a la vieja nodriza de la reina. Tiene razón al decir que los hombres se aferran a esta vida, con ser como es, y no exagera el espanto que producen las fábulas inventadas acerca del otro mundo. Pero yo, que no temo los infiernos, y que no me dejo engañar por las fábulas, desconfío del arraigo que nos procura la existencia terrenal que no me proporcionó un solo día feliz en tres cuartos de siglo. Compréndeme, amiguito: aun cuando la suerte me ha evitado los infortunios que prodigó a otros mortales, aun cuando no he sufrido enfermedades crueles ni duelos terribles, no quisiera resucitar ni un solo día de mi existencia; y sin embargo te aseguro que sin saber cómo, sin

fundamento razonable, aun espero algún bien, alguna satisfacción, en esta vida que ya se prolongó para mí más de lo que acostumbra. En esto soy hombre. Amamos la vida; y debo reconocer, si no por experiencia personal por raciocinio, que esta perra vida (es la señora de Sévigné quien la llamó así) tiene algo de bueno aun cuando yo no lo haya notado. Tiene algo de bueno, porque no se conoce otra y por lo tanto en ella se origina el concepto del bien como el concepto del mal. Pero las aptitudes para la vida no son iguales en todos los hombres. Yo creo que las medianías tienen más actividad para la dicha que los hombres superiores y que los imbéciles. Debemos desear a los seres que amamos la medianía del cerebro y del corazón, la medianía del estado social, todas las medianías.

Después de haber disparado esa flecha con su acostumbrada impasibilidad, el señor Dubois sacó del bolsillo su pañolón rojo y se lo acercó a los labios. Mientras apretaba una de las puntas del pañuelo con los dientes, lo retorció con ambas manos de un modo semejante a lo que hizo el viejo Chateaubriand en la Abbaye-au-Bois, cuando quisieron asociarle a los encomios prodigados a un joven poeta, según lo atestigua el señor Herriot en su historia de la señora Recamier. El señor Dubois sostuvo largo rato aquella actitud; después de guardar el pañuelo en su bolsillo, me preguntó cómo iba la publicación acerca de los pintores en la que yo colaboré y de la cual ya nadie le hablaba.

Le respondí, como era la verdad, que nuestra historia de los pintores no había encontrado la favorable acogida que nos prometíamos y fué necesario interrumpirla en sus comienzos. Añadí que su interrupción me hizo perder un empleo muy útil además de agradable, y que al presente colaboraba en un voluminoso diccionario de antigüedades, trabajo más difícil y menos retribuído.

—Buscar datos acerca de los artistas antiguos y escribir notas referentes a asuntos arqueólogos, me parece muy bien—adujo—, es una tarea que no produce lo suficiente para vivir, pero que no resulta desagradable al que la realiza, si tiene aptitudes para ello; una buena compilación no compromete al que se ocupa en hacerla, y hasta puede honrarle sin exponerle a muchos peligros. No sucede lo mismo, amiguito, con las obras literarias, donde el autor deja un rastro de su ingenio, se significa, se descubre, se manifiesta, con el propósito de darse a conocer en la poesía, en la novela, en la filosofía o en la historia. Es un intento aventurado para quien estima su tranquilidad y su independencia. Escribir para el público una obra original es correr un terrible peligro. Créeme; reserva tu ingenio; y no escribas. Menos mal si escribes un libro sin importancia, que no te saque de la oscuridad; cosa muy posible, porque el talento es poco frecuente, acaso evitarías tu infortunio, aunque tus amigos te ridiculizasen. Pero si tuvieras talento bastante para que tu obra fuese celebrada (no diré glorifica-

da): adiós tranquilidad, adiós quietud, adiós reposo, el más preciado de los bienes. La turba de los envidiosos no dejaría de ladrarte y de morderte los zancajos; el ejército innumerable de los mediocres, que llena los teatros y las redacciones, atisbaría todos tus movimientos como si fueran crímenes, y te cubriría de ultrajes. Publicarían acerca de ti millares de calumnias; y serían creídos. No siempre halla crédito la sátira que puede contener verdades, pero lo halla siempre la calumnia. Los periodistas encargados de formar la opinión, dirían que violaste a tu madre y asesinaste a tu padre, dirían que no tienes pizca de talento. Sin duda tus obras te proporcionarían algunos amigos; pero amigos de lejos, diseminados, mudos, no harían cosa alguna en tu favor, no dirían nada que pudiera consolarte de tus dolores. Tus obras más insustanciales obtendrán preferencias. Y si escribes páginas atrevidas y profundas, la mayoría de los lectores no podrá seguirte. Sólo te seguirán los envidiosos, para recriminarte.

«¡No escribas!»

Era el señor Dubois de antes, era el señor Dubois reaparecido. Hasta porfió a mi madre aquel día, y expuso las ventajas de los molinos de oraciones.

Cuando se fué, mi madre, que le vió atravesar el patio, dijo que andaba con más arrogancia que los jóvenes. Me besó en el cuello y me dijo al oído: «Escribe, Pedrín, escribe; tu talento hará enmudecer a los envidiosos.»

* * *

Al día siguiente, un mozo enviado por Clorinda, la vieja ama de llaves, nos dijo que el señor Dubois había muerto. A los veinte minutos de recibir esta noticia entraba yo en el aposento de la calle de Sainte-Anne, donde sólo estuve otra vez y del cual guardaba un maravilloso recuerdo. En la antesala, Clorinda refería a los visitantes que al entrarle el desayuno el señor Dubois no estaba despierto. Ella le llamó, le tocó en el hombro, sin que el señor Dubois diera señales de vida; entonces ella corrió en busca del médico, y el médico se limitó a certificar la muerte acaecida horas antes.

Clorinda lloraba mucho y olía mucho a vino.

Vi al señor Dubois tendido en su lecho de muerte. Su rostro, sin el rojizo color que tuvo siempre, daba la sensación de una escultura en mármol blanco y parecía ser de un hombre robusto, en la fuerza de la edad. Colgados de la pared, sobre su cabecera, vi los hermosos desnudos de la escuela italiana, que tanto amó, y aquella *Celina*, de Gerard, que había turbado mi adolescencia.

Luego fijé los ojos en aquel muerto, de belleza marmórea y terrible. Era el hombre más considerable, por su inteligencia, entre cuantos conocí hasta entonces y he conocido luego, a pesar de que en mi larga vida traté muchos hombres famosos por sus escritos. Pero el ejemplo del señor Dubois, y de algunos otros que tampoco escribieron obras, me hace suponer que los más importantes valores humanos perecieron tal vez sin dejar huella;

y sorprende imaginar que un despreciador de la gloria tenga mayores merecimientos que los gloriosos, cuyo triunfo se funda en frases halagüeñas.

XXIX

EL TEATRO DE LAS MUSAS

El viaje a Bagdad se aplazaba indefinidamente

En casa de la señora Airiau conocí al hijo de un importante industrial, Víctor Pellerín, entusiasta del teatro; un mozo de mucha corpulencia, siempre sudoroso y sofocado, con los ojos fuera de las órbitas, colérico y campechanote. Obtuvo de una Compañía de gas, ignoro en qué condiciones, el disfrute de una sala muy amplia en Bercy, donde construyó un teatro en el cual había escena, decoraciones, bambalinas y cuartos para los cómicos. Era el «Teatro de las Musas»; y si bien allí se practicaban poco las artes de Euterpe y Terpsícore, en cambio se cultivaban con asiduidad las de Talía y Melpóneme. Su nombre quedaba justificado; pero de sobra clásico para una época dominada todavía por el gusto romántico, no logró atraer al público; insignificante inconveniente para un teatro donde se entraba por invitación. A mí el nombre me pareció delicioso. Los actores eran personas acomodadas, jóvenes aficionados amigos de Víctor Pellerin; las actrices eran profesionales, pertene-

cientes al Odeón o a otros teatros parisienses, y hasta había entre ellas dos de la Comedia Francesa. Sin muchos sacrificios encontraba Pellerin actrices aceptables. Aquel recio mozo, que reunía todas las condiciones de un buen director de teatro, disfrutaba en particular de la más importante de todas: la tacañería. Debe decirse que le era indispensable, porque aun así le costaba mucho su teatro, sin producirle nada, y sus recursos de hijo de familia eran insuficientes; pero supongo que no hay otro arte donde se consiga tanto con tan poco dinero.

Una circunstancia singular me permitió asistir a las representaciones del Teatro de las Musas. Ya dije que Víctor Pellerin era un excelente director; elegía muy atinadamente las obras, y como cada obra sólo debía representarse tres veces, no le era necesario amoldarse al gusto del público vulgar; sólo se preocupaba de satisfacer a los inteligentes, y lo conseguía. Cuando empecé a tratarle, ya tenía él dispuestas las representaciones de *El Alquimista* de Ben Jonsosn, el primer *Fausto* de Goethe, *Los Sinceros*, de Marivaux, entre otras obras desconocidas en los demás teatros. Ocurriósele después ensayar *Lysistrata*, lo cual era entonces un propósito completamente nuevo. Hablo de tiempos lejanos. Como Víctor Pellerin no ignoraba mi pasión por el arte y la literatura de la Grecia antigua, supuso que podrían servirle mis consejos para trasladar Aristófanes a París, y me invitó a las representaciones nocturnas. Fuí asiduo, no por

creerme útil para nada, sino porque aquello me divertía. Goethe, amante del teatro, decía que una obra mediocre, medianamente presentada, no deja de ser un espectáculo maravilloso. Yo pensaba como aquel hombre divino, y mi gusto empezaba en los ensayos, donde los movimientos confusos y las frases desentonadas se ordenan poco a poco y forman una acción interesante. Agrada ver que hombres y mujeres, en su fondo semejantes a todos los hombres y a todas las mujeres, pero nunca peores; egoístas, ávidos, envidiosos, celosos, que se desean recíprocamente los mayores males posibles: trabajan afanosos y sometidos al interés general para realizar con esfuerzo patente un atinado conjunto.

Lysistrata era María Neveux, del Odeón, nuestra mejor actriz y la más bonita, rubia por artificio, con ojos negros, aterciopelados. Todo estaba sometido a ella en el Teatro de las Musas.

—Yo no trato a una mejor que a otra—decía Víctor Pellerin—, porque si lo hiciese no podría gobernar a mis actrices.

Frase indigna de un buen director de teatro como él. La verdad era que prefería entre todas a María Neveux, y que le costaba mucho esfuerzo gobernar su modesta compañía. De ahí su carácter colérico y descontentadizo; de ahí las arrugas de su frente y la exaltación de sus ojos; pero aun cuando no hubiese mostrado ninguna preferencia, encontrara innumerables dificultades en un oficio que las ofrece a cada momento de todos los géneros posibles, y que

precisamente le agradaba por esto... y por lo otro. También los actores, sus camaradas, tenían cada cual su actriz preferida. Las preferencias de los unos chocaban con las de los otros, pero todo se arreglaba por fin. También yo tuve desde el primer día una preferencia. Fué por Lampito la Lacedemonia, personaje representado por Juana Lefuel, del Odeón. Como no era un personaje importante, Juana Lefuel me propuso que le añadiese algunos «bocadillos», y no me lo propuso en vano. A consecuencia de mi debilidad amorosa, tuve la osadía de intercalar frases en el texto de Aristófanes. Diré, para disculparme, que *Lysistrata* sufrió en el Teatro de las Musas alteraciones tan funestas, que el propio Aristófanes no la hubiese reconocido si por un milagro asistiese a la representación. Pero ¿por qué me obstino en buscar otra excusa que los ojos de Juana Lefuel? Tenían aquellos ojos un color gris, que no era gris; un gris que no se había visto nunca y que no volverá jamás a verse; un gris ligero, líquido, sutil, aéreo, etéreo, donde unas pintitas luminosas, apenas perceptibles, flotaban en el fondo, relampagueaban en la superficie, se desvanecían, se sumergían y reaparecían de nuevo. Juana Lefuel no tenía la frescura, el esplendor y la insolente juventud de María Neveux, pero estaba mejor formada, cualidad poco atendible para la mayoría de los hombres que al sentirse atraídos por la belleza del rostro se deslizan sobre lo demás. ¿Quién lo ha dicho? Un maestro en la materia: Casanova. Pudo añadir que la

mayoría de las gentes no se hallan aptas para juzgar la belleza de las formas. En cuanto a mí, aseguro que me complacían las bien dibujadas formas de Juana Lefuel.

El personaje de Lampito, a pesar de mis «bocadillos» resultaba corto, y gracias a esto podía yo hablar tranquilamente con Juana Lefuel. Nos alejábamos de la escena, porque al menor murmullo Víctor Pellerin se encendía de rabia y lanzaba rugidos furiosos. Juana Lefuel era mi encanto; me alegraba oírla; tenía más ingenio que las otras actrices y acaso más lectura, pero no era esto lo más atractivo en ella. Por lo regular el asunto de la conversación es lo que menos me importa; me halla bien dispuesto, sea cual fuere, si se desarrolla conforme a mi gusto; los más humildes ingenios pueden satisfacerlo, y los más elevados podrían contrariarlo espantosamente. Por lo general no son de mi gusto las conversaciones femeninas, pero cuando una mujer habla como yo creo que debe hablar, me enloquece. Lo diré claro: me aburre la corrección excesiva en el tono íntimo; debemos dejarla a los oradores. Un discurso es algo semejante a un cuadro, es una pintura compuesta y acabada. Una conversación es una serie de apuntes. Pues bien, mis gustos en la conversación son los mismos que en la pintura. Me agrada un apunte cuando es libre, rápido, enérgico, impresionante. No debe ser mesurado ni preciso; debe exagerar la verdad para hacerla comprender mejor. Algo semejante necesita

la conversación; me resulta deliciosa cuando presenta a mis ojos una serie de bocetos, de apuntes, de indicaciones. La conversación de las mujeres educadas no suele ser así. La conversación de Juana Lefuel así era, fácil y natural; parecía un álbum de Daumier, y esto en una época en que la conversación de las mujeres educadas revestía una solemnidad aparatosa. Los asuntos que abordaba Juana Lefuel eran humildes, eran pequeños, pero las frases en que se producían los agradaban desmesuradamente. Relataba con frecuencia aventuras de bastidores, rivalidades de teatros y de amor, furores de mujeres celosas, amistades entre actrices, rotas, reanudadas y de nuevo rotas en una noche; burlas de cómicos, un huevo deslizado furtivamente por Pirro en la mano de Andrómaca, y la viuda de Héctor, tan pronto con el huevo en la mano derecha como en la izquierda, tiende al rey de Epiro los brazos suplicantes.

y vos pronunciasteis un fallo tan cruel...

El arte delicioso que dibuja sus más humildes frases era innato en ella, y lo perfeccionó en su profesión, que induce a ver y a sentir las formas y los caracteres de las cosas. ¡Qué agradables momentos pasé, gracias a Juana Lefuel, en la sala de pobre aspecto y escasa luz del Teatro de las Musas!

Terminado el ensayo hacia la media noche, se retiraban las personas razonables, y entonces nos-

otros evocábamos los espíritus. Todas las mujeres eran espiritistas. Ignoro si hasta Juana Lefuel, que hacía girar descaradamente las mesas con sus manos, creía también en los espíritus. A veces la mesa se magnetizaba con lentitud, pero al fin siempre se movía. ¿Cómo era posible que se mantuviera indefinidamente inmóvil bajo el contacto de tantas manos impacientes? Interrogábamos a los espíritus por la tiptología, es decir, por un valor convenido de los signos alfabéticos, o por la significación convencional de los golpes que daba la mesa. Un solo golpe significaba *a;* dos golpes, *b;* tres golpes, *c;* y así sucesivamente. Por añadidura, un golpe más recio quería decir *sí;* dos golpes querían decir *no.* Algunas veces los espíritus nos daban respuestas deshilvanadas, y no era esto lo peor. Sorprendióme que se mostraran tan poco inteligentes, y nuestra característica, llamada Teresa Duflon, me contestó de una manera razonable:

—Son los espíritus de los muertos—dijo—, y no basta haberse muerto para tener inteligencia.

Acaso por esta razón fué inútil preguntarle cuál era su estado presente a una colchonera que acababa de morir en Amiens. La pobre alma, que apenas tuvo conocimiento de la vida, mostróse más ignorante aún acerca de la muerte. Solía ocurrir lo mismo con la mayor parte de las almas que acudían a la mesa. Teníamos allí espíritus familiares de nuestra tertulia, un Charlot muy mal intencionado, y un Gosálvez en quien la señorita Berger recono-

cía a un su amante predilecto que por desgracia murió. Asistíamos emocionados a esas conmovedoras relaciones entre un muerto y un vivo; pero las patas de la mesa nunca ofrecían el recurso eficaz a las frases apasionadas, y Gosálvez nos aburría. Una de nuestras más bellas actrices, Rosemonda, se lanzó a la nigromancia con más inquietud y empeño que las otras desde que supuso haber evocado el alma de una niña llamada Luz, muerta a los siete años después de representar una comedia; caso muy semejante al del niño Septentrión, que sólo bailó dos veces en el teatro de Antípolis y tuvo éxito. *Biduo saltavit et placuit.* Rosemonda asediaba a Luz con preguntas acerca de su vida terrena, tan breve, y de su vida actual. Luz hablaba poco y desaparecía luego. Observamos que los golpes de la mesa eran más suaves cuando hablaba ella, y que sus cortas visitas acusaban su condición infantil. Rosemonda, empeñada en sus averiguaciones, reconoció por medio de la tiptología a una tía de Luz, y entre otras preguntas que le hizo insistió en averiguar quién era la madre de Luz. Las confusas respuestas excitaron la curiosidad de Rosemonda, quien después de interrogar a varios muertos de la familia de Luz llegó a confundir a la madre y a la abuela de la niña. Su curiosidad no fué satisfecha, como tampoco lo fué la de los eruditos empeñados en saber de dónde había salido la niña Menou que figuraba entre los cómicos de Molière.

A pesar de las bromas un tanto atrevidas, de los

engaños más grotescos y de las mistificaciones menos disimuladas que acompañaron siempre al baile de la mesa: las mujeres, algunas de las cuales demostraban mucha lucidez, creían posible que los muertos acudieran a la sala del teatro, iluminada por tres bujías, donde hacíamos nuestras evocaciones rodeados por una impenetrable oscuridad, como Ulises en el país de los cimerianos. A veces de pronto, sin motivo, huían aquellas mujeres aterradas, entre gritos y exaltaciones turbulentas, como pájaros sorprendidos; se buscaban y se repelían las unas a las otras, se enredaban en sus propios vestidos, caían, imploraban el socorro de su madre y hacían la señal de la cruz. A los cinco minutos apiñábanse otra vez en torno de la mesa brincadora, con exclamaciones de júbilo, voces de admiración y alegres risotadas. Y el espectáculo se prolongaba hasta las dos o las dos y media.

A tales horas me veía obligado a ir con Juana Lefuel hasta la calle de Assas, lo cual era bastante complicado algunas veces; y sobre todo cuando llovía costaba encontrar un coche. Después de quince o veinte minutos de impaciencia lográbamos nuestro propósito, y nos metíamos en un viejo alquilón con un viejo caballo cojo, conducido por un viejo cochero que se acurrucaba en su carrick. En aquella postura tardábamos una hora en llegar a las cercanías del Luxemburgo. Nunca tuve motivo para lamentarlo, porque juntos y solos, nuestra conversación era más íntima. Yo le hablaba confia-

do, en absoluto abandono, con el afán de que me conociese bien. Ella no extremaba tanto su franqueza, y comprendí que hasta en sus confidencias más leales reservó mucho de su vida, de sus pensamientos y de sus acciones. Es posible que lo hiciese por prudencia, o acaso también porque se hallase desligada, hasta un punto difícil de imaginar, del pasado y del porvenir, y porque ninguna mujer limitó como ella su vida al momento presente para obtener la paz de su corazón. Desconocía los remordimientos y las inquietudes; era un alma serena como el mar tranquilo.

El coche se detenía frente al número 18 de la calle de Assas. Cuando aún nos quedaba algo que decirnos, yo despedía al cochero para subir al tercer piso donde se albergaba Juana. Llamábamos en el portal, pero hasta conseguir que se abriese había que trabajar, había que esforzarse; aquello era toda una labor, como dice Virgilio. Después de una insistencia obstinada, cansados ya de agitar la campanilla, de golpear la puerta con los puños y con los tacones, conseguíamos despertar al portero. Sésamo se abría, y todas las dificultades y angustias veíanse recompensadas. El aposento de la cómica no era lujoso; sus muebles se reducían a una cama de hierro, una cómoda de nogal y un armario de espejo; pero la pulcritud y el aseo de Juana eran encantadores. Adornaba caprichosamente las puertas con versos de su magín escritos entre flores pintadas a la acuarela. Sus versos no carecían d

ingenio, pero me chocaban ciertas faltas de prosodia. Al presente no las advertiría. Son estas historias de tiempos muy lejanos.

Una mañana fuí a visitarla. Juana cosía, y me asombró ver sobre su nariz unos grandes anteojos de concha. Tenía a mano muchas cajitas viejas, muchos viejos estuches que revelaban su primoroso cuidado. Así me place recordarla.

Al año de conocernos, Juana me abandonó tranquilamente. Yo no la olvido.

XXX

LA DICHA DE NACER POBRE

En el transcurso de los años acude frecuentemente a mi memoria la frase de Herodoto que me citó el señor Dubois: «Sabe que la pobreza es la »fiel amiga de los griegos. Va siempre acompañada »por la virtud, hija de la cordura y del orden.» Agradecí al Destino que me hizo nacer pobre. La pobreza fué mi amiga bienhechora, me instruyó en el precio verdadero de los bienes útiles de la vida, que sin ella no me fuera posible conocer; me evitó la pesadumbre del lujo; me consagró al arte y a la belleza. Por ella fuí prudente y sufrido. La pobreza es el ángel de Jacob. Obliga a sus predilectos a defenderse contra ella misma en la oscuridad, y después de su lucha salen a la luz con los tendones lastimados pero con la sangre más ardiente, y con los músculos más ágiles y más vigorosos.

Como tuve poca parte en las dichas del mundo estimé la vida por sí, profundamente, la estimé sin velos, en su desnudez, unas veces terrible y otras veces encantadora.

La pobreza reserva a sus preferidos la única dicha verdadera que hay en el mundo, el don que constituye la belleza de los seres y de las cosas, que derrama su encanto y sus perfumes sobre toda la naturaleza: el Deseo.

«Todo es dolor en la vida humana y no se ofrece una tregua al sufrimiento.» Así habló la nodriza de Fedra, y nadie ha desmentido aún las ansias de su corazón. «Sin embargo—añade la vieja cretesa—estimamos la vida porque después de ella sólo hay oscuridad tenebrosa, donde sembraron fábulas.» Amamos así la vida, la dolorosa vida, porque amamos el dolor. ¿Sería posible no amarlo? Se parece al goce y con frecuencia se confunde con él.

POSTFACIO

Estos recuerdos—continuación de *Pedrín*—ofrecen una veracidad absoluta en los hechos, los caracteres y las costumbres. Cuando empecé a escribirlos sin orden y sin ligaduras (en el *Libro de mi amigo* y en *Pedro Nozière),* vivían aún muchos testigos de mi infancia, y para presentarlos en público tuve que variar sus nombres y su condición, temeroso de ofender su modestia o su orgullo, sentimientos de una extremada sensibilidad entre las personas bastante felices para vivir oscuramente. Sólo ver su nombre impreso les trastornara; los elogios y los reproches divulgados hubieran sido para ellos una contrariedad. Acerca de mi padre y mi madre, como sólo agradecimiento y alabanzas les debí, para que mi tributo les fuese agradable tuve que ofrecérselo velado.

Hace tiempo que reposan los dos juntos bajo una piedra musgosa, en el lindero del bosque donde se acogió su vejez tranquila. Y ahora que los años devastadores arrastraron en su corriente mi triste infancia, temo aún que mi amor filial por desgracia lastime alguna de sus fibras arraigadas en el pasado profundo.

Creo pues que hice bien lo que hice al no publicar esas historias conforme a la costumbre de los que refieren su vida o una parte de su vida. Me atreveré a decir, con una espléndida impropiedad de lenguaje, que casi todas las Memorias son Memorias de Ultratumba. Pero yo no dedico mis recuerdos infantiles a la posteridad, ni supongo que puedan interesar a la raza futura esas bagatelas. Estoy convencido al presente de que para todos los que ahora vivimos, soberbios y humildes, la gloria póstuma debe ser tan vana como lo fué para los últimos escritores de la antigüedad latina; estoy convencido de que la Europa nueva será muy diferente de la que se derrumba a nuestros ojos, y de que no prevalecerán en ella nuestras artes ni nuestro pensamiento. Como no soy profeta no pude prever la espantosa y próxima ruina de nuestra civilización cuando a los treinta y siete años, en medio del camino de la vida, oculté mi nombre para referir mis recuerdos. Considero más acertado y más cómodo hablar de mí en esa forma para acusarme, ensalzarme, compadecerme, sonreírme, reprenderme con libertad. Los venecianos de otros tiempos tenían la costumbre de colgar de un botón de su traje una mascarilla como la palma de la mano para advertir a los transeuntes que no estaban dispuestos a ser interrogados; y pasaban sin que nadie les hablara. De igual modo advertí con ese nombre supuesto que, sin ocultarme, tenía el propósito de que nadie me saliese al encuentro.

Este recurso también tiene para mí la ventaja de permitirme ocultar mi falta de memoria, y confundir los engaños del recuerdo con las invenciones de la imaginación. Logré combinar incidentes nuevos en sustitución de los olvidados, pero estos incidentes me ayudan sólo a ofrecer la verdad de un carácter. Creo firmemente que nunca se mintió de una manera más verídica. En cierto lugar de sus *Confesiones* Juan Jacobo hace una declaración que a mi parecer es muy semejante a la mía.

Declarada mi carencia de memoria, esto requiere una explicación: La mayoría de las imágenes que se proyectaron en ella se han perdido en absoluto, pero lo que se conservó queda claro y fijo: mi memoria es un brillante museo.

El modo usado para escribir mis recuerdos infantiles ofrece otra ventaja que a mi juicio es la más importante: asocia en lo posible la ficción y la realidad. Repito que mentí poco en mis relatos, y nunca en lo esencial de ellos; lo que mentí se debe al propósito de ofrecerme agradable y oportuno. Nadie ha visto la verdad desnuda. Ficción, fábula, cuento, mito: he aquí las vestiduras bajo las cuales la conocieron y la estimaron siempre los hombres. Supongo que sin algo de ficción desagradara *Pedrín*, y hubiera sido lastimoso, no por mí, que no aspiro a nada, sino para todos aquellos a quienes ha insinuado ideas bondadosas y virtudes humildes que procuran la felicidad. Sin algo de ficción es difícil sonreír.

Reconozco, sin embargo, que todo tiene sus inconvenientes. Hágase lo que se haga, tropezaremos en consecuencias enojosas. Mi cofrade Luciano Descaves, con su penetrante ingenio y su profundo sentido de la realidad, analizó *Pedrín* y dedujo lo que había perdido mi padre al ser convertido en médico. Sin duda perdió una librería, lo cual es mucho para un bibliófilo como Luciano Descaves; pero nadie conoce mejor que yo el poco interés de mi padre por esa librería que le he quitado. Desprovisto de ambiciones comerciales, gozaba más en la lectura que en la venta de sus libros. Su inteligencia metafísica no consideraba el exterior de las cosas; no estimó los libros por su figura, y odiaba a los bibliófilos. Sin miedo a la paradoja, diré que el doctor Nozière en su despacho tiene un parecido más profundo con mi padre que mi propio padre en su librería. Suprimí lo que le había dado la fortuna y le di en cambio lo que se armonizaba con su naturaleza. Confieso que suprimí una librería, y suplico a Luciano Descaves que me lo perdone, atento a que abrí otra para Jacobo Dalevuelta. Creo que Descaves ha señalado mi defecto mayor, y supongo que nadie me recriminará por haber colocado la casa de mi padrino a cien pasos de la calle de los Grands-Agustins, en la calle de Saint-André-des-Arts, donde habitó Pedro de la Estoile. No he modificado en lo más mínimo las costumbres de muchos contemporáneos de mi infancia, y de algunos, como el señor Dubois, conservé hasta

el nombre, sin más que añadirle un título nobiliario que no le correspondía.

Ya dije anteriormente que me hallaba dispuesto, como Juan Jacobo, a probar que ningún hombre ha podido considerarse mejor que yo, y me apresuro a decir que no me ha enorgullecido esta convicción. Los hombres, en general, son peores de lo que parecen; se ocultan para cometer actos que los harían odiosos o despreciables, y se muestran para obrar de manera no sólo admisible sino admirable. Rara vez abrí una puerta inadvertidamente sin descubrir un espectáculo lastimoso, degradante o terrible de la condición humana. ¿Qué hacer? No es prudente decirlo, pero no es justo callarlo.

¿Fuí siempre fiel a la verdad que me apasiona? Hace poco lo afirmé; después de reflexionarlo maduramente, no lo juraría. No hay mucho artificio en estos relatos, pero es posible qne no les falte; y quien dice artificio, dice preparación, disimulo, mentira.

Es necesario saber si la lengua humana se presta perfectamente a la expresión de la verdad. Se originó en el grito de los animales y conserva su carácter. Expresa los sentimientos, las pasiones, las necesidades, el goce y el sufrimiento, el odio y el amor; pero no se amoldó a la verdad. La verdad no reside en el alma de los animales silvestres; tampoco en la nuestra; y los metafísicos que la buscan, son lunáticos.

Todo lo que puedo decir es que obro de buena

fe. Lo repito: amo la verdad; creo que la Humanidad la necesita; pero creo también que necesita con preferencia la mentira que la estimula y la consuela, que le da esperanzas inmarcesibles.

Sin el engaño, la Humanidad moriría de aburrimiento y desesperación.

FIN

INDICE

	nas
Prefacio	9
I.—Nunca se da bastante	11
II.—Los infortunios de la hija de los troglo-ditas	33
III.—Las enseñanzas de la naturaleza	41
IV.—La señora Laroque	59
V.—El señor Dubois	63
VI.—La bifurcación.	71
VII.—Alsine para los pajaritos	85
VIII.—Romanticismo	103
IX.—Prestigios	113
X.—Amistad vana	123
XI.—Eglé	133
XII.—Bachillerato	139
XIII.—De qué modo fuí académico	145
XIV.—Ultimo día de colegio	157
XV.—Elección de carrera	161
XVI.—El señor Ingres	175
XVII.—El aposento del señor Dubois	179
XVIII.—Las flores se marchitan	193
XIX.—Las porfías del señor Dubois	197
XX.—Apología de la guerra	201

Páginas

XXI.—Reflexiones acerca de la felicidad..... 207
XXII.—Mi padrino..... 213
XXIII.—Divagaciones..... 223
XXIV.—Felipa Gobelin..... 231
XXV.—El camino de Bagdad..... 239
XXVI.—El dolor de Felipa Gobelin..... 247
XXVII.—María Bagration..... 257
XXVIII.—«No escribas»..... 269
XXIX.—El teatro de las musas..... 281
XXX.—La dicha de nacer pobre..... 293
Postfacio..... 295

A Mr. Maurice Barrés.

Escribisteis un artículo para quitar significación a «la protesta de los intelectuales»; asegurasteis que Zola es un italiano cuyo corazón abriga odios contra Francia; que Rod es ginebrino y filósofo *prusiano;* que Bertrand no resulta menos *extranjero,* pues vive confinado en el mundo ideal de las matemáticas puras; y cuando hubisteis envuelto en una sola vanidad a todos los jóvenes que no piensan como vos, decíais que Anatole France «le plus gentil des français», ha caído en «un escepticismo cruel», y «menos convencido de la inocencia de Dreyfus que de la culpabilidad general», se adhiere a la protesta por... ¡odio al parlamentarismo!

. . . . . .

Hace días que tengo sobre mi pupitre *Les Deracinés* y me prometía horas agradables con su lectura; pero vuestro artículo de *Le Journal* me produjo tanta pena, que a poco tiro el volumen por la ventana. Si para vos *energía nacional* significa «defender a todo trance una conveniencia, sin reparar en los medios», no puede interesarme vuestra obra. Un patriotismo cruel se hace odioso.

Puesto que tal deleite halláis en deducir argumentos de una psicología rudimentaria, oid lo que voy a deciros y que puede aprovecharos.

Devoto de Balzac y de Daudet, juzgué siempre a Zola con más dureza de la que seguramente usarían tiempo atrás para juzgarle todos los que hoy le atacan. Mi autor favorito es Anatolio France.

No vi el diario *L'Aurore*, y leyendo *Le Journal* todos los días he adquirido el convencimiento de que se impone la revisión en el asunto Dreyfus. Leyendo *Le Journal*, en vuestros rencores, en vuestras crueldades, he traslucido que aquel hombre puede ser inocente. Porque le habéis juzgado con ira, el juicio que formasteis no es valedero.

Todo el mundo está contra vosotros, contra esa obstinación delincuente que os anima. ¿Todo el mundo es judío? ¿Zola tiene fascinado a todo el mundo? ¿Tan poderosa es la víctima?

¡La víctima! El error judicial no es cosa nueva; cayeron en los presidios otras víctimas de la fatalidad; las pasiones condenaron a muchos inocentes. Pero nunca tan obstinadamente como ahora se ocultaron las *pruebas* del crimen.

¡Ah! No son los judíos, no son los partidarios de Zola; es la justicia humana quien reclama esas pruebas con angustia.

Pero ¿qué vale para vosotros la humanidad entera, comparada con el fanático patriotismo?

Voy a repetir vuestras palabras: «... la *Debacle* l'un de »ses plus vigoureux romans, ou il raconte (d'un point de »vue plus humain que français) la guerre de 1870...»

DESDE UN PUNTO DE VISTA MÁS HUMANO QUE FRANCÉS... ¡Ahí os duele! Para ser patriota, es preciso mostrarse *más francés que humano*.

Como los enamoramientos de las viejas, el patriotismo, que fué la mayor gloria de Francia, es ya su intolerable martirio. ¿Prueba esto que la enemiga de Prusia llegó a su edad senil?

Vuestro *Román de l'energie national* debe decirnoslo. Si verdaderamente sois un psicólogo, no confundáis el *poder* con el *deseo*...

FEBRERO DE 1898